

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



LOS PÁJAROS AZULES

Centenario de la muerte de Catulle Mendès

Título Original: *Les Oiseaux bleus*.

Edición original: Victor Havard editeur. París. 1888

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para

<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

LA NOCHE DE UNA FLOR

Durante la fiesta la habían arrojado de un coche a otro; lanzada al azar, atrapada, vuelta a lanzar; había sido como el volante de esas raquetas exquisitas que son las manos de las parisinas; luego, habiéndola agarrado mal un espectador, cayó en el lodo, entre la hierba pisada y húmeda; y al principio nadie se preocupó de ella; más tarde, en plena fiesta pasada por agua, mil pies la pisotearon bajo la languideciente alegría de los farolillos y los vidrios de color, mientras sonaban los enormes bombos y los trombones de las barracas de feria. Era una pequeña gavanza rosa, casi un capullo, con un largo tallo espinoso.

Como ayer noche, yo caminaba en medio de la gente agolpada, vi en la monotonía del fango la pequeña rojez pálida de esa flor muerta; enseguida adiviné cual había sido la suerte de la gavanza, triunfante primero, luego melancólica durante la jornada de placer y locura: ahora estaba allí marchita como un recuerdo, entre dos pequeños montones de barro, como entre dos hojas de un libro, encantadora todavía, reliquia mancillada y perfumada. Pensé en recogerla y conservarla; ¿sabía yo si no encontraría en ella el olor que me es tan querido entre todos, el olor que he aspirado un solo minuto con mis labios fugaces en el extremo de un pequeño dedo enguantado, en la antesala, después del té de las cinco, mientras me ponía el abrigo? Y además, esa rosa era todo lo que quedaba de la alegría de antes, del paseo encintado y floreciente, dónde París había imitado la fantasía y las risas de una Cabalgata italiana. El poeta que pasa debe recoger lo que queda de la alegría humana, esa tristeza que es como la frontera con la felicidad; y luego hacer versos

Así pues me agaché para coger la flor. Pero una mano se había adelantado a la mía, una pequeña mano, la de una chiquilla mal vestida, sórdida, casi andrajosa, con aspecto de mendiga. Yo dejé hacer a ese niña no disputándole el sucio despojo que ella cogía y que puso en su blusa, bojo el dobladillo de la tela sin botones, muy rápida y furtivamente. ¡Pobrecilla! acostumbrada a caminar en él, le gustaba coger una flor en el lodo.

Pero observé al hombre y a la mujer que estaban con la niña y los seguí entre la algarabía de toda la gente corriendo bajo la lluvia. Estaban pobremente vestidos, él con una chaqueta, ella con un vestido de lana sin abrigo; ella tenía en el cuello las greñas en

desorden de un moño despeinado, él tenía su sombrero redondo calado hasta los ojos, con unos mechones de cabellos marrones cortados por un peluquero de las afueras. Ambos mostraban en su vestimenta y en su actitud un abandono de miseria, un arrastramiento de harapos. Era la típica desagradable pareja parisina: el golfo y su hembra. Ella no le daba el brazo; hacían caminar delante de ellos a la niña que había recogido la flor; y mientras caminaban iban hablando.

¡Vaya día de perros! a causa del chaparrón siempre amenazante. Las personas ricas no se habían apeado de sus coches, y, con los burgueses que habían venido para ver la cabalgata, a pesar del mal tiempo, no había nada que hacer; éstos últimos son unos desconfiados que siempre están pendientes de sus bolsillos. No, finalmente era indignante no poder hacer negocio cuando se tienen ganas de trabajar y cuando uno no es más manco que los colegas. Los extranjeros tienen suerte; los ingleses sobre todo, a causa del Grand-Prix; se les considera gentes convenientes que tienen relaciones en los caballerizas; se les hace hablar, para tener informaciones sobre los caballos que correrán; y siempre hablan.... Pero los franceses desconfían de si mismos; no hay medio de entablar la conversación. Finalmente, eran las diez de la noche, habían venido a la fiesta a las dos de la tarde, y, en todo ese tiempo ni una ganga, nada; no habrían tenido siquiera ni para beber un vaso antes de ir a acostarse si la pequeña no hubiese recibido algunos centavos mendigando entre los coches. ¡Si allí no había con quién irritarse! ¿habría entonces que expatriarse para vivir? puesto que no había medio de ejercer su oficio honestamente en su país! Y todo esto dicho entre gruñidos, con sucios juramentos y ese acento de los antros que da a todas las palabras la ignominia del argot.

¿Por qué seguía y por qué escuchaba a esos míseros personajes? A causa de la chiquilla, harapienta, flaca, sucia y enclenque. Pero lo que me resultaba exquisito es que había recogido una flor.

–¡Margarita!

–¿Mamá?– dijo la niña en un sobresalto.

La madre le propinó una bofetada.

–Otra vez, responderás más rápido. Fíjate, mira, delante de nosotros, esas personas que se acercan. Vamos, espabílate.

La niña se aproximó a una familia burguesa que casi corría bajo la lluvia en busca de un coche; y, tendiendo una mano, con voz falsamente llorosa, gimoteó:

–Caballeros, señoras, somos cinco hermanos en casa. Papá no tiene trabajo. Denme algo. ¡Eso les dará buena suerte!

Le dieron una moneda de dos centavos que, una vez lejos los burgueses, ella entregó a su madre.

–¡Idiota! – dijo ésta – hay que correr a su lado, te habrían dado más.

Le propinó otra bofetada. La pequeña comenzó a llorar. No debía tener más de siete u ocho años. Era tan delgada bajo los farolillos, con una palidez casi de difunto y con unas manchas sonrosadas que parecían manchas del barro. Y lloraba con cortos sollozos. Luego paró de llorar y se puso a caminar delante de esa odiosa pareja llevando su mano a la blusa. Se hubiese dicho que encontraba consuelo tocando la flor que había cogido.

¿Qué es lo que podía significar para ella esa flor? Nacida en alguna casa de un barrio vulgar, acostumbrada a una vida sin domingos, no podía tener la nostalgia de los campos, de la vegetación, de los paseos por los bosques con las compañeras al salir de la escuela; una gavanja para ella debía ser algo que vender a los caballeros por las noches en el bulevar; y luego, al regresar después de la medianoche, si no llevaba una buena colecta, le esperarían una paliza. Durante todo el día, en la fiesta, ella había visto un intercambio enloquecido de ramos entre los cupés y los victorias; damas bien

vestidas, deslumbrantes, felices, con el rostro iluminado de alegría, riendo y bajando la cabeza para evitar a sus sombreros el impacto de las rosas y las peonías voladoras; lo que esa muchacha debería experimentar por las flores, oficio para ella y lujo para las otras, era odio. Pero no, callaba siempre y allí estaba la gavanza bajo la tela sin botones; y, con los ojos apenas secos, tenía una sonrisa en los labios, una sonrisa pensativa y resuelta, con aire de premeditación feliz, como si hubiese atisbado la realización de algo muy alegre. Yo observaba que bajo su brazo izquierdo llevaba un periódico arrugado, mal doblado. En una ocasión le cayó y ella lo recogió muy aprisa. ¿Que iba a hacer con él? Yo la miraba. Raquítica y triste, sin embargo no era fea. Lavada y bien vestida esa fealdad de niña pobre se hubiese convertido en una beldad de niña rica. Caminaba con paso decidido. Tenía en los ojos algo que se asemejaba a un sueño.

Sin embargo el hombre y la mujer habían abandonado la fiesta. Yo continuaba siguiéndolos. Habían ganado no sé qué avenida de las afueras y se detuvieron en un garito cubierto por un toldo, sentándose en una mesa. Me detuve yo también y me senté cerca de ellos. Pidieron una botella de vino. Los veía bajo la luz de un quinqué colgado de un poste. Él lampiño, ella bigotuda, sus caras eran repulsivas. Apoyados sobre sus codos se hablaban en voz baja, con un murmullo de complot. A nuestro alrededor unas personas, que debían ser palafreneros o sirvientes de jockeys, bebían formando una gran algarabía, llamaban al camarero, discutían, se insultaban. Había en el ambiente un tufo a cuadra mezclado con el olor de un barril vacío. Yo observaba que el golfo y su hembra miraban de vez en cuando, haciéndose señales, a dos criados vestidos de librea que estaban jugando a las cartas con unas monedas sobre la mesa.

¿Pero dónde estaba la niña?

Muy cerca, sentada en el suelo, entre los zapatos del gentío.

Y resultaba encantador verla.

Con el viejo periódico arrugado había hecho dos pequeñas carrozas de papel, – carrozas o su vago parecido, – y sus manos, tanto ésta, tanto aquella, lanzaban de un coche al otro la flor que ella había recogido entre la hierba húmeda y pisoteada. ¡Comprendí entonces por qué había cogido tan rápidamente el melancólico despojo! por qué lo conservaba con tanto cuidado. Allí, de cuclillas entre las piernas de los bebedores, entre el aire cargado, con los pies y la falda en el fango, reproducía toda la alegría y toda la gloria desbordada de la fiesta. Recibía y lanzaba, en una sola gavanza marchita, los mil ramos de la fresca batalla, y esa hija de carteristas, esa mendiga, esa harapienta, se divertía y se reía, y mientras el hombre y la mujer, inclinados encima de los vasos rojos, conspiraban algún golpe, ella tenía en los labios y en el corazón toda la sinceridad y la alegría de las bellas mundanas intercambiando floridos proyectiles. Pronto regresaría a algún antro apestoso, oscuro, donde se duerme mal durante las probables peleas del padre y la madre. Pero no importa, la pequeña miserable habría tenido durante un instante la ilusión de ser feliz como tantas magníficas damas. Y yo pensaba que era por la piedad del destino por lo que la gavanza rosa, casi un capullo aún, con un largo tallo espinoso, había caído de una mano torpe, entre el lodo, en la hierba.

LA BELLA DEL MUNDO

En aquél tiempo y en aquel país, si las jóvenes y las mujeres sabían que eran bonitas, no lo sabían más que de oídas. Apenas colgados de las paredes o tomados en la mano, todos los espejos, grandes o pequeños, se rompían en luminosos pedazos sin aparentes posibles golpes. ¿Y sabéis por qué se rompían de ese modo? porque estaban desesperados por no ser el espejo en el que la princesa Amarante miraba sus labios de flor y, bajo sus cabellos de sol, sus ojos de cielo.

A cien leguas a la redonda no se hubiese, por mucho que se intentase, encontrado una dama o una señorita cuya belleza fuese comparable a la de la princesa: ella era la admiración de todo lo que la rodeaba, hombres, animales o cosas; ni siquiera el rey, su padre, ni su pequeño perro, podían dejar de admirarla; si permanecía algunas horas sin atravesar la sala donde se encontraban los gentiles de la corte, éstos enfermaban de tristeza; cuando no daba su paseo acostumbrado por el parque, las balsaminas y los jacintos, durmiéndose en un estremecimiento de hojas, se decían las unas a los otros, incluso después de la más bella jornada: «¡Qué tiempo más sombrío hace hoy!» Pero ella era por lo menos tan mala como bella; el tener profundas pupilas azules donde se enternece deliciosamente la luz, no impedían unos accesos de cólera que hacían temblar a todo el mundo; a menudo tenía ganas de morder más que de sonreír, aunque su boca tuviese la dulzura amable de una rosa de pitiminí. Y la ira no era su mayor defecto: era envidiosa – ella que poseía en cofres de jade y oro tantas perlas y diamantes – hasta el punto de palidecer de rabia si veía una o dos gotas de rocío sobre una primula matinal, o algunos abalorios de bisutería en el cuello de una pobre. Añadir que, con el corazón cerrado a toda ternura, había sumido en la desesperación a los más apuestos y ricos príncipes de la tierra que no habían podido verla sin amarla; se hablaba hasta de doce pretendientes que se habían dejado morir de pena por no haberla obtenido en matrimonio.

II

Un día en el que estaba jugando al escondite con sus damas de compañía, sobre el césped, – era un juego muy de moda en esos tiempos en la corte, – escuchó a dos pajes que se paseaban por un sendero próximo, escondida tras una mata de siringas, hablando

entre ellos de un maravilloso pájaro que parecía, según los relatos de los viajeros, ¡una hoguera de piedras preciosas en vuelo! y que tenía su nido en la más alta cima de una montaña inhóspita en el país de los algonquines. De inmediato, – pese a tener en veinte pajareras todas las especies de pájaros exóticos – deseó poseer el pájaro desconocido. Mandó llamar a un príncipe, que por conquistarla permanecía melancólico en la corte desde hacía más de un año. Era el sobrino del emperador de Trebizonde; era joven y apuesto como una mañana de primavera; a fin de ganar el favor de la princesa, había protagonizado las más peligrosas hazañas, había vencido en las más duras pruebas; pero nunca fue recompensado por el amor y devoción que él le profesaba salvo con desaires.

Cuando el príncipe llegó, ella le dijo:

– ¡Señor, por favor, iréis a buscarme el pájaro igual que una hoguera de piedras preciosas que tiene su nido en la montaña de los algonquines!, y si lo traéis, tal vez os dé a besar la punta de la uña de mi dedo meñique.

– ¡Oh! señora,– exclamó una dama de honor, – ¿no sabéis que en su lejana soledad, ese pájaro está custodiado por mil feroces águilas, con garras y picos de hierro? De inmediato despedazarían al más fuerte y valiente de los vivos, a aquél que fuese lo bastante insensato para acercarse a ellas.

Amarante ya había roto con furiosa mano el tallo más próximo del rosal.

– ¿Por qué os metéis en esto?

Luego, volviéndose hacia el príncipe, dijo:

– Creía, señor, que ya habíais partido.

Él se inclinó y se alejó con paso rápido. Tal era su valentía, tal era sobre todo su deseo de merecer la prometida recompensa, que se iba a enfrentar a mil águilas feroces. Pocos días habían transcurrido, – la montaña tal vez estuviese menos alejada de lo que se creía,– cuando él regresó, trayendo posado sobre su puño, como un halcón domesticado, el maravilloso pájaro hecho de piedras preciosas vivas. La princesa, con aire de desdén, declaró que el animalillo alado no valía la reputación que tenía. Sin embargo consintió en acariciarlo dos o tres veces. Pero la cruel tirana no dio su uña rosada a besar al sobrino del emperador de Trebizonde, y ni siquiera reparó en que el vencedor de mil águilas tenía la frente, las mejillas, el cuello y las manos desgarradas y sangrientas todavía. El príncipe, resignado, se retiró sin una protesta.

III

Y ese no fue el único peligro al que expuso al príncipe. Como ella tuviese ganas de una esmeralda sin igual, él debió descender a las entrañas de la tierra y vencer a una multitud de gnomos armados con llameantes antorchas. ¡Regresó lleno de quemaduras! La princesa quiso aceptar la fina piedra pero del meñique prometido nada de nada. En otra ocasión exigió que fuese a recoger para ella, en las tierras de un temible hechicero, una flor que cantaba como un ruiseñor, y esa flor crecía en el claro de un inmenso bosque en el que todas las ramas eran lanzas en posición defensiva. Él regreso atravesado por mil impactos, completamente enrojecido por las heridas, ¡casi moribundo! La princesa consintió en escuchar la canción de la flor; pero de decir al sobrino del emperador: «Aquí tenéis mi uña rosada», no tuvo la menor intención. Y él no se quejaba, feliz tal vez por sufrir, incluso sin recompensa, siempre triste y dulce, por esa princesa tan cruel.

IV

Una mañana, cuando ella jugaba a las cuatro esquinas con sus damas de honor – era un juego que, en aquella época en la corte no estaba menos de moda que el escondite, – escuchó a dos oficiales del palacio hablar, tras la cortina de una puerta, de una muchacha más exquisita que todas las mujeres y todas las hadas; un gigante africano la mantenía cautiva en un castillo de bronce. Era tan perfecta que le llamaban «Bella del mundo», sencillamente para expresar que no había nadie sobre la tierra más bello que ella. Y los oficiales, pensando que no se les podía escuchar, comentaron que Amarante, comparada con esa joven, no era más que una especie de adefesio. ¡Cuatro jarrones chinos se rompieron en pedazos bajo los pequeños puños furiosos de la princesa! Una muchacha viva más bonita que Ilea, ¡eso era algo que no podía tolerar! Se apoderó de ella la idea de hacer perecer entre los más horribles suplicios a aquella que había tenido la rara osadía de competir con ella en belleza.

Volvió a llamar al sobrino del emperador de Trebizonde:

– Señor, iréis, por favor, a buscarme a la Bella del Mundo que un gigante africano mantiene cautiva en un castillo de bronce, y si lo conseguís, yo os juro que esta vez, no rechazaré vuestros labios en la uña rosa de mi dedo meñique.

– ¡Oh!, señora, exclamó una dama de honor, ¿no sabéis que en ese lejano castillo, Bella del Mundo está custodiada por mil guerreros con cabezas de león y tigre, que despedazan y devoran, en menos tiempo del que necesita un buitre para zamparse una alondra, a los insensatos que merodean por las cercanías? Un ejército innumerable de héroes, blandiendo en lugar de lanzas, el rayo y el trueno jamás vencerían a esos monstruos que nunca duermen. No sería culpa del príncipe que se negase a obedecer vuestro capricho.

Amarante resopló sobre las dos mejillas de la compasiva dama de honor. Luego, volviéndose hacia el príncipe, dijo:

– ¡Y qué, señor, ¿todavía no habéis vuelto?

Él bajó la cabeza y salió. Pero fue solamente después de una ausencia de varios meses cuando él se mostró de nuevo ante la princesa en el momento que ésta atravesaba el patio del palacio. ¡Él estaba en un estado que hubiese conmovido a los más atroces corazones! Su traje colgaba en desgarrados harapos; profundas heridas laceraban toda su carne; le faltaba uno de sus brazos; sin duda lo había dejado en las fauces de uno de los guerreros con cabeza de león o tigre. Pero el orgullo de la victoria brillaba en sus ojos y flotaba en su cabellera esparcida y ¡estaba soberbio y magnífico! y, tras él, entre unos esclavos negros, sobre el lomo de un elefante, había un palanquín de terciopelo amarillo con largos flecos de oro.

– ¡Sed bienvenido – dijo la princesa Amarante, – si traéis a Bella del Mundo!

– La traigo – dijo él.

– ¿En ese palanquín?

– Sí.

– ¡Daos prisa pues en hacerla apearse!

El príncipe se acercó al elefante que se había arrodillado, y una vez apartado el terciopelo amarillo, los que estaban presentes vieron a una persona tan admirable, vestida de nieve y oro, que permanecieron aturdidos como cuando se mira la magnificencia del sol. ¡La princesa Amarante emitió un grito de alegría y de rabia! pues tan feliz estaba de tener en su poder, para hacerla juguete de su odio, a la que de ella se burlaba por medio de tan incomparable belleza. Y, sea que su terrible alegría la disponía a alguna mansedumbre hacia todo lo que no fuese Bella del mundo, o bien porque no

podiese finalmente impedir admirar la obediencia y la victoriosa valentía del príncipe, que exclamó:

–¡Señor! no es solamente mi meñique lo que os daré sino mi mano entera, toda mi persona a cambio de la Bella que habéis conquistado! ¡Seréis el rey de mi reino y el esposo de mi lecho!

Y ya hacía una señal a los oficiales y a los sirvientes para que le fuese entregada la prisionera, cuando el príncipe dijo:

–Yo he conquistado a Bella del Mundo, en efecto; únicamente, señora, la he conquistado para mí, no para vos; para mi amor, no para vuestro odio. Porque, cómo demasiado a menudo vuestra barbarie, después de tantos trabajos en los que habéis expuesto mi vida, me negó la uña de vuestro dedo meñique, no quiero toda vuestra persona y llevo a Bella a mi palacio de Trebizonde, más hermosa que vos, ¡que es conmigo tan dulce como cruel fuisteis vos!

Dicho eso subió al palanquín cuyas cortinas se cerraron, y el enorme elefante, rápido como los ligeros antílopes, – pues creo que era algún elefante encantado,– desapareció entre la polvareda soleada del camino, mientras la princesa Amarante, para mitigar su rabia mordía con sus bellos dientes los brazos y los hombros de sus damas de honor.

UN BUEN HALLAZGO

El funcionario de la oficina de Objetos Perdidos, no dejó traslucir el menor asombro cuando, habiendo levantado la plancha del mostrador, vio frente a él, en el corredor amarillo y negro, a un joven apuesto como un amanecer de primavera, únicamente provisto de una aljaba de oro sobre los hombros y una cinta púrpura sobre el ojo; y ese joven no estaba sólo, pues tenía a su lado una dama, la más hermosa del mundo, que hubiese parecido completamente desnuda si no hubiese estado vestida de lises y rosas que florecían en su piel; además tenía una estrella de diamantes en los cabellos. El funcionario, ya lo he dicho, no manifestó ninguna sorpresa; no valdría la pena ser un viejo parisino si hubiese que sorprenderse de cualquier cosa.

Así pues, miró a los recién llegados con aire de quien demuestra la más perfecta indiferencia; y, muy profesional, preguntó:

– ¿Habéis perdido algo?

– Así es. – respondió el joven vestido con la aljaba.

– Sí. – contestó a coro la joven dama cuya piel estaba cubierta de rosa y blanco.

– ¿Vuestras ropas, quizás?

– ¡Jamás he tenido!

– ¿No sería un error tenerlas?

El funcionario gruñó:

– Ciñámonos a los hechos, no tengo tiempo para perderlo en diálogos. ¿Qué habéis perdido?

– Tal y como podéis ver, yo soy el Amor...

– ¡Al grano!

– Tal y como podéis ver, yo soy la Belleza...

– ¡Al grano!

– Hemos perdido el respeto y la adoración que la raza humana nos había profesado.

– ¡Hum! ¡hum!: esas son cosas que será difícil encontrar. Sin embargo, veamos, razonemos. ¿Recordáis los lugares en los que os encontrabais cuando ocurrió ese contratiempo?

El dios y la diosa trataron en vano de disimular su apuro.

–Han transcurrido muchos días y he estado en más de un lugar desde que abandoné la tierra de Cítara por la ciudad que se erige en los alrededores de Bougival y de Asnières. – dijo el dios.

– No fue ayer – dijo ella – cuando salí de las olas bajo el pudor de mi cabellera; y hace mucho tiempo que habito en la capital llamada París.

– Yo he pasado noches en los salones de las ilustres mundanas y de las coquetas menos importantes.

–No he desdeñado mostrarme en los bailes, en las fiestas, detrás de las barandillas de los teatros y de los cafe-concert.

–Yo he formulado mil juramentos que no he mantenido a los pies de tantas enamoradas...

–Yo me he ofrecido, me he entregado, tantas veces, en noches de caprichos y tormentosa lasitud...

–Yo me he rebajado, por el placer de las caricias, hasta el olvido de los sanos celos, hasta la sacrílega aceptación de los repartos.

–Me he vendido por collares de perlas y de amatistas, y por billetes de banco a montones.

El funcionario exclamó:

–¡Caramba! si que la habéis hecho buena; unas personas tan considerables como vos lo sois habrían debido mostrar más continencia y no llevar esa vida de Polichinelas. Es culpa vuestra, confesadlo, si habéis perdido el respeto y la adoración de la raza humana; y, entre nosotros, creo con toda seguridad que no los encontraréis. ¿Creéis que los cocheros más desinteresados devuelven objetos de ese tipo? ¡Ah! si hubieseis vivido en provincias, en las pequeñas ciudades o en los pueblos donde se eternizan los noviazgos puros, tal vez tendríais alguna oportunidad de reconquistar lo que os falta. Pero, en París, después de tantas aventuras... En fin, vamos a ver, tened la bondad de esperarme un instante. Voy a buscar.

Esperaron mucho tiempo, pues ese funcionario era un hombre infinitamente concienzudo. Registró todos los cajones y todos los armarios; vio anteojos que habían codiciado lo que las faldas tapaban en bailarinas y la palpitación de los pechos en el nacimiento del corsé; abanicos detrás de los cuales la hipocresía de los besos habían prometido eternas ternuras; espejos donde se había mirado el maquillaje de los labios mentirosos; vio, en las carteras perdidas en los clubs masculinos, cheques que habrían pagado sonrisas, y, en los portamonedas perdidos por las putas, unas piezas de oro mendigadas entre dos estertores de éxtasis; y había allí, en la confusión de tantas cosas diversas, virtudes, pudores, encontrados sobre cojines de fiacres, olvidadas en las habitaciones de hoteles, caídas en el arroyo de alguna callejuela donde las recogió, con otras inocencias envilecidas, el gancho de algún buhonero; había también virginidades de niña arrojadas a la concupiscencia innoble de los viejos, y que, al día siguiente, había barrido hacia el montón de basuras, la sirvienta de la alcahueta. Pero el honrado funcionario no pudo encontrar el respeto y la adoración que habían perdido el Amor y la Belleza; y regresó a su mostrador diciendo: «Lo lamento, pero no tenemos lo que os falta.»

Entonces la Belleza y el Amor mostraron la mayor de las desolaciones. De qué le serviría a ella ser el encanto y el deslumbramiento de las miradas; de qué le serviría a él ser el único dispensador de embriagueces únicas, si la estima y el fervor de las almas se alejaban de ellos a partir de ahora? ¡Eran dioses repudiados por sus sacerdotes!

Hemos de convenir que esa situación tenía algo de enojosa.

–¿Que queréis que haga yo? – dijo el funcionario con la pluma en la oreja; deberíais conducirnos como divinidades honradas.

Pero una gran voz, grave y alta, gritó:

–Vamos, vamos, no desesperéis ¡qué diablos! Hay remedio para todo.

Aquél que acababa de entrar en el corredor amarillo y negro, era un cochero de la Compañía; tenía una nariz ganchuda y una boca enorme, con aspecto de estar un tanto ebrio; traía sin duda algún objeto olvidado en su coche.

–Sí –continúo – quiero proponeros un negocio. ¿Sabéis lo que he encontrado hace un rato sobre los cojines de mi coche? Mirad, mirad,–¡esto! las ilusiones de una pobre chiquilla, fresca como las flores y bonita como los pájaros, subida en mi fiacre ayer, muy alegre, con un buen muchacho que la llevaba por la cintura; pero lloraba cuando se apeó. Las ilusiones que hacen ver estrellas en pleno cielo negro y rosas en pleno invierno, tomadlas, llevadlas, ¡os las doy! dad un regalo a los hombres y metédselas en sus ojos, sus corazones, sus cabezas, y, toda la raza de los imbéciles mortales os profesará respeto y adoración, a tí, el Amor, como si nunca te hubieses deshonrado con traiciones ni desenfrenos, y a tí, la Belleza, como si nunca, ángel ignorante de los reservados, no tuvieses la pierna fuera del pantalón, y un poco de carne encima de la liga, bajo la tenue luz del gas, haciendo saltar con el extremo del botín el sombrero de un provinciano deslumbrado.

LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE

Esta no es solamente una historia que se escribe de prisa y corriendo, es una leyenda también; y hay que reconocer que con frecuencia los narradores más concienzudos y mejor informados – la Señora de Aulnoy, el mismísimo Perrault, – suelen no relatar las cosas exactamente del modo que han sucedido en el país de la magia. Así, la mayor de las hermanas de Cendrillon no llevaba al baile del príncipe un vestido de terciopelo rojo con un adorno inglés como se creía hasta ahora; tenía un vestido escarlata, bordado de plata y una cinta dorada. Entre los monarcas de todos los países, tomados de las bodas de Piel de Asno, los unos, en efecto, vinieron en silla con portadores, otros en cabriolé; los que venían de más lejos subidos sobre elefantes, sobre tigres, sobre águilas; pero se ha omitido que el rey de Mataquin hizo su entrada en el patio de palacio sentado entre las alas de una tarasca que arrojaba por las narices llamas de piedras preciosas. Y no creáis que me vais a sorprender preguntándome por qué y de qué manera fui ilustrado sobre estos importantes puntos. Hace mucho tiempo conocí en una cabaña, en el lindero de un bosque, a una anciana bastante vieja para ser hada, aunque siempre sospeché que era una; como yo iba en ocasiones a hacerle compañía cuando ella se calentaba al sol ante su casita, me había tomado cariño y, pocos días antes de morir, – o de regresar, su tiempo de prueba acabado, al misterioso país de las Vivianas y las Melusinas, – me ofreció como regalo de despedida una rueca muy antigua y extraordinaria, pues cada vez que la hacía girar se ponía a hablar o a cantar con una vocecilla dulce, un poco temblorosa, parecida a la de una abuela que se anima y cotillea; lo que cuenta son unos cuentos muy bonitos, unos que nadie sabe y otros que sabe mejor que nadie; y, en este último caso, le gusta hacer observar y rectificar los errores cometidos por las personas que se han dedicado a propagar esos relatos. Ved pues de quien he aprendido y quedaréis muy sorprendidos si os dijese todas las cosas que me han sido reveladas. Fijaos, por ejemplo: ¿vosotros creéis conocer en todos sus detalles la historia de la princesa que, habiéndose pinchado la mano con un huso, se quedó dormida con un sueño tan profundo que nadie pudo despertarla – ni incluso el agua de la reina de Hungría con la que se le frotaron las sienes, – y que fue acostada en un castillo, en medio de un parque, sobre una cama bordada en oro y plata? Lamento deciros que no lo sabéis del todo o que no sabéis el final de esta aventura; y siempre lo desconoceríais si yo me hubiese propuesto el deber de instruiros.

«Sí, sí, –ronroneó la Rueca – la Princesa dormía desde hacía cien años cuando un joven príncipe, alentado por el amor y la gloria, decidió penetrar hasta ella y despertarla. Los grandes árboles, los espinos y las zarzas se reprocharon el dejarlo pasar. Caminó hacia el castillo que se veía al final de una gran avenida y entró; y , lo que le sorprendió un poco fue que nadie de su sequito lo había podido seguir porque los árboles se habían cerrado después de que el había pasado. Finalmente, cuando hubo atravesados varias calzadas pavimentadas de mármol, – unos suizos con nariz aguileña y la cara roja, dormían al lado de sus tazas donde quedaban todavía algunas gotas de vino, lo que mostraba a las claras que habían quedado dormidos bebiendo, – cuando hubo seguido largos vestíbulos, y subido por unas escaleras donde unos guardias roncaban con la carabina al hombro, se encontró en una habitación completamente dorada y vio, sobre un lecho cuyas cortinas estaban abiertas por todos lados, el más bello espectáculo que nunca había visto: una princesa que parecía tener quince o dieciséis años, y cuyo estallido resplandeciente tenía algo de luminoso y divino.

Garantizo que las cosas pasaron así – siempre es la Rueca quien habla –y el autor, hasta ese momento no ha mentido con demasiado descaro. Pero no hay nada más falso que el resto del cuento, y no puedo admitir que la Bella despertada hubiese mirado al príncipe con miradas amorosas, ni que le hubiese dicho: «¿Sois vos, señor? ¡Cómo os habéis hecho de rogar!»

Si queréis saber la verdad, escuchad.

La princesa extendió los brazos, levanto la cabeza un poco, abrió sus ojos a medias, los volvió a cerrar como asustada por la luz y suspiró ampliamente, mientras que Pouffe, la perrita, despertada también, ladraba con cólera.

– ¿Quién ha venido? – pregunto por fin la ahijada de las hadas– ¿y qué es lo que me quiere?

El príncipe de rodillas, exclamó:

–El que ha venido es el que os adora y que se ha visto envuelto en los más grandes peligros (exageraba un poco) para libraros del hechizo en el que estabais cautiva. Dejad ese lecho en que habéis dormido cien años, dadme la mano y regresemos juntos a la claridad y a la vida.

Asombrada por esas palabras, ella lo consideró y no pudo impedir sonreír: pues era un joven príncipe vigoroso y bien parecido que tenía los más bonitos ojos del mundo y que hablaba con una voz muy melodiosa.

–¿Es pues verdad? –dijo ella apartando sus cabellos,– ¿Ha llegado la hora en la que puedo verme liberada de mi largo sueño?

–Así es.

–¡Ah! – dio ella.

–¿Qué me ocurrirá si salgo de la sombra y si regreso entre los vivos?

–¿No lo adivináis? ¿Habéis olivado que sois la hija de un rey? Veréis acudir a vuestro encuentro a vuestro pueblo feliz, lanzando gritos de placer y agitando banderas de todos los colores; las mujeres y los niños besarán los flecos de vuestro vestido; en definitiva seréis la más poderosa y la más festejada de las reinas de la tierra.

–Me gustará ser reina, dijo ella. ¿Qué me ocurrirá a continuación?

–Viviréis en un palacio brillante como el oro y, subiendo las escalinatas de vuestro trono, caminaréis sobre mosaicos de diamantes. Los cortesanos agrupados a vuestro alrededor os cantarán alabanzas; las frentes más augustas se inclinarán bajo la todopoderosa gracia de vuestra sonrisa.

–Ser alabada y obedecida, será encantador, –dijo ella.– ¿No tendré otros placeres?

– Hábiles modistas como las hadas, vuestras madrinas, os vestirán con vestidos de color de luna y sol, os empolvarán los cabellos, os pondrán lunares al borde del ojo o a un lado de la boca; tendréis un gran abrigo de paño de oro que se arrastra detrás de vos.

–¡Qué bien! dijo ella. Siempre fui un poco presumida.

–Unos pajes hermosos como pájaros os ofrecerán en unas copas las especies más finas, verterán en vuestra copa los vinos azucarados cuyo perfume es tan dulce.

–¡Eso está muy bien! dijo ella. Siempre fui un poco golosa. ¿Serán esas todos mis disfrutes?

–Hay otra delicia más, la más grande de todas las que os esperan.

–¡eh! ¿Cuál?

–¡Seréis amada!

–¿Por quién?

–¡Por mí! Si no me consideráis indigno de pretender a vuestro cariño...

–Sois un príncipe de buen aspecto y vuestro traje os queda muy bien.

–... Si os dignáis a no rechazar mis intenciones os daré todo mi corazón, como otro reino en el que seréis la soberana y nunca dejaré de ser el esclavo que reconozca vuestros más crueles caprichos.

–¡Ah ¡cuánta felicidad me prometéis!

–Levantaos, querida alma, y seguidme.

–¿Seguiros? ¿Ya? Esperad un poco. Hay sin duda una cosa más tentadora entre todo lo que me ofrecéis, pero ¿sabéis que para obtenerla no puedo marcharme?

–¿Que queréis decir, princesa?

–Duelmo desde hace un siglo, es cierto, pero desde hace un siglo sueño. En mis sueños también soy reina, ¡y de qué divino reino! Mi palacio tiene muros de luz; tengo por cortesanos ángeles que me celebran en músicas de una dulzura infinita, camino sobre montones de estrellas. ¡Si supierais con que bellos vestidos me visto, y los frutos sin igual que se sirven en mi mesa, y los vinos de miel en los que mojo mis labios! Por lo que respeta al amor podéis estar seguro de que no me falta, pues soy adorada por un esposo más apuesto que todos los príncipes del mundo y fiel desde hace cien años. Considerando todo esto, señor, creo que no ganaría nada saliendo de mi hechizo; os ruego que me dejéis dormir.

Y allí mismo se dio la vuelta volviendo a tapar sus ojos con su larga melena y recuperando su largo sueño, mientras que Pouffe, la perrita, dejaba de ladrar, contenta con el hocico entre las patas. El príncipe se alejó muy triste. Y, desde ese tiempo, gracias a la protección de las buenas hadas, nadie ha ido a importunar los sueños de la Bella Durmiente del Bosque.

EL DESEO INAPROPIADO

I

Descalzo, con los cabellos al viento, un vagabundo pasó por el camino, delante del palacio del rey. Muy joven, era muy guapo con sus bucles dorados, con sus grandes ojos negros y su boca tan fresca como una rosa tras la lluvia; como si el sol se hubiese solazado en mirarlo, había en sus harapos más luz y alegría que en los satenes, los terciopelos y los brocados de los nobles y de las damas juntas en la corte de honor.

–¡Oh! ¡Qué hermosa es!–exclamó deteniéndose de repente.

Había visto a la princesa Roselinde que tomaba el fresco en su ventana; y, realmente era imposible ver nada sobre la tierra que fuese tan bonito como ella. Inmóvil, con los brazos levantados hacia la ventana como hacia una abertura del cielo por donde se ofreciese el paraíso, él hubiese quedado allí hasta la noche si un guardián no le golpease con la alabarda expulsándole de allí con duras palabras.

Se fue con la cabeza gacha. Ahora todo le parecía sombrío a su alrededor, el horizonte, el camino, los árboles floridos; desde que ya no veía a Rosalinde, creía que el sol había muerto. Se sentó bajo un roble en el lindero del bosque y se puso a llorar.

–¡Eh! criatura, ¿por qué te lamentas de ese modo? – preguntó una vieja leñadora que salía del bosque con la espalda doblegada bajo un atillo de ramas secas.

–¿De qué me serviría contároslo? No podéis hacer nada por mí, buena mujer.

–En eso os equivocáis – dijo la vieja.

Al mismo tiempo se levantó, dejando en el suelo su fardo; ya no era una leñadora, sino una hada bella como el día, vestida con un traje de plata y los cabellos adornados con flores y piedras preciosas; en cuanto a las ramas ajadas, habían alzado el vuelo cubriéndose de hojas verdes, y, de regreso al árbol del que habían caído, cantaron llenas de pájaros.

–¡Oh! ¡señora hada! – dijo el vagabundo postrándose de rodillas – tened piedad de mi infortunio. Por haber visto a la hija del rey que tomaba el fresco en su ventana, mi corazón ya no me pertenece; siento que jamás amaré a ninguna otra mujer como la amo a ella.

–¡Bueno! –dijo el hada – esa no es una gran desgracia.

–¿Puede haber una mayor para mí? Moriré si no me convierto en el esposo de la princesa.

–¿Qué te lo impide? Roselinde no tiene novio.

–¡Oh! señora, mirad mis harapos, mis pies descalzos, soy un pobre muchacho que mendiga por los caminos.

–¡No importa! aquél que ama sinceramente tiene que ser amado; es la ley eterna y dulce. El rey y la reina te rechazarán con desprecio, los cortesanos se reirán en tu cara, pero si tu cariño es verdadero, Rosalinde se conmovió, y, una noche en la que llorarás en alguna granja por haber sido golpeado por los criados y mordido por los perros, ella vendrá, sonrojada y feliz a pedirte la mitad de tu lecho de paja.

El muchacho sacudió la cabeza; no creía que tal milagro fuese posible.

–¡Ten cuidado! –continuó el hada– al Amor no le gusta que se dude de su poder, y podría ocurrir que fueses castigado de un modo cruel a causa de tu poca fe. Sin embargo, puesto que sufres, quiero ayudarte. Formula un deseo y yo lo llevaré a cabo.

–Quisiera ser el más poderoso príncipe de la tierra a fin de casarme con la princesa que adoro.

– En fin, puesto que lo he prometido, será hecho según tu deseo. Pero debo advertirte algo: cuando hayas dejado de ser quién eres ahora, ningún encantador, ninguna hada, ni siquiera yo, podrá devolvarte a tu primer estado; una vez convertido en príncipe, lo serás para siempre.

–¿Creéis acaso que él regió marido de la princesa Roselinde tendrá ganas de mendigar su pan por los caminos?

–Deseo que seas feliz –dijo el hada con un suspiro.

Luego, con una barita de oro, le tocó en el hombro y, mediante una brusca metamorfosis, el vagabundo se convirtió en un magnífico caballero, deslumbrante de sedas y joyas, cabalgando un pura sangre de Hungría, a la cabeza de un cortejo de cortesanos con penachos y guerreros con armaduras de oro, que tocaban sus cornetas.

II

Tan gran príncipe no podía ser recibido mal en la corte: se le acogió de inmediato; durante una semana hubo en su honor bailes, torneos, todas las fiestas que uno pueda imaginar. Pero él no se ocupaba en esos placeres. A todas horas pensaba en Roselinde; cuando la veía sentía su corazón desbordar de delicia; cuando la oía hablar creía escuchar una música divina, y hubo de desfallecer una vez que le dio la mano para bailar un rigodón. Sin embargo algo le preocupaba un poco: aquella a la que él amaba tanto no parecía darse cuenta de los cuidados que él le profesaba; ella permanecía frecuentemente silenciosa, con aspecto melancólico. Él no insistió menos en el proyecto de pedirla en matrimonio; y, como era de esperar, los reales padres de Roselinde cuidaron mucho de no rechazar un partido tan considerable. De ese modo, ¡el vagabundo de antes iba a poseer a la más bella princesa del mundo! Tan extraordinaria felicidad lo turbaba hasta tal punto que respondió al consentimiento del rey mediante extravagantes gestos poco compatibles con la solemnidad de su rango, y por poco casi baila el rigodón delante de toda la corte el sólo. Lamentablemente esa gran alegría fue de corta duración. Apenas supo la voluntad de sus padres, Rosalinde cayó medio muerta en los brazos de sus damas de honor; y cuando volvió en sí, fue para decir con sollozos, que no quería casarse, que se mataría antes que casarse con el príncipe.

III

Más desesperado de lo que se puede expresar, el desdichado amante se precipitó, violando todo protocolo, en la habitación a donde habían trasladado a la princesa, y postrado de rodillas, tendiendo los brazos hacia ella, le dijo:

–¡Cruel!, ¡retractaos de esas palabras que me asesinan!

Ella abrió lentamente los ojos y respondió con debilidad, pero sin embargo con firmeza:

–Príncipe, nada hará cambiar mi resolución. Yo nunca me casaré.

–¡Cómo! ¡Cometéis la barbarie de desgarrar un corazón que es completamente vuestro! ¿Qué crimen he cometido para merecer un castigo semejante? ¿Dudáis de mi amor? ¿Teméis que un día deje de adoraros? ¡Ah! si pudieseis leer en mí no tendríais esas dudas ni esos temores. Mi pasión es tan ardiente que me hace incluso digno de vuestra incomparable belleza. Y si vos no os dejáis conmovir por mis lamentos, ¡no encontraré remedio a mis males excepto en la muerte! Dadme esperanzas, princesa, o bien moriré a vuestros pies.

No limitó a eso su discurso: dijo todo lo que el más violento dolor puede inspirar a un corazón apasionado; si bien Rosalinde no dejó de enternecerse, pero no del modo que él quería.

–Desdichado príncipe –dijo ella – si mi piedad, a falta de mi cariño, puede servir de consuelo, yo os la concedo de buen grado. Comprendo tanto o más vuestros lamentos porque yo misma soporto el tormento que os aflige.

–¿Que queréis decir, princesa?

– Si me niego a casarme con vos es porque amo con un amor sin esperanza a un vagabundo que pasó un día descalzo, con los cabellos al viento, ante el palacio de mi padre, ¡me miró y no ha regresado!

ISOLINA - ISOLINO

I

Érase una vez que dos hadas se encontraron en el lindero de un bosque cerca de una gran ciudad; una de ellas, que se llamaba Urganda, estaba de muy mal humor porque se habían olvidado de invitarla a las fiestas que se iban a celebrar con motivo del bautismo de la hija del rey; pero la otra, – se llamaba Urgèle, – experimentaba toda la satisfacción posible porque le habían rogado que asistiese a esas hermosas celebraciones; y, entre las hadas, como entre los hombres, se es bueno cuando se está contento y malo cuando se está triste.

–¡Buenos días, hermana – dijo Urgèle.

–Buenos días, hermana – gruñó Urgande. – Supongo que lo habéis pasado muy bien con vuestro amigo el rey de Mataquin.

–¡Mejor de lo que sabría expresarlo! Las salas estaban tan bien iluminadas que se hubiese creído estar en nuestro palacio subterráneo dónde las paredes son de piedras preciosas y los techos de cristal brillante; se sirvieron las viandas más delicadas en platos de oro, sobre manteles de encajes; se vertieron en copas en forma de lis vinos tan perfumados y tan dulces que creía beber miel en las flores; y, después de la comida, jóvenes muchachos y bellas damiselas, tan gráciles y bien vestidas con sedas de todos los colores que se les tomaban por pájaros del paraíso, bailaron unas danzas que eran las más bonitas del mundo.

–Sí, sí, he podido oír desde aquí los violines. Y sin duda, para agradecer una tan agradable hospitalidad, habéis hecho a la pequeña princesa, vuestra ahijada, regalos muy preciosos?

– ¡Por supuesto, hermana! la princesa será bella como el día; cuando hable será como un canto de curruca, cuando ría será como una rosa eclosionada; en fin, no hay perfecciones que no le haya ofrecido; y, cuando tenga edad de casarse, se casará con un príncipe tan guapo y enamorado que nunca se habrá visto tanto encanto ni tanta pasión.

–¡Maravilloso! –dijo Urgande rechinando los dientes. – Yo también quiero mostrarme generosa con vuestra ahijada.

–¡Oh!, hermana, ¡no le concedas un don fatal! No pronunciéis algunas terribles palabras de las que no podríais retractaros! Si hubieseis visto a la princesita en su cuna, tan encantadora y frágil, parecida a un pajarillo sin plumas, si os hubiese sonreído con

sus ojitos azules y su boca color de gavanza, quedaríais enternecida y no tendríais deseos de hacerle daño.

–¡Sí, pero no la he visto! Será bella pues como el día, puesto que ninguna hada podría impedir lo que otra ha decidido; tendrá la voz dulce como la de las currucas y los labios como las rosas, se casará con el más apuesto y enamorado de los príncipes; tan sólo que...

–¿Qué? – preguntó Urgèle llena de inquietud.

–Tan solo que desde el momento que se case, la misma noche de bodas, ¡dejará de ser muchacha para convertirse en hombre!

La buena madrina se mostró espantada con esa profecía. Rogó, suplicó, pero Urgande no quiso escuchar nada y se hundió en la tierra con una carcajada sarcástica que espantó a todos los pájaros del bosque. Urgèle continuó su camino, con la cabeza gacha, preguntándose como poder liberar a su ahijada de tan enojoso porvenir.

II

A los dieciséis años la princesa Isolina era tan bella que por toda la tierra no se oían más que ecos de su belleza; aquellos que la veían no podían evitar adorarla, y los que no la veían no dejaban de quedar prendados de todo lo que se publicaba de ella. De modo que, desde todos los países llegaban embajadores a la corte de Mataquin para pedir la mano de la princesa por parte de los más poderosos y ricos monarcas. Por desgracia el rey y la reina, advertidos del futuro prometido a su hija, no sabían que responder; hubiese sido imprudente casar a una señorita que, en la noche de sus bodas, iba a verse tan extrañamente metamorfoseada. Daban largas a los embajadores con mucha diplomacia, sin consentimientos ni rechazos, y se excusaban tanto como era posible. En cuanto a Isolina, a quién se le había mantenido en secreto su cruel destino, no le preocupaba mucho casarse o no; su inocencia no se inquietaba de eso; con tal de que se la dejase jugar con su muñeca y con su perrito en los paseos del jardín real, donde los pájaros le decían: «Vuestra voz es más dulce que la nuestra», dónde las rosas le decían: «Nosotras somos menos rosas que vuestros labios,» ella se mostraba satisfecha, no pedía otra cosa; era como una florecilla que no sabe que debe ser algún día cortada.

Pero un día que estaba ocupada anudando un tallo de corregüela en el cuello de su caniche que ladraba de gozo, oyó un gran ruido en el camino aledaño; levantó los ojos y vio un cortejo magnífico que se dirigía al palacio, y, a la cabeza del mismo, sobre un caballo blanco que sacudía sus crines, había un joven caballero que tenía tan buen porte y una belleza tan deslumbrante que se le nubló la vista y el corazón casi se le para. «¡Ah! ¡qué apuesto es!» pensó ella; y, meditando por primera vez en tales cosas tuvo que reconocer que si él tuviese la intención de pedirla en matrimonio, no experimentaría ningún disgusto.

El joven caballero, sin embargo, por encima de las floridas matas había visto a Isolina; se detuvo encantado también.

– ¡Quieran las buenas hadas que vos seáis la hija del rey de Mataquín! pues vengo para esposarla, y no hay nada sobre la tierra tan encantador como vos.

–Soy la princesa Isolina, – dijo ella.

No hablaron más, se miraron; a partir de ese momento, se amaron con un cariño tan ardiente que no hay palabras para expresarlo.

III

¡Imagínense el atolladero en el que se vieron sumidos el rey y la reina! En esta ocasión no se trataba de un embajador al que había que responder, sino a su propia hija, suplicando, llorando, jurando que tendría una enfermedad si no se casaba con su enamorado, y que moriría con toda seguridad. Además, el príncipe Diamantino no era de aquellos a los que es fácil rechazar; era hijo del emperador de Golconde, podía lanzar contra sus enemigos cuatro o cinco ejércitos del que uno solo hubiese bastado para destruir varios reinos; había pues un gran temor a su cólera, y no dejaría de irritarse enormemente si le fuese negada la mano de la princesa. Hacerle saber la espantosa suerte reservada a Isoline, sería echar más leña al fuego; él no hubiese dado crédito a un relato tan poco verosímil, hubiese creído que querían burlarse de él. Aunque conmovidos por su hija, y temerosos del príncipe, el rey y la reina se preguntaron si no harían bien en dejar que se produjesen los acontecimientos como si ningún desastre fuese a ocurrir; además podía darse el caso que el hada Urgande, después de tantos años, hubiese renunciado a su venganza. Finalmente, no sin muchas dudas, excusas y retrasos, consintieron en el himeneo de los dos amantes, y jamás se hubiese visto, incluso en una boda real, esposa más bella ni marido más feliz.

IV

A decir verdad, el rey y la reina estaban muy lejos de sentirse tranquilos; tras la fiesta, cuando se hubieron retirado a sus aposentos les fue imposible dormir. A todo instante temían oír gritos, portazos, ver aparecer al príncipe loco de desesperación y espanto. Pero nada turbó la calma nocturna; se fueron tranquilizando poco a poco: sin duda habían tenido razón al pensar que la malvada hada había retirado su profecía; al día siguiente de las bodas, entraron sin demasiada inquietud en la sala del trono, donde los recién casados no tardarían, según la costumbre, en ir a arrodillarse bajo la bendición real y paterna.

Se abrió la puerta.

–¡Hija mía! – exclamó el rey lleno de horror.

–¡Isolina! – gimió la madre.

–¡Ya no soy vuestra hija, sino vuestro hijo, padre! ¡ya no soy Isolina, sino Isolino, madre!

Y, hablando de ese modo, el nuevo príncipe, encantador, orgulloso, con la espada colgando de su cinto, rizaba su bigote con un aire de desafío.

–¡Todo está perdido! –decía el rey.

–¡Qué desgracia! – decía la reina.

Pero Isolino, volviéndose hacia la puerta, y con voz tierna, dijo:

–¡Vamos, venid mi querida Diamantina! ¿Por qué tembláis de ese modo? Me asustaría vuestro sonrojo si no os hiciese más bella.

Pues, al mismo tiempo que la princesa se había convertido en muchacho, el príncipe se había convertido en muchacha; fue así como, gracias a la buena Urgèle, pudo ser frustrada la venganza de la malévola hada.

EL ESPEJO

I

Érase una vez un reino en el que no había espejos. Todos los espejos, los que cuelgan de las paredes, los de mano y los que se llevan en el cinto habían sido destruidos, reducidos a polvo por orden de la reina; si se hubiese descubierto el más pequeño de los fragmentos en no importa qué domicilio, no hubiese dejado de hacer perecer a sus moradores en medio de los más espantosos suplicios. En cuanto a los motivos de ese extraño capricho yo puedo contároslo. Fea hasta el punto en que los peores monstruos habrían parecido encantadores junto a ella, la reina no quería exponerse a encontrarse con su imagen cuando iba por la ciudad y, sabiéndose horrible, le resultaba un consuelo pensar que al menos los demás no se veían guapos. Como bien podéis suponer, las jóvenes muchachas y mujeres de ese país no estaban satisfechas del todo. ¿De qué sirve tener los ojos más bonitos del mundo, una boca tan fresca como las rosas y ponerse flores en el pelo, si una no puede observar ni su peinado, ni su boca ni sus ojos? En lo que respecta a mirarse en los arroyos y en los lagos, olvidémonos; se había ocultado bajo losas muy juntas los ríos y los estanques de la región; se extraía el agua de pozos tan profundos que no era posible ver el líquido en la superficie, y no en utilizando cubos donde habría lugar para el reflejo, sino en escudillas casi planas. La desolación iban más allá de lo que uno se puede imaginar, sobre todo entre las personas presumidas que en ese país no eran menos que en los demás; y la reina no iba a compadecerse, sino por contra se regocijaba, de que sus súbditas encontrasen tanto disgusto en no poder verse del mismo modo que ella hubiese experimentado ira por todo lo contrario.

II

Sin embargo había en el barrio de la ciudad una joven llamada Jacinta que era un poco menos temerosa que las demás, a causa de un enamorado que tenía. Alguien que os encuentra bella y nunca deja de decirlo puede ocupar el lugar de un espejo.

–¿Qué? ¿De verdad? – preguntaba ella –¿El color de mis ojos no tiene nada que pueda disgustar?

–Son semejantes a zafiros en los que hubiese caído una gota clara de ámbar.

- ¿No tengo la piel negra?
- Debéis saber que vuestra frente es más pura que la nieve; debéis saber que vuestra mejillas son como dos rosas pálidas y al mismo tiempo rosadas.
- ¿Qué debo pensar de mis labios?
- Que son parecidos a una frambuesa madura.
- ¿Y mis dientes, por favor?
- Los granos de arroz, tan finos como ellos, no son tan blancos.
- ¿No debería preocuparme por mis orejas?
- Sí, es inquietante tener entre los cabellos dos menudas conchas complicadas como claveles recientemente eclosionados.

De ese modo hablaban, ella encantada, él más radiante todavía, pues no decía una palabra que no fuese la verdad misma; lo que ella tenía el placer de escuchar ensalzar, él tenía la delicia de verlo. Tanto era así que su mutuo cariño se volvía más intenso cada hora que pasaba. El día en el que él preguntó si consentía en tomarlo por esposo, ella se sonrojó, pero no fue de espanto; las personas que al ver su sonrisa creyesen que ella se burlaba con la idea de decir no, se hubiesen equivocado de cabo a rabo. Lo que es de lamentar fue que la noticia del matrimonio llegó a oídos de la malévola reina, cuya única alegría era enturbiar la de las demás; y Jacinta, más que ninguna otra, era detestada al ser la más bella de todas.

III

Un día, poco tiempo antes de la boda, Jacinta se paseaba por el jardín cuando una anciana se acercó a ella pidiendo limosna, luego, de pronto se echó hacia atrás con un grito, como alguien que pisara un sapo.

- ¡Ah! ¡cielos, lo que he visto!
- ¿Qué os sucede, buena mujer, y qué es lo que habéis visto? Hablad.
- ¡La cosa más fea de la tierra!
- Con seguridad no soy yo, -dijo Jacinta sonriendo.
- Por desgracia sí, pobre niña, sois vos. Hace mucho tiempo que estoy en este mundo, pero jamás había encontrado una persona tan horrorosa como vos lo sois.
- ¿Soy fea yo?
- Cien veces más de lo que se podría expresar.
- ¡Cómo! ¿mis ojos?...
- Son grises como el polvo pero eso no sería nada si no bizqueaseis de un modo tan desagradable.
- Mi piel...
- Se diría que habéis frotado con carbón vuestra frente y mejillas.
- Mi boca...
- Es pálida como una flor de otoño marchita.
- Mis dientes...
- Si la belleza de los dientes consistiese en ser largos y amarillos, ¿no conocería otros más bonitos que los vuestros!
- ¡ah! al menos mis orejas...
- Son tan grandes, tan rojas y tan peludas, bajo vuestros cabellos deshilachados, que no pueden ser vistas sin horror. ¡Yo misma no soy bonita, y sin embargo pienso que moriría de vergüenza si tuviese semejantes orejas!

Dicho esto la anciana - que debía ser alguna hada malvada, amiga de la malévola reina - se fue de allí riéndose a carcajadas, mientras que Jacinta se dejaba caer sobre un banco, entre dos manzanos, llorando a lágrima viva.

IV

Nada fue capaz de sacarla de su aflicción. «¡Soy fea! ¡soy fea!» repetía siempre. Era en vano que su novio le asegurase lo contrario, con los más grandes juramentos. «¡Dejadme! mentís por misericordia. Ahora lo comprnedo todo. No es amor la que sentís por mi, ¡es piedad! La mendiga no tenía ningún interés en engañarme; ¿Por qué iba a hacerlo? Es que es cierto; soy fea. No concibo que podáis soportar mi aspecto.» Para desengañarla él pensó en hacer venir muchas personas junto a ella; cada hombre manifestó que Jacinta estaba hecha a propósito para el placer de los ojos; incluso varias mujeres dijeron otro tanto de un modo un poco menos tajante. Todo eso no hacía más que alterarla; la pobre niña se obstinaba en la convicción de que era un objeto de espanto; «¡vos decís eso para embaucarme!» y, como el enamorado pese a todo, la presionaba para que fijase el día de la boda: «Yo, ¡vuestra esposa!, exclamaba ella, jamás! Os quiero demasiado para entregaros algo tan espantoso como yo.» Podéis imaginar cual fue la desesperación de ese joven tan sinceramente apasionado. Se arrojó a sus rodillas, rogó, suplicó; ella siempre respondía lo mismo: «Que era demasiado fea para casarse.» ¿Qué hacer? el único medio de desmentir a la anciana, de demostrar la verdad a Jacinta, habría sido ponerle un espejo ante los ojos: Pero no había un espejo en todo el reino; y el terror inspirado por la reina era tan grande que ningún artesano consentiría en hacer uno. «Pues bien, ¡iré a la corte!, dijo finalmente el novio. Tan bárbara como sea nuestra señora, no podrá dejar de enternecerse por mis lagrimas y por la belleza de Jacinta; derogará, aunque solo sea por algunas horas, la cruel ley de donde proviene todo el mal.» No fue sin muchos esfuerzos como convenció a la joven muchacha para dejarse conducir al palacio; no quería mostrarse siendo tan fea; y además, ¿de qué iba a servir un espejo, sino para convencerla más todavía de su irremediable desdicha? Sin embargo acabó por consentir viendo que su amigo lloraba.

V

– ¿Qué es esto? –dijo la malvada reina. ¿Quiénes son estas personas y que quieren de mí?

–Majestad, tenéis ante vos al más deplorable amante que vive sobre toda la tierra.

–¡He aquí una buena razón para venir a importunarme!

–No seáis despiadada.

–¡Eh! ¿Qué puedo hacer por vuestras penas de amor?

–Si permitieseis que un espejo...

La reina se había levantado, estremecida de cólera.

–Se ha atrevido a hablar de espejos – dijo rechinando los dientes.

–¡No os enojeis, Majestad, por favor! y dignaos a escucharme. Esta joven que veis ante vos, tan fresca y tan bonita, ha caído en el más extraño error; se imagina que es fea...

–¡Pues bien!– dijo la reina con una risa feroz,– ¡tiene razón! pues creo que nunca vi objeto más espantoso.

Escuchando estas palabras, Jacinta creyó morir de tristeza. Ya no era posible la duda, puesto que a los ojos de la reina, como a los de la mendiga, ella era en efecto tan fea. Lentamente bajó los párpados y cayó sobre los escalones del trono, pálida, con aspecto de muerta. Pero el amante, escuchando las crueles palabras no se mostró resignado; exclamó violentamente que Su Majestad estaba loca a menos que tuviese alguna razón para mentir de ese modo. ¡No tuvo tiempo de añadir un apalabra más!

Unos guardias lo habían agarrado con firmeza; y, a una señal de la reina, alguien se adelantó; era el verdugo; siempre estaba al lado del trono, porque se le podía necesitar en todo momento.

–¡Cumple con tu deber! – dijo la reina señalando al que la había insultado.

El verdugo levantó tranquilamente una larga espada, mientras que Jacinta, no sabiendo donde estaba, tanteando el aire con sus manos, abrió un ojo lentamente... y entonces sonaron dos gritos bien distintos uno del otro; un grito de alegría, pues en el bello acero desnudo, Jacinta se había visto tan deliciosamente bonita; y un grito de angustia, un estertor, porque la fea y malvada reina entregaba el alma de vergüenza y de cólera al haberse visto en el imprevisto espejo.

LA PRINCESA Y EL PÁJARO

I

Aunque fuese bajita y hubiese adoptado por hermana mayor a su muñeca, la hija del rey de la Isla de Oro era la más bonita princesa de la tierra; cuando su padre la vio en edad de amar y ser amada, su padre le preguntó si sentía repugnancia por el matrimonio.

–¡Oh, no! – dijo.

–Entonces voy a invitar a festejos y bailes a todos los jóvenes príncipes de los alrededores para que puedas hacer una elección digna de tí y de mí.

– ¡Oh, padre, no tenéis que recibir a tantos príncipes en la corte! Eso os supondría gastos inútiles. Hace mucho tempo que tengo un amigo y no desearía otra cosa que me dieseis por marido al ruiseñor que se posa todas las noches en el rosal trepador de mi ventana.

El rey, como se puede imaginar, hizo muchos esfuerzos para conservar la seriedad que conviene a una cabeza coronada. ¡Su hija quería casarse con un pájaro! ¡Tendría un yerno emplumado! ¿La boda se celebraría en un árbol o en una jaula? Esas burlas afligieron cruelmente a la princesa que se retiró con el corazón encogido. Por la noche, acodada en su ventana, mientras el ruiseñor preludiaba entre las espinas en flor, dijo:

–¡Ah! bello pájaro que adoro, no es momento de regocijarse, pues mi padre no quiere consentir en nuestros esponsales.

El ruiseñor respondió:

–No os preocupéis, mi princesa; todo irá bien puesto que nos amamos.

Y la consoló cantándole las hermosas canciones que sabía.

II

Entre tanto, ocurrió que tres gigantes (en realidad eran unos magos muy famosos), llegaron a asediar la capital del reino de la Isla de Oro. Al ser temibles no tenían necesidad de estar acompañados de un ejército de lo robustos y crueles que eran. Avanzaron solos hasta la muralla e hicieron saber, hablando con voz atronadora, que si

antes de tres días no se les entregaba la ciudad, la demolerían piedra a piedra tras haber masacrado a todos sus habitantes; y lo que decían no hubiesen dejado de hacerlo. Se produjo un espanto tan grande que todas las madres corrían a través de las calles estrechando contra sí a sus hijos que lloraban, como las zarigüeyas que llevan a su camada; entre los cortesanos había muchos que se preguntaban si no sería lo mejor someterse a los tres magos, pues es más glorioso que prudente ser fiel al menos fuerte.

Para evitar el peligro el rey se valió de un medio: envió correos a todos los príncipes de los alrededores con la misión de anunciar que daría a su hija en matrimonio a aquél que los librara de los gigantes. Pero los príncipes, considerando la lucha desigual, evitaron entrar en conflicto por seductora que fuese la recompensa prometida; de modo que, un poco antes de la noche del tercer día, todo el mundo esperaba perecer en los escombros de la ciudad, cuando algunas personas, vigilando desde lo alto de la muralla, vieron a los tres gigantes salir con gestos de dolor y de sufrimientos de la tienda donde dormían la siesta, huyendo y gritando como locos.

La alegría general fue tanto o más grande que lo había sido la desesperación; sin embargo uno se perdía en conjeturas sobre la causa de una liberación tan imprevista.

–Padre mío, dijo la princesita, es al pájaro que amo a quien hay que agradecer este feliz acontecimiento. Él ha entrado volando bajo la tienda de vuestros enemigos y con su pico les ha picoteado los ojos mientras dormían. Pienso que mantendréis vuestra promesa y que me permitiréis tener por marido al ruiseñor del rosal trepador.

Pero el rey, – bien porque juzgase poco verosímil el relato de la princesa, bien porque, a pesar del servicio prestado, decididamente le repugnaba ser el suegro de un pájaro, – rogó a su hija que no le rompiese la cabeza; incluso le volvió la espalda de muy mal humor.

Por la noche, mientras el ruiseñor preludiaba entre las flores y las hojas, ella dijo:

–¡Ah! bello pájaro que adoro, no es momento de regocijarse; pues mi padre no quiere consentir en nuestros esponsales pese a que lo hayáis librado de los gigantes.

El ruiseñor respondió:

–No os preocupéis, mi princesa; todo irá bien, puesto que nos amamos.

Y la consoló cantando nuevas canciones que había compuesto.

III

Pasado algún tiempo, el tesorero del palacio desapareció sin que nadie supiese a donde había huido y se encontró vacío el gran cofre de cedro y oro que antes contenía tantos rubís, diamantes y perlas. El rey, bastante avaro por naturaleza, se mostró muy triste de haber sido despojado de ese modo; y aun cuando tuviese muchos otros tesoros, no dejaba de quejarse como un mendigo a quién se le hubiesen sustraído todos los centavos reunidos en diez años de «una limosna, por favor» y de «¡Dios se lo pague!» Hizo transmitir mediante heraldos, a los reinos de los alrededores, que daría a su hija en matrimonio a aquél que, príncipe o no, descubriese al ladrón y devolviese las piedras preciosas. Eso no sirvió de nada; pasaron muchos días y no se tenían noticias del tesorero ni del tesoro. Pero, una mañana, cuando el rey levantaba con melancolía la tapa del cofre, emitió un grito de alegría. ¡Todas las perlas estaban allí, y todos los rubís y diamantes! Se hubiese dicho, de tanto centelleo que producían, que la habitación estaba llena de estrellas.

Pueden imaginar fácilmente la satisfacción del rey; sin embargo, le hubiese gustado conocer a la persona que había devuelto las piedras preciosas.

–Padre mío, dijo la princesa, es al pájaro que amo a quién hay que agradecer este feliz acontecimiento. Él vigiló y siguió al ladrón, él sabía donde estaba oculto el tesoro.

Durante muchas noches y muchos días, con mucho esfuerzo, – llevando un rubí en su pata izquierda, una perla en su pata derecha y un diamante en su pico, – ha viajado desde el escondite al cofre; yo le abría la ventana durante vuestro sueño o cuando vos estabais de caza. Pienso que deberíais mantener vuestra promesa y que me permitiréis tomar por marido al ruiseñor del rosal trepador.

Pero el rey no era menos obstinado que avaro. Como las personas que persisten en un error, optó por enfadarse y manifestó a su hija que la encerraría en una torre si le volvía a hablar de matrimonio con marido semejante.

Por la noche, mientras el ruiseñor preludiaba bajo las ramas pálidas de luna, ella dijo:

–¡Ah! hermoso pájaro adorado, no es momento para regocijarse; pues mi padre no quiere consentir en nuestros esponsales aunque le hayáis devuelto el tesoro.

El ruiseñor respondió:

–No os preocupes, mi princesa; todo irá bien, puesto que nos amamos.

Y la consoló cantándole nuevas canciones que había compuesto para ella y eran las más dulces que jamás hubiese oído.

IV

No la consoló lo suficiente y ella fue presa de una languidez a causa de su amor frustrado que la condujo a la muerte. Para llevarla al sepulcro real la pusieron sobre una carroza de claveles blancos y rosas blancas, donde estaba más banca que las flores; seguida de una muchedumbre anegada en lágrimas, el rey caminaba al lado del perfumado lecho, emitiendo gritos desgarradores que hubiesen conmovido un corazón de mármol. Cuando llegaron al cementerio, y se disponían a meter a la bonita difunta en la tumba, un ruiseñor gorjeó posado sobre una rama de ciprés.

–¡Rey! ¿Qué darías a aquél que te devolviese viva la princesa a la que lloras?

–¿A quién me la devolviese le daría su mano, lo juro, ¡y con ella la mitad de mi reino!

–¡Conserva todo tu reino! Tu hija me basta. Pero ten cuidado de faltar a tu juramento.

Dichas esas palabras, el ruiseñor descendió del árbol, se posó sobre el mentón de la muerta, y se pudo ver que con el extremo del pico, le introducía una brizna de hierba entre los labios. Era una brizna de la hierba que reaviva.

La princesa resucitó de inmediato.

–¡Ah! padre mío, creo que finalmente mantendréis vuestra promesa, y que me permitiréis tomar por marido al ruiseñor del rosal trepador.

Lamentablemente el rey no temía el perjurio aún; desde que tuvo entre sus brazos a su hija bien viva, ordenó a sus cortesanos que cazasen al impertinente pájaro.

Entonces sucedió algo que pareció muy sorprendente a muchas personas:

La pequeña hija del rey pareció todavía más pequeña y, siempre disminuyendo como un copo de nieve al sol, acabó por ser una grácil criatura alada menos gruesa que el puño de un recién nacido. La más bonita de las princesas se había convertido en el más hermoso de los pajarillos, y mientras su padre, arrepintiéndose demasiado tarde de su ingratitud, tendía sus brazos desesperados, ella levantó el vuelo con el ruiseñor hacia los grandes bosques vecinos donde aprendió muy pronto como se hacen los nidos.

EL CAMINO DEL PARAÍSO

Como se había negado a casarse con el sobrino del emperador de Germania, la princesa había sido confinada por su padre en la más alta estancia de una torre muy alta, una torre tan alta que las nubes pasan más bajas y los mismísimos martinets no van allí a hacer sus nidos al sentir sus alas pesadas antes de llegar; aquellos que veían desde lejos el vestido blanco de la cautiva ondear sobre la plataforma a medio camino del cielo, creían más bien que se trataba de un ángel expulsado del paraíso que una joven muchacha que había subido desde la tierra. Y durante todo el día y toda la noche, Guillermina no dejaba de lamentarse; no solamente porque se la había alejado de sus compañeros con los que tenía el placer de jugar o ir a cazar, con el halcón en el guante, la perdiz o la garza, sino porque la habían separado de un guapo paje guerrero llamado Aymeri que tenía unos bucles rubios y una mejillas tan rosadas y a quién ella había entregado su corazón para no retirárselo jamás.

Por su parte, Aymeri no tenía el alma menos contrita y, en una ocasión, acodado en la ventana de la celda donde lo habían encerrado, bajando la cabeza hacia el precipicio pedregoso que rodeaba la prisión, pronunció tristemente estas palabras:

—¿Para que quiero vivir si me han robado aquello que era la única alegría de mi vida? Cuando se me permitía estar a su lado me complacía esperar largas jornadas para emprender nobles combates y aventuras victoriosas; deseaba todas las glorias que le hubiese ofrecido como un pastor que regresando del llano regala a su amiga un ramo de flores campestres; quería ser ilustre para que ella me recompensase con una sonrisa. Pero ahora no me preocupan los triunfos ni un nombre famoso en la tierra; ¿para qué recoger flores que no besarán una boca adorada? ya nada me interesa en este mundo. ¡Oh, tristes ojos! Podréis apagaros porque ya no veréis más a Guillermina!

Dicho esto, subió sobre el alfeizar de la ventana y se dejó caer hacia el precipicio rocoso.

Pero, hacía un instante que tres golondrinas se habían posado no lejos de allí en la rama de una acacia en flor; batiendo sus alas y dando saltitos entre el abigarrado follaje, no habían perdido palabra del discurso de Aymeri, a pesar de aparentar no prestar atención.

—¿No es una gran pena...

—Que haya tanta desdicha...

—En un corazón tan joven?

- ¿Y que haya tantas lágrimas...
- Tantas amargas lágrimas...
- En tan bonitos ojos?

Que esos pájaros hablasen no tenía nada de particular; pues no eran golondrinas, sino ángeles que habían tomado su forma, encogiendo sus alas; ocurre con frecuencia que los espíritus celestiales mudan de aspecto para escuchar entre las ramas o por los caminos lo que se dice en la tierra; pero no lo hacen con mala intención; serían muy felices de escuchar y no tener que repetir más que palabras decentes; algunas veces incluso, para evitar castigos a nuestras almas, se atreven a mentir a Dios.

- ¿No piensas como yo...
- Qué sería justo salvar a Aymeri...
- De una muerte tan terrible?
- ¿Y que sin disgustar al Señor...
- Podríamos llevar a este muchacho...
- A nuestro paraíso?

Levantaron el vuelo los tres hacia el desesperado en el momento mismo en el que él caía desde la ventana, y, antes de que se despeñase en las piedras del precipicio, lo elevaron hacia el cielo sobre sus alas extendidas que ahora eran alas de ángeles.

Aymeri quedó muy sorprendido de no haber muerto, y se mostró radiante cuando supo a donde lo conducían; se volcó en agradecimientos, lo que agradó a sus salvadores; siempre es agradable, cuando se complace a alguien, no encontrar ingratitud. Por encima de las casas y los palacios, más alto que los plátanos de los jardines, atravesaron el azur, la luz, las nubes; iban tan rápido que el viento, a pesar sus ganas por seguirlos, se vio obligado a renunciar a ello y se detuvo tras ellos resoplando.

Pero pronto, cuando la ciudad hubo desaparecido allá abajo entre la niebla, Aymeri se mostró inquieto.

- Bellos ángeles, preguntó, ¿no os estáis equivocando de camino?
- A estas palabras, ellos no pudieron evitar reírse.
- ¿Crees acaso, muchacho...
- Que no conocemos...
- El camino del paraíso?

Aymeri, un poco avergonzado, respondió:

-Perdonadme, bellos ángeles. Os he hecho una pregunta tonta. Os prometo que no volverá a suceder.

Las alas blancas seguían batiendo el aire; llanuras, bosques y montes desaparecían en las grises profundidades; Aymeri por fin percibió, encima de las nubes, el pináculo de una torre.

- ¡Ah!, dijo con un grito de alegría, hemos llegado!
- Los ángeles quedaron un poco sorprendidos por esas palabras.
- ¡Todavía no! el paraíso...
- No está tan cerca como piensas...
- Cuando hayamos pasado...
- Las sombrías residencias de los hombres...
- A la derecha del sol, allá en lo alto...
- A través de llamas de color de nieve...
- Aun estaremos bastante lejos...
- Del umbral resplandeciente que custodian...
- Los querubines con armaduras de oro!
- Aymeri grito agarrándose a las plumas de los mensajeros divinos:

–¡Os digo que hemos llegado! En esa torre está el paraíso, en esa torre es dónde Guillermina levanta haci ami las mangas de su vestido, más hermosa que vuestras alas!

Los angeles no cabían en sí de estupor.

–¡Cómo! loco muchacho, ¿no quieres...

–Seguirnos hasta la morada...

–De las eternas delicias?

–¿No quieres ser como los elegidos...

–Que se extasían sin fin...

–En las claridades y las músicas...

– Y ver el incomparable esplendor...

–De jardines milagrosos...

–Dónde las flores, que son estrellas...

–Enervan con luminosos perfumes...

–Y olorosas luminosidades...

–A esas celestes abejas, las almas?

–¿No quieres, entre las Vírgenes...

–Flores de lis más bellas que los lis...

–Cuyo himen está hecho de rosas...

–Elegir una novia...

–Que cubrirá de perpetuos sueños...

–Tu angelical cama nupcial?

Pero Aymeri, dijo, tratando de desprenderse de ellos:

–¡No! ¡no! ¡no iré más lejos!

Entonces los ángeles se apartaron, precisamente ofendidos al ver que hacía tan poco caso de los goces paradisiacos, y, a través del aire, cayó pesadamente sobre las losas del pináculo de la torre.

Con las extremidades destrozadas y el cráneo roto, el pobre Aymeri gemía; le salía sangre de la boca, de los ojos y la frente; sentía que se moría y experimentaba en todo su cuerpo unos dolores tales que jamás hubiese creído que se pudiese sufrir hasta ese punto. Pero Guillermina, azorada, le rodeaba el cuello con sus brazos, acariciando las heridas, besando los labios sangrientos... «¡Ya sabía yo, dijo, que conocía mejor que ellos el camino al Paraíso!»

LOS BESOS DE ORO

I

Ella cantaba canciones que le habían enseñado los pájaros, pero las cantaba mejor que los propios pájaros; él tocaba el tamborín vasco y bailaba como un danzarín del país de Bohemia, pero jamás cingaro alguno paseó la uña tan levemente sobre la tensa piel donde losas de cobre tintinean; y ambos marchaban por los caminos con su música. ¿Quiénes eran? Esta pregunta los hubiese puesto en un compromiso. Lo único que recordaban era que nunca habían dormido en una cama ni comido en una mesa; las personas que viven en casas o cenan ante manteles no eran de su familia; incluso no tenían familia del todo. Siendo pequeños, tan pequeños que apenas hablaban, se habían encontrado sobre un camino, ella saliendo de un arbusto, él de una cuneta, –¿qué despreciables madres los habían abandonado?– y a continuación se habían tomado de la mano, riendo. Llovía un poco ese día; pero, a lo lejos, bajo un claro, la costa estaba dorada; habían caminado hacia el sol; luego, no tuvieron ya otro itinerario que dejarse ir hacia donde hiciese buen tiempo. Desde luego habrían muerto de sed y hambre si unos arroyos no discurriesen entre los berros y si las caritativas mujeres de los pueblos no les hubiesen arrojado de vez en cuando algún mendrugo de pan demasiado duro para las gallinas. Era muy triste ver a esos niños vagabundos tan delgados y pálidos. Pero una mañana, –ya mayorcitos, – quedaron muy sorprendidos al despertarse en la hierba al pie de un árbol, viendo que habían dormido boca con boca; consideraron que era bueno tener los labios unidos y continuaron, con los ojos abiertos, el beso de su sueño. Desde entonces no tuvieron que preocuparse más de su miseria; les resultaba indiferente ser pobres puesto que eran felices; no hay miseria tan cruel como dulce es el amor. Apenas vestidos con algunos harapos, por donde les quemaba el sol y los mojaba la lluvia, no envidiaban en absoluto a las personas que llevan en el verano frescas telas y en el invierno abrigo forrado; los vestidos, incluso agujereados no tienen nada de malo cuando bajo ellos se agrada a quién se ama; y más de una gran señora cambiaría su más hermoso vestido por la piel de una bonita pordiosera. Yendo todo el día de villorrio en villorrio, se detenían en las plazas, antes las casas ricas cuyas ventanas se abrían a veces, ante los albergues donde los aldeanos bebían y comían de buen humor; ella cantaba sus canciones, él había sonar su tamborín vasco; si se les daba algún centavo, – como ocurría en más de una ocasión, pues se les encontraba agradables de ver y

escuchar, – quedaban muy contentos; pero no se apenaban demasiado si no obtenían nada. Estaban acostumbrados a acostarse en ayunas. No es un gran negocio tener el estómago vacío cuando se tiene el corazón pletórico; pero los muertos de hambre no tienen de que quejarse cuando el amor les ofrece el divino regalo de los besos durante la noche, bajo las estrellas.

II

Sin embargo, una vez se sintieron espantosamente tristes. Ocurrió durante una temporada en que soplaban un frío cierzo, y, no habiendo recibido desde hacía tres días ninguna limosna, ateridos, no encontrando fuerzas para sostener al otro, se habían refugiado en una granja abierta a todos los vientos. Consideraban bueno abrazarse, estrecharse tan ardientemente como fuese posible, temblando hasta dar pena; incluso besándose, sus bocas recordaban que no habían comido. ¡Ah! pobres. Y con la desesperación de hoy tenían la preocupación del mañana. ¿Qué harían, qué sería de ellos si las personas caritativas no los socorrían enseguida? ¡Qué pena! tan jóvenes, ¿deberían morir abandonados por todos sobre un montón de piedras del camino, menos duras que el corazón de los hombres?

–¡Cómo! – dijo ella – ¿No tendremos nunca lo que tienen los demás? ¿Es mucho pedir un poco de fuego para calentarse y un poco de pan para la cena? Es cruel pensar que tantas personas duermen a sus anchas en buenas casas calientes, y nosotros estamos aquí temblando de frío, como unos pajarillos sin plumas y sin nido.

Él no respondió; lloraba.

Pero de súbito creyeron que, muertos ya, estaban en el paraíso, de tal modo fueron rodeados por una magnífica luz, apareciéndoseles, deslumbrante y parecida a los ángeles, la dama que avanzaba hacia ellos en un vestido de brocados rojos con un pan dorado en la mano.

–Pobres pequeños, – dijo – vuestro infortunio me conmueve y quiero acudir en vuestra ayuda. Tras haber sido más pobres que los más miserables, seréis más opulentos que los más ricos; pronto tendréis tantos tesoros que no podréis encontrar en todo el país bastantes cofres para guardarlos.

Escuchando esto, los niños creían estar soñando.

–¡Eh! señora, ¿cómo podría suceder semejante cosa?

–Sabe que soy una hada a quién nada es imposible. A partir de ahora, cada vez que uno de vosotros abra su boca, saldrá una pieza de oro, y otro, y otro, y muchas más; tendréis más riquezas de lo que se podría imaginar.

En ese instante el hada desapareció; y como permaneciesen mudos de asombro a causa de ese prodigio, con la boca muy abierta, les caía de los labios ducados, florines, doblones y tantas otras bonitas monedas que pareciese que lloviese oro!

III

Pasado algún tiempo ya no era un secreto a voces en el mundo que un duque y una duquesa que vivían en un palacio tan grande como una ciudad, deslumbrante como un cielo de estrellas: pues las paredes, construidas con los mármoles más raros, tenían incrustaciones de piedras preciosas. El esplendor del exterior no era nada comparado con lo que se veía dentro. No se acabaría nunca si se intentase inventariar todos los muebles preciosos, todas las estatuas de oro que decoraban las salas, todas las lámparas de piedras preciosas que brillaban bajo los techos. Los ojos quedaban cegados mirando tantas maravillas. Y los dueños del palacio daban festines que se juzgaban

incomparables. Mesas tan largas como para que un pueblo entero pudiese tomar sitio en ellas, estaban cargadas de las viandas más delicadas y los vinos más famosos; los escuderos trinchaban los faisanes de Tartaria en platos de oro y los criados servían el vino de Canarias en copas hechas de una sola piedra fina. Si algún pobre diablo, – no habiendo comido desde el día anterior – hubiese entrado de golpe en el comedor, se habría vuelto loco de asombro y alegría! Los invitados no dejaban de admirar y alabar de todos los modos posibles a los anfitriones que los trataban tan regiamente. Lo que no contribuía un poco a poner a las gentes de buen humor, era que el duque y la duquesa, desde que abrían sus bocas para comer o hablar, dejaban caer piezas de oro que sirvientes recogían en cestas y distribuían, después de los postres, a todos los presentes.

La fama de tanta riqueza y generosidad se propagó tan lejos que llegó al país de las Hadas; una de ellas – la que había aparecido en vestido de brocados en la granja abierta a todos los vientos, – se propuso hacer una visita a sus protegidos a fin de ver de cerca la felicidad que les había concedido y recibir sus agradecimientos.

Pero cuando entró hacia la noche, en los suntuosos aposentos donde el duque y la duquesa acababan de retirarse, quedó extrañamente sorprendida; pues, lejos de testimoniar su alegría y agradecerse, se arrojaron a sus pies y con los ojos llenos de lágrimas sollozaban de dolor.

–¿Es posible –dijo el hada – lo que veo? ¿No estáis satisfechos de vuestra suerte?

–¡Oh, señora!, somos tan desgraciados que vamos a morir de pena si no tenéis piedad de nosotros.

–¡Cómo! ¿No os consideráis suficientemente ricos?

–¡Lo somos demasiado!

–¿Tal vez no os guste ver caer de vuestros labios más que piezas de oro siempre, y, por cambiar, os gustaría que hiciese salir diamantes o zafiros gruesos como huevos de tórtola?

–¡Ah! ¡no lo hagáis!

–Decidme pues lo que os aflige, pues yo no lo sabría adivinar.

–Gran hada, es muy agradable calentarse cuando se tiene frío, dormir en una cama de plumas, comer con hambre, pero hay algo mejor todavía que todo eso. Es besarse en los labios cuando se ama! Ahora bien, desde que vos nos habéis hecho ricos, por desgracia no conocemos esa dicha, pues cada vez que abrimos nuestras bocas para unir las, salen de ellas detestables doblones u horribles ducados, y es el oro lo que besamos.

–¡Ah! –exclamó el hada – yo no había pensado en ese inconveniente. Pero no hay remedio para eso y haríais bien en resignaros.

–¡Nunca! Dejaos enternecer. ¿No podríais retractaros del espantoso presente que nos habéis concedido?

–Sí, de acuerdo. Pero debéis saber que no solamente perderíais el don de derramar oro, sino que con él desaparecerían todas las riquezas adquiridas.

–¡No nos importa!

–Hágase pues – dijo el hada – según vuestra voluntad.

Y, tocados con la varita mágica se encontraron en una fría temporada de cierzo en una granja abierta a todos los vientos; lo que fueron antes, volvían de nuevo a serlo: hambrientos, medio desnudos, temblorosos de frío como pajarillos sin plumas y sin nido. Pero no se quejaban y se consideraban demasiado felices, manteniendo los labios sobre los labios.

EL NOVIAZGO

I

Cuando la princesa Othilde nació, se produjo gran admiración y asombro: de admiración, porque era la cosita más encantadora que se pueda imaginar; de asombro por que apenas era tan grande como el puño cerrado de un niño. Acostada en una cuna no más ancha que una mano ni más larga que el dedo, se diría un pajarito aun sin plumas en su nido. El rey y la reina no podían dejar de admirar sus piernas y sus pequeños pies rosados, que hubiesen cabido en las medias de una muñeca, su vientre de ratón blanco y su rostro, que un pétalo de margarita hubiese bastado para ocultarlo. A decir verdad se preocupaban al verla tan extraordinariamente pequeña, y su regia grandeza no podía soportar la idea de haber traído al mundo a una enana; pero esperaban que su hija creciese, sin perder nada de su gentileza. Pero se equivocaron en su espera. Conservando su gracia tanto como era posible, ella creció tan poco que a los cinco años no era más alta que una brizna de hierba, y jugando en los senderos del jardín se veía obligada a alzarse sobre la punta de sus pies para coger las violetas. Si hicieron traer a la corte médicos famosos, se les prometió las más ricas recompensas si lograban aumentar aunque fuese en algunas pulgadas solamente la talla de la princesa; se concentraron con seriedad, con las manos cruzadas sobre el vientre, guiñando los ojos bajo el cristal de sus antiparras, inventaron drogas que Othilde fue obligada a beber, ungüentos infalibles con los que se le frotaba mañana y noche. De nada sirvió todo eso. Ella no dejaba de ser una adorable enana; cuando se divertía en compañía de su perro favorito, ella le pasaba entre las patas sin tener necesidad de bajar la cabeza. El rey y la reina recurrieron a las Hadas, con las que habían tenido siempre excelentes relaciones; no dejaron de acudir, unas en palanquines de paño de oro con flecos de piedras preciosas que llevaban unos porteadores africanos desnudos, otras en carros de cristal, tirados por cuatro unicornios: hubo quién encontró más cómodo entrar por la ventana o por la chimenea, bajo forma de pájaros del paraíso o de vencejos con alas azules; pero, desde el instante que rozaban el parquet de la sala, se convertían en bellas damas vestidas de satén. Una tras otra fueron tocando a Othilde con sus varitas, la tomaron de la mano, – ella no era más pesada que una alondra, – la besaron, le soplaron en los cabellos, hicieron signos por encima de su frente murmurando todopoderosos

conjuros. Los hechizos de las Hadas no tuvieron más efectos que la medicina de los hombres sabios; a los dieciséis años, la princesa era aún tan pequeña que una mañana cayó en una trampa para ruiseñores que habían puesto en el parque. Los cortesanos, cuyo interés es mantener a los soberanos contentos porque el buen humor de ordinario se muestra generoso, hacían todo lo que podían para consolar al rey y a la reina; proclamaban que nada es más ridículo que una gran altura, que las estaturas elevadas, bien considerado, no son más que deformidades; en cuanto a ellos, hubiesen deseado no medir más que medio pie de altura, – ¡pero es a las razas reales a las que la naturaleza dispensa tales favores! – y cuando veían pasar algún enorme aldeano, se retorcían de risa agarrándose los costados. Las damas de honor, – a fin de que la princesa pareciese menos pequeña al lado de ellas – renunciaron de común acuerdo a llevar tacones altos, que eran una moda de esa época, y los chambelanes adoptaron la costumbre de no acercarse nunca al trono salvo caminando de rodillas. Pero esas ingeniosas adulaciones no siempre conseguían animar al rey y a la reina; muchas veces tuvieron ganas de llorar besando a su hijita, rozándola con los labios por miedo a tragarla; y contenían sus lágrimas para no empaparla. En lo que respecta a Othilde, no parecía apesadumbrada por su desgracia; incluso parecía disfrutar mirando su bonita pequeña persona en un espejo de mano, hecho de un solo diamante un poco grueso.

II

Sin embargo, – como todas las desesperaciones se van diluyendo con el tiempo, – el rey y la reina se volvían menos tristes cada día que pasaba; sin duda habrían tomado la decisión de no desesperar más si no les hubiese ocurrido algo que renovó su dolor. Debido a la publicidad que se hacía de la belleza de la princesa, – pues la reputación que acompaña a las personas regias se había encargado de divulgar en todos los lugares la gracia de Othilde y no su pequeñez, – el joven emperador de Sirinagor quedó prendado de ella, y se enviaron embajadores para pedirla en matrimonio. ¡Imagínense el impacto que causó tal proposición! Casar a esa encantadora muñequita, grande como un periquito, no se podía siquiera pensar. ¿Qué hombre se adaptaría a una esposa que se perdería sin duda a todo instante en la cama nupcial? «¿Dónde estáis, amada mía? – Aquí, muy cerca de vos, amigo mío, en un pliegue de la almohada.» Y la petición del emperador de Sirinagor era más espantosa, en tanto que se decía de él que era de una talla colosal; era más apuesto que todos los príncipes, pero más grande que todos los gigantes. El día de su nacimiento había sido imposible encontrar una cuna lo suficientemente amplia para ese enorme príncipe; tuvieron que acostarlo a lo largo de la alfombra en la sala del trono. A los tres años tenía que bajarse un poco para coger nidos de pájaros en la copa de los robles! Sus padres, como los de Othilde, habían consultado a los médicos y a las Hadas, en vano también; había crecido cada vez más de un modo desmesurado; cuando sus súbditos, celebrando alguna victoria, le erigían arcos de triunfo, se veía obligado a desmontar del caballo para pasar por debajo; y por altos que fuesen, no dejaba de tropezar en los frontones con la tarasca de plata situada sobre su casco! Naturalmente, el rey y la reina declararon a los embajadores que la unión proyectada era la cosa más imposible del mundo. Pero el joven emperador, con un temperamento muy colérico, no se dio por satisfecho con tal respuesta; no quiso escuchar nada; la revelación de la pequeña talla de Othilde le pareció una alegación absurda; y exclamó, poniendo su casco cuyas alas de plata vibraron, que iba a vengar esa ofensa a fuego y sangre.

III

E hizo como había dicho. Se produjeron terribles batallas, ciudades saqueadas y poblaciones enteras pasadas por el filo de la espada; tanto fue así que finalmente el rey y la reina vieron lo que sería de ellos y de todo el reino si no entraban en negociaciones con el gigantesco conquistador que marchaba hacia la capital dejando a su paso aldeas y bosques incendiados. Se apresuraron pues a pedirle la paz, comprometiéndose a concederle la mano de su hija. Por lo demás estaban bastante tranquilos por las consecuencias de ese consentimiento; el emperador, a la vista de Othilde, no dejaría de renunciar a su proyecto, y se volvería a su país con sus ejércitos en vano victoriosos.

Un día fue propuesto para la primera entrevista de los novios; pero tuvo lugar en el parque, no en palacio, porque el vencedor no habría podido estar de pie bajo los techos de las salas.

– No veo a la princesa – dijo – ¿Vendrá pronto?

– Mirad a vuestros pies, – dijo el rey.

Allí estaba ella, en efecto, sobrepasando apenas los arriates del paseo; tan menuda y bonita en su vestido de oro, con la frente completamente reluciente de piedras preciosas, parecía todavía más pequeña al lado del joven y magnífico emperador, del que se elevaba hacia el cielo su armadura reluciente.

– ¡Oh, qué desgracia! – dijo él.

Pues se desolaba al verla allá abajo, tan encantadora pero tan pequeña.

– ¡Oh, qué desgracia! – dijo ella a su vez.

Pues ella estaba muy contrariada de verlo allá arriba, tan guapo pero tan grande.

Y de ambos fluyeron lágrimas, en ella de sus ojos levantados, en él de sus ojos bajados.

– Señor – dijo el rey, mientras todavía ellos se observaban de lejos – Señor, vos lo veis, no podríais casaros con mi hija. Obligados a renunciar al honor de vuestra alianza...

Pero no acabó su frase, y, mudo de estupor, miraba a la princesa y al emperador, ella creciendo, él encogiéndose, a causa del amor, más poderoso que las hadas, que los atraía el uno hacia el otro! Pronto fueron casi de la misma talla y sus labios se tocaron como las dos rosas de una misma rama.

EL MAL CONVIDADO

Reinaba una gran preocupación en la corte y en todo el reino porque el hijo del rey hacía cuatro días que no había tomado ningún alimento. Si hubiese tenido fiebre o alguna otra enfermedad, no se hubiese sido tan sorprendente ese prolongado ayuno; pero los médicos eran unánimes al decir que el príncipe, si no fuese por la gran debilidad que le provocaba su abstinencia, estaría absolutamente sano. ¿Por qué entonces se privaba de ese modo? Era la pregunta que corría de boca en boca entre los cortesanos e incluso entre las gentes del pueblo; en lugar de desearse los buenos días, se abordaban diciendo: «¿Ha comido esta mañana?» Y nadie estaba tan ansioso como el propio rey. No era que tuviese un gran afecto por su hijo; ese joven era motivo de múltiples descontentos; aunque ya tuviese dieciséis años, mostraba una gran aversión por la política y el oficio de las armas; cuando asistía al consejo de ministros, bostezaba durante los más hermosos discursos de un modo muy inconveniente, y una vez, encargado de ir a la cabeza de un pequeño ejército a castigar a un grupo de rebeldes, había regresado antes de que cayese la noche con su espada engalanada con enredaderas de campanillas y sus soldados con las manos llenas de violetas y gavanzas; alegando que había encontrado en su camino un bosque primaveral, completamente hermoso a la vista, y que es mucho más divertido coger flores que matar hombres. Le gustaba pasearse solo bajo los árboles del parque real, se regocijaba oyendo el canto de los ruiseñores cuando la luna se elevaba; las escasas personas que él dejaba entrar en sus aposentos contaban que tenía libros dispersos por la alfombra, instrumentos musicales; y por la noche, acodado en el balcón, pasaba largas horas observando, con los ojos anegados en lágrimas, las pequeñas y lejanas estrellas del cielo. Si añadimos a esto que era pálido y frágil como una muchacha, y, que en lugar de vestirse con las caballerescas armaduras, se vestía de buen grado con claras telas de seda donde se mira el día, podréis explicaros que el rey estuviese muy apesadumbrado teniendo tal hijo. Pero, como el joven príncipe era el único heredero de la corona, su salud era una cuestión de Estado. No dejaron de hacer todo lo que se pueda imaginar para no dejarlo morir de hambre. Se le rogó, se le suplicó; él negaba con la cabeza sin responder. Se hizo preparar por los mejores cocineros los pescados más apetitosos, las más sabrosas carnes, los exquisiteces más delicadas; salmones, truchas, lucios, pernils de ciervo, patas de oso, cabezas de jabato recién nacidos, liebres, faisanes, gallos de los brezos, codornices, becasas, cangrejos de río, se servían en su mesa a todas horas; y subía un agradable olor de

legumbres frescas desde veinte platos; juzgando las carnes de caza insulsas y las legumbres mediocres, le presentaron filetes de bisonte, rabadilla de perros chinos, picados en nidos de golondrina, brochetas de pájaros-mosca. Pero el joven príncipe hacía signos de que no tenía hambre, y tras un gesto de tedio, caía en una ensoñación letárgica.

Así estaban las cosas y el rey se desolaba cada vez más, cuando el muchacho, extenuado, apenas sosteniéndose y más blanco que las flores de lis, le habló en estos términos:

–Padre mío, si no queréis que muera, dadme permiso para abandonar vuestro reino e ir a dónde me parezca.

–¡Eh! débil como estás, te desvanecerías al tercer paso, hijo mío.

–Es para recuperar fuerzas por lo que quiero alejarme. ¿Habéis leído lo que se cuenta de Thibaut el Rimador, el trovador que fue hecho prisionero por las hadas?

–No es mi costumbre leer, – dijo el rey.

–Sabes pues que, entre las hadas, Thibaut lleva una vida muy feliz, y que estaba sobre todo contento a la hora de la comida porque pequeños pajes que eran gnomos, le servían como sopa una gota de rocío sobre una hoja de acacia, por asado una ala de mariposa tostada con un rayo de sol, y, de postre, lo que queda de un pétalo de rosa tras el beso de una abeja.

–¡Una cena frugal! –dijo el rey que no pudo impedir reír a pesar de las preocupaciones que tenía.

–Eso es sin embargo lo único que me apetece. No podría alimentarme, como los demás hombres, de la carne de los animales muertos, ni de las legumbres nacidas del limo. Permitidme ir al hogar de las hadas, y, si ellas me invistan a sus comidas, comeré y regresaré pletórico de salud.

¿Qué hubieran hecho ustedes en lugar del rey? Dado que el joven príncipe estaba a punto de morir, sería una sabia decisión consentir a su locura; su padre le dejó partir, no esperando volver a verlo.

Como el reino estaba muy cerca del bosque de Broceliande, el muchacho no tuvo que hacer mucho camino para llegar a las tierras de las hadas; ellas lo acogieron, no porque fuese el hijo de un poderoso monarca, sino porque a él le gustaba oír el canto de los ruiseñores cuando la luna se levanta y mirar, acodado en el balcón, las lejanas estrellas. Se celebró un festejo en su honor en una amplia sala con paredes de mármol rosa, que estaba iluminada por lámparas de diamantes; las más bellas hadas bailaban a su alrededor, para placer de sus ojos, cogidas de la mano, dejando arrastrar unos fulares. Él experimentaba un goce tan grande, a pesar de crueles retortijones de estómago, que hubiese querido que las danzan durasen siempre. Sin embargo se encontraba cada vez más débil, y comprendió que no tardaría en morir ni no tomaba algún alimento. Confesó a una de las hadas el estado en el que se encontraba, se atrevió incluso a preguntarle a qué hora se cenaría. «¡Eh! ¡cuando queráis!» dijo ella. Dio una orden, y he aquí que un paje, que era un gnomo, sirvió al príncipe, por sopa, una gota de rocío sobre una hoja de acacia. ¡Ah! la excelente sopa! El invitado de las hadas manifestó que no podría imaginar nada mejor. A continuación se le ofreció por asado un ala de mariposa tostada con un rayo de sol, – una espina de rosal había servido de pincho, – y él la comió de un solo bocado, con delicia. Pero lo que le encantó sobremanera, fue el postre, la huella de un beso de abeja en un pétalo de rosa. «Y bien, dijo el hada, ¿habéis comido bien, hijo mío?» El hizo una señal afirmativa, extasiado, pero al mismo tiempo inclinó la cabeza y murió de inanición. Resultó que era uno de esos pobres seres, – tales son los poetas de aquí abajo, – demasiado puros y demasiado divinos para compartir los festines de los hombres, demasiado humanos para comer con las hadas.

LA HUCHA

Jocelyne mendigaba en un camino por el que nadie pasaba; de modo que no caía ninguna moneda en la frágil mano cansada de permanecer extendida; algunas veces, desde una rama sacudida por el viento, se deshojaba una flor hacia la pobre, y la golondrina que tan rápido vuela le daba, en un rumor de alas, la limosna de un bonito trino; pero esas son quiméricas ofrendas que no le servirían para pagar a las personas avaras que venden las cosas que se comen o con las que hay que vestirse, y Jocelyne se lamentaba. Nacida no sabía cuando, no tenía otro recuerdo que el de haberse despertado una mañana soleada bajo un arbusto del camino. No regresaba por la noche a una de esas buenas cabañas, llenas de un olor a sopa, donde las otras muchachas, después de haber ofrecido a besar su frente al padre y a la madre, se duermen en la tibia paja, sobre el arcón del pan, frente al fuego del sarmiento. Desde que comenzaba a caer la noche, se resignaba a trepar a un olmo o a un roble, y se adormecía, acostada a lo largo de una gruesa rama, no lejos de las ardillas que, al conocerla tan bien, no se asustaban de ella y saltaban sobre sus brazos, sus hombros, su cabeza, enredando las patitas en sus cabellos despeinados color de oro y tan claros, que era difícil quedarse dormida en el árbol, como en una habitación donde hay luz. Cuando las noches eran frescas se hubiese metido gustosamente en algún nido de oropéndola o mirlo si no hubiese sido demasiado grande para ellos. Su vestimenta estaba hecha de un viejo saco de tela encontrado un día de suerte en la cuneta del camino; ella lo zurcía con hojas verdes cada primavera; como era bonita y lozana, con unas mejillas sonrosadas, se hubiese tomado esa ropa por el follaje de una rosa. En lo relativo a su alimento, no conocía mucho más que las avellanas del bosque y las moras de los espinos; su gran regalo era comer saltamontes tostados sobre una pequeña hoguera de hierbas secas. Como podéis comprobar, Jocelyne era la criatura más miserable que se pueda imaginar, y si su destino ya era cruel durante la estación del calor en el aire y de los frutos en los arbustos, pensad lo que debía ser cuando el cierzo destrozaba los estériles avellanos y le helaba la piel a través de su vestido de hojas marchitas.

En una ocasión, cuando volvía de recoger avellanas, vio a un hada, completamente vestida de muselina dorada, salir de entre las hojas de un espino; el hada le habló con una voz más dulce que las más dulces músicas:

–Jocelyne, porque tienes el corazón puro tanto como tu rostro es encantador, quiero hacerte un regalo. ¿Ves esta pequeña hucha que tiene la forma y el color de un clavel

abierto? Es tuya. No dejes de meter en ella lo más precioso que tengas; el día en que la rompas, te devolverá centuplicado lo que hubiese recibido.

El hada de desvaneció como una llama que se apaga con un golpe de viento, y Jocelyne, que había tenido alguna esperanza a la vista de la bella dama, se sintió más triste que nunca. No debía ser una buena hada, ¿no! ¿Había algo más cruel que dar una hucha a una pobre chiquilla que no tenía ni un centavo? ¿Qué podía meter allí si no poseía nada? Las únicas economías que hubiese hecho eran sus recuerdos de días sin pan, de noches sin sueño bajo el cierzo y la nieve. Estuvo tentada a destrozar contra las piedras ese presente que se burlaba de ella; no se atrevió encontrándolo bonito; y, llena de melancolía, lloraba; las lágrimas caían una a una en la hucha, no más grande que una flor, parecida a un clavel abierto.

II

En otra ocasión, le ocurrió un hecho venturoso que la hizo más desgraciada todavía. Sobre el camino por dónde nadie pasaba, apareció el hijo del Rey, con un halcón en el puño, que regresaba de cazar. Montado sobre un caballo que sacudía su blanca crin, vestido de satén azul con bordados de plata y el rostro orgulloso y hasta tal punto iluminado por el sol que no era sorprendente ver destacarse la flor roja de sus labios; el príncipe era tan apuesto que la mendiga creyó ver un arcángel vestido de caballero. Con los ojos abiertos de par en par, ella tendía los brazos hacia él y sentía algo que debía ser su corazón salir de ella y seguirlo.

Por desgracia él se alejó sin ni siquiera haberla visto. Sola como antes, – más sola, por haber dejado un instante de estarlo, – se dejó caer en la cuneta cerrando los ojos, sin duda para que nada reemplazase en ellos la adorable visión. Cuando los volvió a abrir, húmedos por el llanto, vio a su lado la hucha que se parecía un poco a unos labios entreabiertos. La tomó y, con la pasión desesperada de su vano amor, – poniendo toda su alma, – la besó con un largo beso. Pero el regalo del hada, bajo la ardiente caricia, no se inmutó más que una piedra rozada por una rosa. Y, a partir de ese día, Jocelyne conoció tales dolores que nada de lo que había sufrido hasta entonces podía serle comparado; recordaba como buenos tiempos aquellos en los que no había sufrido más que de hambre y frío; dormirse casi en ayunas y estremecerse bajo las ráfagas del viento no era nada o poca cosa; ahora no desconocía ya las verdaderas angustias.

Pensaba que otras mujeres en la corte, ilustres y engalanadas, –«menos bonitas que tú», le decía el reflejo de la fuente, – podían ver casi a todas horas al apuesto príncipe de luminoso rostro; cómo se acercaba a ellas, cómo les hablaba, cómo les sonreía; sin duda en poco tiempo, alguna gloriosa joven, venida desde Trébizonde en un palanquín llevado por un elefante blanco de trompa dorada, se esposaría con el hijo del Rey. Sin embargo ella, la mendiga del camino sin transeúntes, continuaría viviendo, – puesto que es vivir como morir un poco todos los días – en esa soledad, en esa miseria, lejos de aquél al que amaba tan tiernamente; ¿no lo volvería a ver nunca, nunca! La noche de las bodas reales, se acostaría en su árbol, sobre una rama, no lejos de las ardillas; y, mientras los esposos de besaban por amor, ella mordería de rabia la dura corteza del roble. ¿De rabia? no. Con tanto dolor no tendría cólera; su mayor pena era pensar que el hijo del Rey tal vez no fuese amado por la princesa de Trebizonde tanto como lo era por ella, la pobre muchacha.

III

Un día que nevaba, decidió no sufrir más. No tenía fuerzas para soportar tantos tormentos. Se arrojaría al lago que estaba en medio del bosque; apenas sentiría el frío del agua, estando acostumbrada al frío del aire. Tiritando, se puso en camino marchando tan rápido como podía. Era una mañana gris, bajo la pesadez de los copos. Entre la tristeza del suelo blanco, los árboles deshojados, los arbustos que se erizan y las sombras lejanas, nada lucía más que sus cabellos de oro; se hubiese dicho un poco de sol que allí hubiese quedado. Caminaba siempre aprisa. Cuando llegó a orillas del lago, sus harapos parecían un vestido de novia a causa de la nieve.

–¡Adiós!– dijo.

¿Adiós? Sí, solo a él.

E iba a dejarse caer en el agua cuando el hada, vestida de muselina dorada, salió de entre las ramas de un espino.

–Jocelyne, –dijo – ¿por qué quieres morir?

–¿Acaso no sabéis, cruel hada, lo desdichada que soy? La muerte más espantosa me resultará más dulce que la vida.

El hada no pudo evitar que se le escapase una risilla.

– Antes de ahogarte, deberías al menos romper tu hucha.

– ¿De qué me serviría?. Siendo pobre como soy, no he metido nada en su interior.

– Rómpela de todos modos –dijo el hada.

Jocelyne no se atrevió a desobedecer, y, extrayendo debajo de sus harapos el inútil regalo, lo rompió contra una piedra.

Entonces, mientras el bosque invernal se transformaba en un magnífico palacio de pórfido con techos de azur y estrellas de oro, el apuesto hijo del Rey salió de la hucha hecha añicos, tomó a la mendiga entre sus brazos, la besó en los cabellos, en la frente, en los labios, ¡cien veces! Al mismo tiempo le pidió si quería aceptarlo por esposo. Y Jocelyne lloraba de alegría, todavía lloraba. La hucha mágica le devolvía, como le había devuelto el beso, las lágrimas de tristeza centuplicadas pero convertidas en lágrimas de felicidad.

LA BUENA RECOMPENSA

Nada podía distraer de su pena a la princesa Modesta, y vosotros os habríais compadecido de ella si hubieseis podido verla. No es que se volviese fea a base de llorar, – bonita como era, no podría dejar de serlo, – sino que palidecía cada día más; y era una rosa rosa que se iba transformando en una rosa blanca. En vano sus damas de honor hacían todo lo posible para arrancarla de su depresión; ella no se dignaba a sonreír ni por sus canciones ni por sus danzas; si a la hora de la merienda se le ofrecían pastelillos de perlas, de las que antes era muy golosa, giraba la cabeza con un suspiro; incluso rechazaba con el pie a su bufón favorito que tantas bonitas monerías hacía para su divertimento; entristecida por la alegría de los demás, había hecho abrir la puerta de la jaula de sus periquitos, cuyo cotorreo le molestaba. Incluso no demostraba ningún placer en mirarse, mientras sus damas le ponían en sus cabellos flores de pedrerías. Sería imposible imaginar una desolación semejante a la de la princesa Modesta que hubiese conmovido a corazones de roca. Os dejo imaginar cuan grande debía ser la preocupación del rey que amaba tiernamente a su hija. Él ya no encontraba ningún placer en nada, ya no se interesaba por los asuntos del Estado, bostezaba con los halagos de sus cortesanos; había llegado al punto que asistió un día sin la menor satisfacción a la ejecución de dos ministros, aunque los espectáculos de esa especie habían tenido siempre el privilegio de ponerlo de buen humor. Lo que sobre todo lo afligía era que la princesa se obstinase en no revelar el motivo de su pesar; él perdía la esperanza de curar un dolor del que ignoraba la causa. «Vamos, hija mía, decía, ¿acaso te falta algo?– ¡Hi, hi!, respondía la princesa sollozando,– ¿Quieres un vestido color de estrellas o aurora? – ¡Hi, hi! – ¿Quieres que te traiga guitarristas o famosos cantantes de baladas para mitigar la melancolía? – ¡Hi, hi! – ¿Has pensado lo agradable que sería casarse con algún guapo hijo de un rey, elegido entre muchos? – ¡Hi, hi!» No se podía obtener otra respuesta. Sin embargo en cierta ocasión, a base de tanta súplica, la princesa acabó por confesar que si se lamentaba de su suerte, era a causa de un objeto perdido. «¡Eh!, hija mía, ¡por qué no lo has dicho antes! Lo que has perdido se encontrará. ¿Qué es esa preciosa cosa?» Pero, a esta pregunta, Modesta emitió un grito desgarrador, y ocultó la cabeza entre las manos, como una persona que se avergüenza. «Jamás, balbuceaba, jamás nombraré el objeto que me falta. Solamente debéis saber que era un regalo de muselina de las hadas y que era el más bonito del mundo con sus brocados y encajes de oro, ligeros y luminosos como una nube matinal, que me lo han debido hurtar un día de

verano en el que me bañaba con mis damas de honor en el río bajo los sauces, y seguramente moriré si no lo recupero!» Dicho esto, completamente ruborizada, salió corriendo hacia sus aposentos; y al buen padre se le encogió el corazón escuchando sus lamentos a través de la puerta y sus pequeños sollozos a sacudidas.

Aunque las informaciones proporcionadas por Modesta no fuesen nada precisas, y la descripción del objeto desaparecido o robado no fuese de naturaleza tal que evitase confusiones, el rey decidió utilizar el único medio del que disponía para consolar la desesperación de su hija. Unos heraldos recorrieron toda la ciudad, fueron enviados a los más ínfimos barrios y a los más lejanos campos, con la misión de anunciar que la princesa, jugando cerca del río, bajo los sauces, había perdido un objeto precioso, el más bonito del mundo, un objeto de muselina, adornado con finos bordados y encajes de oro, ligeros y luminosos como una nube matinal; y, como recompensa para aquél que lo recuperase, el rey hacía saber que no se echaría atrás ante cualquier sacrificio, que se comprometía mediante un gran juramento a no rechazar absolutamente nada de lo que se le pidiese. Es inútil decir que esta proclama puso en movimiento a todo el país. Las personas que habían encontrado algo lejos del río, no dejaron de soñar hermosos sueños; y aquellos que no habían encontrado nada se pusieron a buscar. Había una gran multitud, de la mañana a la noche, bajo los sauces, a lo largo del agua; hombres, mujeres, niños, inclinados hacia las hierbas, apartando las ramas, jadeantes de esperanzas, imaginándose a cada instante que iban a meter la mano en su fortuna; y, durante toda una semana se llevaron al palacio mil inútiles bagatelas, monedas, trozos de cintas, guantes rotos, que no tenían ninguna relación con la descripción hecha por los heraldos. Cada vez que se le presentaba un nuevo objeto, la princesa volvía la cabeza, haciendo una seña de que no, y se volvía a hundir más profundamente en su melancolía.

Ahora bien, sucedió un día que un joven pescador, muy bien parecido y muy agradable de ver a pesar de sus harapos de paño, entró en la corte del palacio, y dijo, con aire seguro, que quería hablar al rey. El primer pensamiento de los guardias fue echar de allí a ese miserable; no se molestan a las personas coronadas cuando no se tiene en la cabeza más que un mísero gorro de lana roja desteñido por la lluvia y el viento. Pero en el momento que el pescador hubo afirmado con voz altiva que tenía en el bolsillo de su vestimenta con qué despertar la sonrisa en los labios de la princesa, los guardias adoptaron un aire mucho menos beligerante y el joven fue introducido en la sala del trono.

Al verlo, el rey se encogió de hombros.

—Evidentemente, dijo, este no tendrá más fortuna que los demás; una vez más mi hija no obtendrá la satisfacción que espera.

—Señor, dijo el pescador, Su Majestad se equivoca; la princesa Modesta va a dejar de sufrir gracias a mí.

—¿Es eso posible?

—Con toda seguridad.

Al mismo tiempo, el joven pescador, al que no faltaba más que estar vestido con terciopelos o brocados para ser apuesto como un hijo de emperador, extrajo debajo de sus ropas algo ligero que estaba envuelto en un papel rosa.

—Bajo este papel, dijo, se encuentra el objeto perdido por la princesa, y pienso que ella así lo ratificará, si Vuestra Majestad quiere entregárselo.

—Consiento en ello.

A una señal de Su Majestad, un chambelán tomó el paquete rosa y lo llevó a la princesa.

A decir verdad, la tranquilidad del pescador, el tono firme con el que hablaba, habían inspirado alguna confianza al padre de Modesta. ¡Era posible que el joven

hubiese encontrado el presente de las hadas! Pero no. Vana esperanza. Quimera. Modesta estaría triste hoy, como los otros días.

De pronto se oyó un estallido de risa, intenso, claro, alegre, semejante a un estrépito de vidrios, y la princesa, rosa de placer, corriendo con aires de bailarina se precipitó en la sala saltando al cuello de su padre. «¡Ah! ¡que felicidad! ¡lo tengo! ¡lo tengo! ¡qué contenta estoy! ¡Ah! ¡padre mío! Mira, me río como una loca, yo que no paraba de llorar!» Algo que sería difícil de expresar era la satisfacción del rey escuchando esas palabras. A pesar del protocolo, él mismo se echó a reír, y, como los cortesanos no dejasen de imitarlo, como los mayordomos y los guardias de la puerta, oyendo que se reía, creyeron bueno reír también, todo el palacio se convirtió en un alegre tumulto de hilaridad tal que el bufón de la princesa no pudo aguantar y se agarró los costados reventando de risa.

Sin embargo el rey se volvió hacia aquél a quién se debía tan feliz acontecimiento:

–¡He comprometido mi palabra real y no me retractaré! ¿Qué deseas? Habla sin temor: Yo te lo concederé.

El joven pescador se arrodilló.

–Señor, podría pedirnos riquezas, cargos, títulos; debido a vuestro juramento no dejaríais de hacerme rico, poderoso, glorioso. Pero no tengo tales deseos. Dado que he traído a la princesa el objeto desaparecido mientras se bañaba con sus dama de honor bajo los sauces del río, solamente pido que se me entregue su...¡su forro!

–¡El forro! –exclamó el rey lleno de asombro. ¿Se trata entonces de un vestido o un abrigo por lo que mi hija lloraba?

–¡Tal vez, señor! Sea lo que sea, yo pido...

–¡El forro! He escuchado bien. Y te prometo que lo tendrás. Pues al fin y al cabo, tu reserva es digna de alabanza. Cuando te estaría permitido exigir todos los tesoros, todos los honores, te limitas...

Pero esta frase no pudo ser acabada: la princesa, roja hasta los cabellos, se dejaba caer, desvanecida, sobre los escalones del trono. Pues lo que había perdido y vuelto a recuperar, era su camisa; el pescador exigía una extraña recompensa. Además, el rey no pudo negarse, puesto que había dado su palabra, a casar a su hija con el sutil joven; y llegado el día de las bodas, – viendo el marido más apuesto que todos los príncipes bajo un traje de brocados y terciopelos, – Modesta pensó sin demasiado espanto en lo que lograría del muy precioso presente de las hadas adornado de bordados y encajes de oro diáfanos como una nube matinal.

LAS PALABRAS PERDIDAS

I

Érase una vez que una cruel hada, bonita como las flores, mala como las serpientes que se ocultan entre las rocas, decidió vengarse de todos los habitantes de un gran país. ¿Dónde estaba ese país? ¿En la montaña o en la llanura, a orillas de un río o cerca del mar? Eso es lo que la historia no nos dice. Tal vez era fronterizo con el reino donde las costureras se mostraron tan hábiles bordando lunas y estrellas en los vestidos de las princesas. ¿Y que ofensa había padecido el hada? Eso tampoco se cuenta. Tal vez no la habían invitado al bautizo de la hija del rey. Cualquiera que sea la opinión que gustéis tener sobre ese punto podéis estar seguros de que estaba colérica. Al principio se preguntó si para destruir el país, no haría bien en prender fuego a todos los palacios y casas mediante los mil geniecillos que le servían de pajes, si no debía marchitar todas las lilas y las rosas, si no era mejor convertir a todas las muchachas en feas y viejas como brujas. Hubiese podido liberar por las calles dragones arrojando llamas, ordenar al sol desviarse para no pasar por la ciudad odiada, ordenar a las tormentas tumbar los árboles y derrumbar los edificios. Sin embargo llevó a cabo un plan más abominable aún. Como un ladrón al que nada apresura, eligió en un joyero la más preciosa joya, quitando de la memoria de los hombres y mujeres estas dos divinas palabras: «¡Te amo!» y una vez cometido el daño desapareció con una sonrisilla que hubiese sido más que un sarcasmo diabólico si no hubiese salido de los labios más rosados del mundo.

II

Al principio, las mujeres y los hombres no se percataron más que a medias del daño que se les había hecho. Les parecía que les faltaba algo pero no sabían exactamente qué. Los novios que se citaban por las noches en las callejuelas de rosales y los esposos que se hablaban en voz baja en las ventanas, pensando en las delicias próximas una vez éstas cerradas y pasadas las cortinas, se interrumpían bruscamente mirándose entre beso y beso; sentían que querían decir una frase acostumbrada y no tenían incluso idea de lo que había sido esa frase; permanecían atónitos, inquietos, no se preguntaban pues no habrían sabido que pregunta hacerse, tan completo era en ellos el olvido de las preciosas palabras; pero no sufrían aún demasiado, teniendo el consuelo de tantas otras palabras

murmuradas y tantas caricias. ¡Por desgracia no tardaron en ser presa de una profunda melancolía! Era en vano que se adorasen, que se dijese las palabras más tiernas y dulces; no les bastaba proclamar que todas las delicias están esparcidas en la rosa del beso, o jurar que estaban dispuestos a morir, él por ella, ella por él, llamarse: «¡alma mía! ¡mi pasión! ¡mi sueño!» tenían la instintiva necesidad de proferir y escuchar otra frase, más exquisita que todas las demás, y, con el amargo recuerdo de los éxtasis que estaban en ella, la angustia de no pronunciarla ni escucharla jamás. Tras las tristezas surgieron las disputas. Juzgando su felicidad incompleta a causa de la confesión prohibida a partir de ahora a los más ardientes labios, la amante exigía del amante, y el amante de la amante, –sin decir lo qué, sin poderlo decir, – precisamente la única cosa que ni el uno ni el otro podían dar. Se acusaban mutuamente de frialdad o de traición, no creyendo en el cariño que no era expresado como hubiesen querido. De modo que los novios pronto dejaron de tener citas en las callejuelas de gavanzas en flor; e, incluso tras las ventanas cerradas, en las habitaciones conyugales, no se escuchaban más que frías conversaciones en los sillones que no se aproximaban. ¿Puede haber alegría donde no hay amor? Arruinado por las guerras, devastado por las pestes, el país que odiaba el hada no hubiese estado tan desolado, ni sido tan sombrío como se había convertido a causa de las dos palabras olvidadas.

III

Vivía en ese desdichado país un poeta que se lamentaba sobremanera. No era porque al tener una bella amante se desesperase por no decir ni escuchar la frase robada; amando solo los versos no tenía amante; pero le resultaba imposible terminar un poema comenzado la víspera del día en el que la malévola hada había ejecutado su venganza. ¿Y por qué? porque el poema, precisamente, debía acabarse por: «¡Te amo!» y no podía finalizar de ninguna otra manera. El poeta se golpeaba la frente, se tomaba la cabeza entre las manos, se preguntaba: «¿Me habré vuelto loco?» Sin embargo estaba seguro de haber encontrado, antes de emprender su oda, las palabras que precederían al último signo de exclamación. La prueba de que las había encontrado era que la rima, escrita ya, las esperaba, las reclamaba, no quería otras, semejante a una boca que, para proceder al beso espera una boca gemela. Y la frase indispensable, fatal, la había olvidado, ¡incluso no recordaba haberla sabido nunca! Desde luego ahí había algún misterio, y es en lo que el poeta soñaba sin tregua con una amarga melancolía –¡oh, tristeza de los poemas interrumpidos! – en el lindero de los bosques, cerca de las fuentes claras, donde las hadas tienen por costumbre de las hadas ir a bailar en corro por las noches bajo la luz de las estrellas.

IV

Ahora bien, una vez que él estaba soñando bajo las ramas, la malévola hada ladrona lo vio y lo amó. No es precisamente una hada quién se controla por todo: más rápida que una mariposa besa una rosa, ella puso sus labios en los labios de él! y el poeta, pese a estar ocupado en su oda, no dejó de encontrar exquisita esa caricia. En las profundidades de la tierra se abren grutas de diamantes azules y rosas, florecen jardines de lis luminosos como estrellas; fue allí donde, en un carro de oro tirado por topos alados que surcan el suelo volando, fueron arrastrados el poeta y el hada, y durante mucho tiempo allí se amaron, olvidados de todo lo que no eran sus besos y sus sonrisas. Si dejaban un instante de tener sus bocas unidas o de mirarse a los ojos, era para dedicarse a los más alegres divertimentos: gnomos vestidos de satén violeta, ninfas

vestidas de la bruma de los lagos, formaban ante ellos bailes que seguían el ritmo de orquestas invisibles, mientras que, en unos cestos de rubís, manos voladoras que no tenían brazos, les presentaban frutos de nieve, perfumados como una rosa blanca y como un seno de virgen; o bien, para su placer, él recitaba, tañendo las cuerdas de un laúd, los más bellos versos que se puedan imaginar. Toda hada que se precie jamás había conocido goce comparable al de ser cantada por ese apuesto joven que inventaba cada día nuevas canciones, y ella se moría de cariño sintiendo, cuando él se callaba, el aliento de una boca próxima discurrir por sus cabellos. Y así transcurrieron tantos días de felicidad, días de dicha sin cesar. Sin embargo ella tenía algunas veces ensoñaciones melancólicas, con la mejilla sobre una mano y los cabellos cayéndole en cascada de oro hasta las caderas. «¡Oh, reina! ¿qué es lo que te entristece, y que puedes desear aún en medio de nuestros placeres, tú que eres todopoderosa, tú que eres tan hermosa?» Ella no respondió al principio. Pero como él insistiese: «Lamentablemente, suspiró, – uno acaba siempre sufriendo del daño que ha hecho, – lamentablemente estoy triste porque nunca me has dicho: Te amo.» Él no pronunció la frase, pero dio un grito de alegría por haber encontrado el final de su poema. El hada quiso en vano retenerlo en las grutas de diamantes azules y rosas, en los jardines de lis luminosos como estrellas: él regresó a la tierra, acabó, escribió y publicó la oda donde los hombres y las mujeres del triste país recuperaron a su vez las divinas palabras perdidas. Y si bien hubo como antaño citas en las callejuelas y tiernas conversaciones en las ventanas conyugales, es a causa de los versos por lo que los besos son dulces y los enamorados no se dicen nada que los poetas no hayan cantado.

LA MEMORIA DEL CORAZÓN

I

El reino estaba desolado porque el joven rey, desde que había enviudado, ya no se ocupaba de los asuntos de Estado, pasando los días y las noches llorando ante el retrato de su querida difunta. Ese retrato lo había hecho él mismo a propósito no habiendo sabido casi pintar; pues no hay nada más cruel para un amante o un esposo verdaderamente enamorado, que dejar a otro la tarea de reproducir la belleza de la amada; los artistas tienen un modo de mirar de cerca a sus modelos que no gustaría a un celoso; no plasman sobre la tela todo lo que han visto; les debe quedar algo en los ojos y en el corazón también. Y ahora ese retrato era el único consuelo del joven rey; no podía contener sus lágrimas viéndolo, pero no habría cambiado la amargura de esas lágrimas por la dulzura de las más felices sonrisas. En vano acudían sus ministros a decirle: «Señor, hemos recibido inquietantes noticias: el nuevo rey de Ormuz ha movilizado un numeroso ejército para invadir vuestros Estados»; él fingía no escuchar, con la mirada siempre fija en la adorada imagen. Un día se encolerizó y a punto estuvo de matar a uno de sus chambelanes, a aquél que se había atrevido a insinuar que los dolores más legítimos no deben ser eternos, que su amo haría bien en pensar en casarse con alguna joven muchacha, nieta de emperador o hija de aldeano, no importa. «¡Monstruo! gritó el inconsolable viudo, ¿cómo te atreves a darme un consejo tan vil? ¿Quieres que sea infiel a la más gentil de las reinas? Aléjate de mi vista o perecerás por mi propia mano. Pero antes de salir debes saber, para repetir a todos, que nunca mujer alguna se sentará en mi trono y dormirá en mi lecho ¡a menos que se parezca a la que he perdido!» Y sabía que hablando de ese modo, no se comprometía demasiado. Tal como ella revivía en su marco de oro, – ¡desgraciadamente muerta, no obstante!– la reina era tan perfectamente bella que por toda la tierra no habría podido encontrarse igual. Morena, con largos cabellos que caían como ébano líquido, la frente un poco alta, de marfil color ámbar, los ojos profundos, de un negro nocturno, la boca bien abierta por una sonrisa donde brillaban todos los dientes, desafiaba todas las comparaciones, las semejanzas, e incluso una princesa que hubiese recibido en su cuna los más preciosos dones de todas las hadas buenas, no hubiese podido tener tan hermosos cabellos oscuros, tan profundos ojos marrones, ni esa frente, ni esa boca.

II

Transcurrieron muchos meses, – más de un años, – sin que se produjese cambio alguno en el triste estado de cosas. Desde Ormuz se recibían noticias cada vez más alarmantes; el rey no se dignaba a hacer caso al peligro creciente. Es cierto que los ministros percibían los impuestos en su nombre; pero, como guardaban el dinero en lugar de emplearlo en equipar soldados, el país no dejaría de verse asolado y luego pagar para dejar de estarlo. De modo que todos los días se congregaba ante el palacio grupos de personas que venían a suplicar y a lamentarse. El enamorado de la muerta no salía de su melancolía; no tenía atenciones más que para el silencioso encanto del retrato. Sin embargo en una ocasión, – era la hora en la que el alba tiñe de rosa y azul los cristales, – se volvió hacia la ventana, escuchando una canción que sonaba, una canción grácil y débil, bonita y matinal como un trino de oropéndola. Dio algunos pasos asombrado, pegó la frente al cristal, miró. ¡Apenas pudo retener un grito de placer! Jamás había visto nada tan encantador como esa pequeña pastora que llevaba al campo su rebaño de corderos. Era rubia al punto que sus cabellos doraban el sol más que éste los doraba a ellos. Tenía la frente un poco baja, rosa como las jóvenes rosas, los ojos claros, de una claridad de aurora, y su boca reía tan fina que, incluso abierta por la canción, apenas dejaba ver cinco a seis pequeñas perlas. Pero el rey, por encantado que estuviese, se sustrajo a ese espectáculo, poniendo sus manos sobre sus párpados cerrados, y, completamente avergonzado de haberse alejado un instante de la bella difunta, regresó hacia el retrato, se arrodilló llorando de dolor y delicia; ya no recordaba del todo que había pasado una pastora bajo la ventana cantando. «¡Ah! tú estás segura, gemía, de que mi corazón en duelo te pertenece para siempre, puesto que no existe ninguna mujer que se te parezca; y haría falta, para que tuviese una reina, ¡que tu imagen saliese viva de un espejo donde ella se hubiese eternizado!»

III

Al día siguiente, admirando el retrato de la muerta, tuvo una penosa sorpresa. Pensando se dijo: «Qué extraño. Parece que esta sala es húmeda; el aire que se respira aquí no es bueno para las pinturas. Pues, al fin y al cabo me acuerdo perfectamente que los cabellos de mi reina no eran tan oscuros como los veo. No, desde luego, no tenían esa negrura de ébano líquido. Brillaban aquí y allá, lo recuerdo bien, con el color de la aurora, no de la noche.» Pidió sus pinceles y su paleta y corrigió muy rápido el retrato que había estropeado el aire húmedo. «¡Perfecto! he aquí la cabellera dorada que yo amaba tan apasionadamente y que amaré por siempre.» Y, lleno de una amarga dicha, renovó, de rodillas ante la imagen ahora parecida al querido modelo, sus juramentos de eterna fidelidad. Pero, realmente, algún malévolo genio debía burlarse de él: habiendo pasado tres días, se vio obligado a reconocer que el retrato había sufrido aún deterioros notables. ¿Qué quería decir eso? ¿Por qué esa frente de marfil, color de ámbar, estaba tan alta? ¡Gracias a Dios tenía buena memoria! Estaba seguro de que la reina tenía una frente pequeña, sonrosada y fresca como las jóvenes gavanzas. Y con algunos retoques de pincel, bajó la cabellera dorada y dio color a la frente con un rosa claro. Y sentía el corazón lleno de una ternura infinita por el cuadro restaurado. ¡Al día siguiente, fue peor aún! Era evidente que los ojos y la boca del retrato acababan de ser cambiados por una misteriosa voluntad o accidentalmente. Su amada nunca había tenido esas pupilas oscuras, de un negro de noche, ni esa boca demasiado abierta que mostraba casi todos

los dientes. ¡Ah! todo lo contrario, el azul matinal del cielo, donde revolotean las oropéndolas, no igualaba en dulzura el azul de los ojos con los que ella lo miraba; y, en cuanto a lo que era su boca, era tan estrecha que, incluso abierta por una canción o un beso, apenas dejaba ver algunas pequeñitas perlas. El joven rey se sintió presa de una violenta cólera contra ese absurdo retrato que contradecía tantos queridos recuerdos. Si hubiese estado en su poder el execrable hechicero al que era debida esa transformación, – pues con toda seguridad se estaba produciendo algún hechizo, – se habría vengado de él de un modo terrible. ¡Poco le faltó para pisotear la falsa imagen! Sin embargo se calmó, pensado que el mal era reparable. Se puso al trabajo; pintaba según sus fieles recuerdos; y algunas horas más tarde apareció sobre el lienzo una joven con ojos azules como la lejanía del alba, con la boca tan pequeña que, si hubiese sido una flor, apenas hubiese podido tener dos o tres gotas de rocío. Y él miraba a su reina, lleno de un doloroso entusiasmo. «Es ella! ¡Ah! ¡ahora es ella!» suspiraba. Si bien no tuvo ninguna objeción que hacer el día en el que el chambelán, – cuya costumbre era mirar por el agujero de las cerraduras – le aconsejó tomar por esposa a una encantadora pastorcilla que pasaba todas las mañanas ante el palacio, cantando una canción; pues se parecía en su totalidad, – un poco más bonita quizás, – al retrato de la hermosa reina.

LAS TRES HADAS BUENAS

En aquél tiempo había tres hadas, – se llamaban Abonde, Myrtille y Caricine, – que eran bondadosas más allá de lo que se puede concebir. Solamente disfrutaban procurando ayuda a los desdichados, para lo cual empleaban todo su poder. Nada podía decidir las a participar en los juegos de sus hermanas bajo la luz del claro de luna del bosque de Brocéliande, ni a sentarse en la sala de los festines, dónde unos silfos vertían gotas de rocíos en cálices de flores de lis, – que, según Thomas-el-Poeta, no hay bebida más agradable, – si antes no habían consolado muchos sufrimientos humanos; y tenían el oído tan fino que oían, incluso desde lejos, encogerse los corazones y derramarse las lágrimas. Abonde, que visitaba preferentemente los barrios de las grandes ciudades, aparecía de repente en las viviendas más pobres, bien rompiendo el cristal de un tragaluz – aunque era rápidamente reemplazado por un cristal de diamante, sin que hubiese necesidad de llamar al cristalero, – bien corporizándose en el humo del horno a medio apagar; apiadada a la vista de esas chozas donde tiritaban, muriendo de hambre, miserables familias sin trabajo, enseguida las transformaba en suntuosos domicilios, bien amueblados con hermosas piezas, alacenas llenas de vituallas, cofres repletos de monedas de oro. No menos caritativa, Myrtille frecuentaba sobre todo a las gentes de los campos que se lamentan en sus cabañas cuando el granizo destruye la promesa en flor de las cosechas, y que, entre el arcón sin pan y el armario sin ropa, se preguntan si no sería más sabio abandonar sus hijos en el bosque al no tener con que alimentarlos ni con que vestirlos; ella conseguía fácilmente infundirles valor, ofreciéndoles talismanes, aconsejándoles que formularan deseos que nunca dejaban de verse cumplidos; y aquél que, tres segundos antes no hubiese tenido con que dar limosna ni a un petirrojo que fuese a picotear en el cristal, se encontraba convertido en un rico burgués en una casa provisionada con todo, o en un poderoso monarca en un palacio de pórfido y pedrerías. En cuanto a Caricine, lo que la conmovía más que cualquier otra desdicha, eran las penas de los enamorados; ella convertía en fieles a las casquivanas e inconstantes, hacía enternecerse a los padres avaros que se niegan en consentir la felicidad de sus hijos; y cuando era conocedora de que un anciano mendigo de los caminos se había prendado de la hija de un rey, lo metamorfoseaba en un príncipe apuesto como el día a fin de que pudiese casarse con su amada. De modo que, si las cosas hubiesen durado mucho tiempo así, ya no habría más miserias ni penas en el mundo gracias a las tres hadas buenas.

II

Esto no había gustado a un hechicero muy cruel que estaba animado de los más maléficos sentimientos con respecto a hombres y mujeres: la idea de que se dejaría de sufrir y de llorar en la tierra le causaba un insoportable tormento; en consecuencia se sentía lleno de ira contra esas excelentes hadas, – no sabiendo cual de las tres detestaba más, – y decidió retirarles el poder de conceder felicidad a los desdichados. Nada le resultaba más fácil debido al gran poder que tenía.

Las hizo comparecer ante él, luego, frunciendo las cejas, les anunció que estarían privadas, durante muchos siglos, de su mágico poder; añadiendo que no le quedaba más remedio que convertirlas en animales feos y dañinos o en objetos sin pensamiento, como mármoles, troncos de árbol, arroyos de los bosques, pero que se dignaba, por misericordia, a permitirles elegir las formas bajo las cuales ellas pasarían sus tiempo de penitencia.

No os podríais hacer una idea de la pena que invadió a las hadas buenas! No es que estuviesen tristes desmesuradamente por perder sus glorias y privilegios; les costaría poco renunciar a las danzas en el bosque de Brocéliande y a las fiestas en los palacios subterráneos iluminados con soles de rubís; lo que las afligía era que, sin su poder, no podrían socorrer a los infortunados. «Cuantos hombres y mujeres, pensaba Abonde, morirán de frío y hambre en las chozas de los barrios y a los que no podré consolar más!» Myrtille se decía: «¿Que será de los aldeanos y aldeanas en sus cabañas cuando los chaparrones de granizo hayan roto las ramas de los manzanos en flor? ¡Cuántos niños llorarán abandonados entre los matorrales sin camino, no viendo ninguna claridad mientras el lobo los acecha, que la lámpara, iluminada a lo lejos, de la esposa del ogro!» Y Caricine, sollozando: «¡Cuántos enamorados van a sufrir! pensaba. Precisamente yo estaba informada de que un pobre trovador callejero, sin casa ni familia, languidece de ternura por la princesa de Trézibonde. Por desgracia no la esposará.» Y las tres hadas buenas se lamentaron, mucho tiempo, mucho tiempo, como si padeciesen en sus carnes todos los dolores que habrían podido convertir en alegrías, como si derramasen todas las lágrimas que no podrían enjuagar.

A decir verdad, en su desesperación tenían un pequeño consuelo. Les estaba permitido designar las apariencias bajo las cuales vivirían entre los humanos; su bondad, gracias a una feliz elección, encontraría tal vez aún el medio de ejercerse. Aunque reducidas a la impotencia de los mortales o de las cosas perecederas, no serían del todo inútiles a los desdichados. Se pusieron a reflexionar, se preguntaban lo que era mejor para no dejar de ser servicial. Abonde, que se acordaba de los pobres de los barrios, concibió al principio el deseo de verse convertida en una rica persona que reparte las limosnas sin contar; luego pensando en los hornos que se apagan, en los catres sin colchones, no le hubiese disgustado convertirse en una llama que calienta, o en una buena cama donde descansarían los trabajadores fatigados. Myrtille soñaba con ser una reina que haría de de todos los campesinos vestidos con harapos, unos chambelanes policromados, o el rayo que aparta las malas nubes, o la leñadora que devuelve a su domicilio sanos y salvos a los niños perdidos. En cuanto a Caricine, en su deseo de ser dulce a los corazones, hubiese consentido en convertirse en una bella esposa, fiel, sincera, teniendo como única preocupación la felicidad del esposo, o en una tímida y amante novia. Luego las invadían otros pensamientos y dudaban, comparando las ventajas de las distintas metamorfosis.

Sen embargo el Hechicero exclamó:

–¿Y bien? ¿Lo habéis decidido? Lleváis demasiado tiempo reflexionando y no tengo tiempo que perder. ¿Que deseáis ser? Vamos, hablad enseguida.

Se produjo todavía un largo silencio; pero finalmente:

–¡Que yo sea – dijo Abonde – el vino que se bebe en las tabernas de los barrios! Pues, mejor que el pan de la limosna y la calidez de las estufas, y el descanso en una cama, la borrachera consoladora encanta a los cuerpos y a los corazones cansados.

–¡Que yo sea – dijo Myrtille – las cuerdas del violín de un viejo músico ambulante! Pues, mejor que vestidos dorados reemplazando harapos, y que la huida de las amenazantes nubes, la canción que hace bailar es buena para los miserables.

–¡Que yo sea –dijo Caricine, – la bella prostituta bohemia de las encrucijadas que ofrece a los transeúntes su risa y sus besos! Pues, es en el amor libre, loco, variable, aleatorio, sin decepciones ni lamentos, como el hombre olvida el tedio o la desesperación de vivir.

Desde esos tiempos, Abonde ríe en los vasos llenos en la mesas de las tabernas, y Myrtille hace bailar en las bodas aldeanas bajo los árboles de la plaza mayor o en el patio de los albergues; las hadas buenas son felices con la alegría que proporcionan, pero están celosas también, celosas de Caricine, porque saben que es ella la que ejerce la mejor caridad.

LAS TRES SIEMBRAS

Tres jóvenes compañeros partieron a través del mundo. Como era invierno, llovía, ventaba y nevaba sobre todo país fronterizo; pero la ruta por donde ellos pasaban deslumbraba de sol, y de los rosales floridos, salían, a cada soplo de brisa, multitud de mariposas y abejas, porque eran unos muchachos de dieciséis años; para que la primavera surja en torno a los viajeros, basta que esté en ellos; por el contrario, si un anciano entra en un jardín de abril en una mañana rosada, el día se apaga, el cielo se vela y las gavanzas blancas se transforman en pequeños copos de nieve.

Así pues, marchaban sin saber a dónde, y ese es el mejor modo de seguir su camino. Uno se llamaba Honorat y otro Chrysor; el más joven tenía por nombre Aloys. Eran guapos los tres, con sus cabellos en bucles que ondeaban al viento y con la fresca salud de sus mejillas y de sus bocas. Viéndolos caminar sobre la ruta soleada, apenas habríais podido notar diferencias entre ellos; sin embargo Honorat tenía el aire más altivo, Chrysor el aspecto más solapado y Aloys el más tímido. Lo que parecían por fuera, lo eran por dentro. El cuerpo no es más que el forro del alma, pero los hombres tienen la mala costumbre de llevar al revés su traje natural. Honorat, en sus quimeras, no podía impedir pensar que era el hijo de algún poderoso rey! Cliente hambriento del albergue Azar, comiendo los mendrugos de pan que arroja por la ventana la saciedad de los ricos, bebiendo el agua de las fuentes en los cuencos de sus manos, durmiendo bajo la techumbre de las granjas, se veía rodeado de glorias y suntuosidades; soñaba con cortesanos deslumbrantes de pedrerías que se arrodillaban en la sala del trono, entre columnatas de jaspe o pórvido; y, por una enorme puerta con dos batientes, entraban embajadores llegados de las tierras más lejanas, mientras que, tras ellos, unos esclavos africanos vestidos de satén rojo, portaban cofres donde se amontonaban, maravillosas y encantadoras, piedras preciosas, perlas finas, telas de seda y brocados, los humildes tributos del emperador de Trébizonde y del rey de Sirinagor; o bien se imaginaba que llevaba a la victoria innumerables ejércitos, que derrotaba, con la espada al sol, las masas en retirada de las tropas enemigas, y que sus hombres lo llevaban triunfalmente bajo arcos engalanados con estandartes que aleteaban como las alas de la gloria. Chrysor tenía sueños menos épicos. Monedas, muchas monedas, siempre monedas, de plata y oro, sobre todo de oro, y diamantes sin número del que uno solo de ellos valía por todos los tesoros del más rico de los monarcas, he aquí lo que brillaba bajo sus ojos, lo que deslumbraba entre sus dedos, incluso a la hora en la que él tendía a los

transeúntes su mano contenta de recibir un centavo de cobre; si se hubiese puesto entre dos puertas, la del paraíso y la de una caja fuerte, no hubiese abierto la puerta del paraíso. En cuanto al pequeño Aloys, – más apuesto y delicado que sus compañeros, – no se preocupaba en absoluto de los palacios, de los cortesanos, de los embajadores ni de los ejércitos; a una mesa repleta de oro hubiese preferido un rincón de pradera florida. Con su aspecto de adolescente, siendo adolescente, bajaba sus ojos para ver las mariquitas que subían por las briznas de la hierba y no los levantaba más que para admirar en el horizonte el color rojizo de las juveniles auroras o el de las pensativas puestas de sol. La única alegría que anhelaba, – y la tenía – era cantar cuando caminaba la canción que había compuesto la víspera, una canción de hermosas rimas que los pájaros aprobaban en los matorrales del camino repitiendo el estribillo. De modo que si por la noche, en el claro silencio de las estrellas, se despertaba, crecía y moría uno de esos ruidos que son los suspiros de la naturaleza dormida, «¿no es el eco de una fanfarria de cornetas?» preguntaba Honorat; «¿no es, decía Chrysor, el sonido lejano de una moneda de oro que ha caído de un cajón?» pero Aloys murmuraba: «Creo que es el suave gorjeo de un nido que vuelve a recuperar el sueño.»

Un día una anciana pobre, que abría con su azadón pequeños surcos para sembrar grano en una tierra estéril, los vio venir. Era tan vieja y tan harapienta que la habrías tomado por un siglo pasado vestido de trapos; y su antigüedad se complicaba con su fealdad. Un ojo glauco, completamente amarillo, el otro medio cubierto por una nube, tres mechones de cabellos grises se retorcían fuera de un fular de algodón sucio, la piel roja, con verrugas, y chasqueando los labios, ¡flic! ¡flac! faltos de dientes, cada vez que aspiraba el aire; estaba hecha a propósito para disgusto de la mirada; aquél que hubiese pasado ante ella, habría apresurado su paso, devorado por la necesidad de ver una hermosa muchacha o una rosa. ¿Pero quién entonces asumiría la tarea de escribir cuentos de hadas si no tuviese el derecho de transformar, en el transcurso de sus relatos, las más odiosas personas en jóvenes damas deslumbrantes de belleza y donaire? Se sabe perfectamente que en nuestras historias, cuanto más repugnante uno es al principio, más hermoso será después. La secular desdentada no fue una excepción a la poética del buen Perrault y de la señora de Aulnoy. Cuando los tres compañeros, – Honorat, Chrysor y Aloys – la vieron al borde de la cuneta, se había transformado en la más adorable hada que se pueda ver, y los volantes de su vestido estaban tan adornados con flores de piedras preciosas, que todas las mariposas que revoloteaban a su alrededor creían que el mes de abril se había desplegado en esa estéril llanura.

–¡Guapos mozos, deteneos! –dijo el hada.– Os quiero porque sois jóvenes y porque al caminar siempre tenéis cuidado de no pisar los insectos que atraviesan el sendero. Os aconsejo que vengáis y echéis vuestra siembra en el surco que he cavado. Palabra de buena hada que ese marchito campo os devolverá centuplicado todo lo que le deis.

Imaginad si los viajeros quedaron entusiasmados de ver a una persona tan hermosa y escuchar tan amables palabras; pero, al mismo tiempo, se encontraban en un aprieto al ser pobres hasta el punto de que no tenían nada que sembrar en el mágico surco.

–Por desgracia, señora,–dijo Honorat (tras haber consultado con Chrysor y Aloys), no poseemos nada que deseáramos ver multiplicado por cien salvo nuestros sueños, que no germinarían.

–¿Qué sabéis vosotros? – respondió ella apartando con una sacudida de cabellos una mariposa que le rozaba la oreja (y había un motivo, pues la oreja era un clavel) ¿Qué sabéis, muchachos ignorantes? Sembrad vuestros sueños en la tierra abierta y veamos lo que sale.

Entonces Honorat, arrodillado, y con la boca dirigida hacia el surco, comenzó a contar sus ambiciosas quimeras: ¡los palacios de pórfito y de jaspe donde resplandecen

las pedrerías de los cortesanos, y los embajadores entrando por la puerta real, y los negros cargados de tributos, y los ejércitos y los triunfos! No tuvo tiempo de acabar. Numerosos jinetes al galope, con corazas de oro y penachos con alas de águila, surgieron en la llanura, proclamando que buscaban al hijo del rey difunto para que los condujese a su reino. En el momento que vieron a Honorat, exclamaron: «¡Es él!», y plétóricos de alegría transportaron a su amo hacia las bellas residencias de mármol y a las batallas y trofeos.

Habiendo visto eso, Chrysor no se hizo de rogar para sembrar en el suelo sus deseos de riqueza, su amor por las monedas contantes y sonantes y por las piedras preciosas. Apenas había pronunciado algunas palabras cuando el surco se llenó de oro, de plata, de diamantes y de perlas. Ebrio de alegría se echó encima, las cogió, se llenó los bolsillos, la boca también, y se fue de allí más rico que los más ricos, buscando alguna escondite seguro donde guardar sus tesoros.

–¡Bien!– preguntó el hada –¿en qué piensas Aloys? ¿No sigues el ejemplo de tus compañeros?

Él no respondió al principio, apenas habiéndose percatado de lo sucedido por haber estado ocupado con la boda de unas cochinillas en una enredadera.

–¡Eh!–dijo al fin – no deseo nada salvo oír el triste canto de los ruiseñores cuando anochece y a las cigarras que cantan al calor del mediodía. Todo lo que podría hacer, sería cantar hacia el surco el epitalamio que he compuesto ayer para el himeneo de dos urracas.

–¡Cántalo!–exclamó el hada; – esa semilla bien vale otra.

Cuando él comenzaba la segunda estrofa, una hermosa joven medio desnuda – tan bella que ningún sueño de amor la hubiese imaginado más perfecta, – salió de la tierra entreabierto, y poniendo sus dos brazos, lianas por el abrazo y flores de lis por su blancura, alrededor del cuello del radiante muchacho, dijo: «¡Oh! ¡qué bien cantas! ¡te amo!».

Fue así como la buena hada vino en ayuda de los tres muchachos vagabundos que seguían, sin saber hacia donde, la ruta soleada. Pero poco tiempo después se produjeron unos acontecimientos terribles. Vencido en un combate, tras prodigiosos actos de valor, por unos enemigos implacables, el rey Honorat fue obligado a abandonar su capital y refugiarse en un convento donde le cortaron los cabellos no sin haberle arrebatado antes su corona; los ladrones, que siempre están al acecho, acabaron por descubrir el escondite donde Chrysor-el-Rico había ocultado sus tesoros, y se vio obligado a pedir limosna en harapos por los caminos a sus ladrones que no se la dieron. Únicamente Aloys no dejó de ser feliz, besado de la mañana a la noche, y de la noche a la mañana, por la hermosa joven cuyos brazos ligeros como las lianas eran blancos como la flor de lis; y ella le fue fiel, siempre, siempre, porque él había cantado en el surco mágico una canción bien rimada.

LA BELLA CON EL CORAZÓN DE HIELO

I

Érase una vez un reino donde vivía una princesa tan bella que, según la opinión de todo el mundo, no se había visto nunca nada tan perfecto sobre la tierra. Pero era inútil que fuese bonita, pues no quería amar a nadie. A pesar de las súplicas de sus padres, rechazaba con desprecio todos los partidos que se le proponían; Cuando los sobrinos o hijos de emperadores acudían a la corte para solicitar su mano, ni siquiera se dignaba a mirarlos, por jóvenes y guapos que fuesen; giraba su cabeza con aire de desprecio: «Realmente no merece la pena que me moleste por tan poca cosa!» Finalmente, a causa de la frialdad que mostraba en toda ocasión, esta princesa había sido apodada «La bella con el corazón de hielo». En vano su nodriza, una anciana mujer, que tenía mucha experiencia, le decía con lágrimas en los ojos: «Ten cuidado con lo que haces, hija mía! No es decente responder con malas palabras a las personas que nos aman con todo su corazón. ¿Cómo es posible que entre tantos jóvenes apuestos, tan bien parecidos, que arden en deseos de tomarte en matrimonio, no haya ni uno solo por el que experimentes algún tierno sentimiento? Ten cuidado, te repito; las hadas buenas que te concedieron una belleza incomparable, se irritarán uno de estos días si continúas a mostrarte cicatera con su regalo; ellas desean que tú des lo que te han dado; cuanto más vales, más debes; la limosna debe ser proporcional a la riqueza. ¿En qué te convertirías, hija mía, si tus protectoras, ofendidas por tu indiferencia, te abandonasen a la malicia de ciertas hadas que se regocijan con el mal, y merodean siempre alrededor de las jóvenes princesas con malévolas intenciones? La Bella con el corazón de hielo no tenía en cuenta ninguno de estos buenos consejos; se izaba de hombros, se miraba en el espejo y eso le era suficiente. En cuanto al rey y a la reina, se mostraban más desolados de lo que se sabría decir, por la indiferencia con la que su hija se obstinaba; incluso llegaron a pensar que un malvado genio le había arrojado un maleficio; mediante heraldos hicieron proclamar en todos los países del mundo que darían a la princesa en matrimonio a aquél que la liberase del Hechizo del que era víctima.

II

Ahora bien, por la misma época, en un gran bosque, había un leñador, muy infeliz de su persona, contrahecho y cojo a cauda del peso de su joroba, que era el terror de toda la región; pues, con frecuencia, no se limitaba a talar árboles; emboscado en algún arbusto, esperaba con el hacha levantada al viajero confiado, y le cortaba el cuello tan hábilmente como lo habría podido hacer el verdugo más experimentado. Hecho eso, registraba el cadáver, y, con el dinero que encontraba en los bolsillos, compraba víveres y vino, con lo que se atracaba en su choza profiriendo grandes gritos de alegría. De modo que ese despreciable hombre fue más feliz que muchas personas honradas, tantas veces como viajeros pasaron por su bosque. Pero pronto el bosque tuvo tan mala fama que incluso las personas más osadas daban largos rodeos para no tener que atravesarlo; el leñador no encontraba víctimas. Durante algunos días vivió tan bien como mal del resto de sus antiguos pillajes, royendo los huesos, vertiendo en su taza el fondo de botellas no vacías del todo. Era un flaco regalo para un hambriento y un borracho como él. El rigor del invierno puso un acento a su infortunio. En su guarida, donde soplaban el viento, donde caían los copos de nieve, se moría de frío y de hambre; en cuanto a pedir socorro a los habitantes del pueblo próximo, ni podía pensarlo a causa del odio que se había granjeado. Vosotros estaréis pensando: «¿Por qué no hacía un fuego con unos troncos y follaje seco?» Pues porque el bosque, al igual que las hojas, estaba tan helado que no había medio de prenderlo. Puede suponerse también que con objeto de castigar a ese hombre vil, una voluntad desconocida impedía al fuego prenderse. Fuese como fuese, el leñador pasaba tristes jornadas y tristes noches cerca de su panera vacía, ante su chimenea negra; viéndolo tiritar y tan flaco, no hubieseis dejado de compadecerlo si ignoraseis lo merecida que tenía su miseria por los crímenes que había cometido.

Sin embargo alguien se apiadó de él. Fue una malévola hada llamada Melandrina. Como le gustaba ver el mal, era natural que le gustasen aquellos que lo hacían.

Una noche en la que él se desesperaba chasqueando los dientes y que hubiese vendido su alma, – que a decir verdad no valía gran cosa – por una llama de sarmiento, Melandrina hizo su aparición saliendo debajo de la tierra; no era bella y rubia con guirnaldas de flores en los cabellos, no llevaba un vestido bordado resplandeciendo de piedras preciosas; sino que era fea, calva, jorobada también, harapienta como una pobre; la habríais tomado por una vieja mendiga de los caminos; pues, siendo mala, no se puede ser bonita aun cuando se sea hada.

–No te desesperes, pobre hombre – dijo ella – quiero socorrerte. Sígueme.

Un poco asombrado por esa aparición, él caminó detrás de Melandrina hasta un claro donde se veían montones de nieve.

–Ahora, enciende fuego – ordenó ella.

–¡Eh!, señora, ¡la nieve no arde!

–Te equivocas. Toma, prende esta varita de madera que he traído para ti; te bastará tocar uno de esos grandes montones blancos para tener el más hermoso fuego que se vio nunca.

E hizo como ella había dicho. ¡Imaginad su asombro! Apenas la rama se había aproximado cuando la nieve se puso a arder como si no hubiese sido nieve, sino guata; todo el claro quedó iluminado por las llamas.

A partir de ese momento, el leñador que seguía teniendo hambre, al menos no conoció más el sufrimiento de tener frío; en el momento que tenía un pequeño escalofrío, hacía un montículo de nieve en su choza o sobre el camino, luego lo tocaba con la varita que le había dejado Melandrina y se calentaba ante un buen fuego.

III

Algunos días después de esta aventura, reinaba una gran agitación en la capital del reino vecino; la corte de palacio estaba repleta de peticionarios que hacían sonar sus albardas sobre las losas. Pero era sobre todo en la sala del trono donde la emoción era grande: los más poderosos príncipes de la tierra, con muchos otros jóvenes, se habían dado cita para intentar, en una noble lucha, conmover por fin a la Bella con el corazón de hielo.

El sobrino del emperador de Trébizonde se arrodilló.

– Dirijo a más hombres armados que hojas hay en todos los bosques, y tengo en mis cofres más perlas que estrellas hay en el cielo. ¿Queréis vos, oh princesa, reinar sobre mis súbditos y engalanaros con mis perlas?

–¿Qué ha dicho? – preguntó la princesa.

A su vez el hijo del rey de Mataquin se arrodilló.

–Aunque joven todavía, he vencido en los torneos a los más ilustres valerosos, y, de un solo golpe de espada, he cortado las cien cabezas de una tarasca que devoraba todos los recién nacidos y todas las vírgenes de mi reino. ¡Oh, princesa! ¿Queréis compartir mi gloria que irá todavía en aumento?

–Habla tan bajo –dijo la princesa – que no lo he oído.

Y otros príncipes, tras el heredero de Trébizonde y el de Mataquin, se vanagloriaron de su poder, su riqueza, su gloria; a continuación vinieron, inclinándose con tiernas palabras, poetas que tocaban la guitarra como un serafín el arpa, caballeros que habían defendido el honor de las damas en los más peligrosos combates, jóvenes pajes también, temblorosos, ruborizados de pudor, cuyos labios se estremecían en la esperanza de un beso.

Pero la Bella con corazón de hielo, dijo:

–¿Qué quieren todas esas personas? Pedidle que se vayan; no podré soportar por más tiempo su cháchara, y tengo prisa por estar sola para mirarme en mi espejo.

–¡Ah! hija mía, hija mía – dijo la nodriza – me temo que irritarás a las hadas buenas!

Entonces se adelantó un patán, muy disgustado de su persona, contrahecho y cojo a causa del peso de su joroba. Los cortesanos que estaban al pie del trono quisieron apartarlo, burlándose de ese aldeano que se confundía pretendiendo la mano de una persona real. Él, sin embargo, continuó aproximándose, y con una varita que tenía en la mano, tocó la blusa de la indiferente niña. «¡Ah! ¡te amo!» exclamó ella, sintiéndose iluminar todo su ser y fundirse en ternura. ¡Imaginad en el tumulto que siguió! Pero un rey no tiene más que su palabra; el padre de la princesa debió dejarla ir con el malvado leñador hacia el mal afamado bosque; ella vivió allí muy desgraciada, pues su amor no la cegaba hasta el punto de ocultarle cuan indigno era aquél que la había inspirado; y ese fue el castigo de la Bella con el corazón de hielo.

LAS DOS MARGARITAS

I

Lambert y Landry, que no eran felices con su familia por ser hijos de personas muy pobres, decidieron partir a través del mundo con el objeto de buscar fortuna. Se pusieron en camino una mañana de primavera. Landry tenía quince años. Lambert tenía dieciséis; eran pues muy jóvenes para vagabundear; con muchas esperanzas, sentían sin embargo un poco de inquietud. Pero se vieron singularmente reconfortados por una aventura que les aconteció al comienzo del viaje.

Cuando caminaban por el lindero de un pequeño bosque, una dama fue a su encuentro; estaba completamente engalanada de flores; unos brotes de oro y unas amapolas reían en sus cabellos, las enredaderas de campanilla que rodeaban su vestido caían hasta sus encantadores zapatitos de musgo semejante a terciopelo verde; sus labios parecían una gavanja, sus ojos unos acianos. Cada vez que se movía unas mariposas salían revoloteando de ella arrojando salpicaduras de rocío. Y no era sorprendente que fuese así, puesto que era el hada Primavera, que se ve desde el mes de abril pasando por los bosques recién verdecidos y por los prados en floración cantando una canción.

Dirigiéndose a los dos hermanos, les dijo:

– Puesto que partís para un largo viaje, quiero concederos un don. Landry, recibe esta margarita, y tú, Lambert, una margarita también. Os bastará arrancar un pétalo de esas flores y arrojarlo lejos para experimentar al instante un goce sin par que será precisamente el que hayáis deseado en ese momento. Ahora marchaos, seguid vuestro camino y tratad de hacer buen uso de los presentes de Primavera.

Dieron las gracias con mucha educación a esa amable hada, luego se pusieron en camino, tan satisfechos como era posible. Pero, llegados a una encrucijada, se produjo entre ellos un desacuerdo: Lambert quería ir por la derecha, Landry por la izquierda; si bien convinieron que para finalizar la disputa, tanto uno como otro actuaría a su guisa, y se separaron tras haberse abrazado. Tal vez cada hermano no estuviese tan disgustado por encontrarse solo para usar más libremente el don que le había hecho la dama vestida de flores.

II

Entrando en el primer pueblo, Landry advirtió la presencia de una joven muchacha apoyada en la ventana, y apenas pudo retener un grito de lo bonita que le parecía. No, él no había visto nunca una persona tan encantadora; incluso no había soñado nunca que pudiese haber existido nada parecido. Casi una niña todavía, con cabellos tan ligeros y tan rubios que apenas se los distinguía del los rayos del sol, tenía la tez pálida, un poco sonrosada aquí y allá – flor de lis en la frente, una rosa en las mejillas; sus ojos se abrían como una eclosión de malvas donde lucía una perla de lluvia; no había labios que cerca de los suyos, no hubiesen querido ser abejas. ¡Landry no lo dudo! Arrancó, arrojándolo a lo lejos, uno de los pétalos de su margarita: aún el viento no había transportado el frágil despojo, cuando la niña de la ventana estaba en la calle sonriendo al viajero. Se dirigieron hacia el bosque vecino, con las manos unidas, hablándose en voz baja, diciéndose que se amaban; nada más que escuchándose, experimentaban tales delicias que creían estar en el paraíso. Y conocieron muchos momentos similares a ese primer momento, muchos días tan dulces como ese primer día. Hubiese sido la dicha sin fin si la niña no hubiese fallecido una noche de otoño, mientras las hojas marchitas, revoloteando en el cierzo, chocaban dando pequeños golpes en los cristales, como los dedos ligeros de la muerte que pasa. Landry lloró durante mucho tiempo; pero las lágrimas no ciegan hasta el punto de no poder mirar a través de ellas: cierto día vio a una bella transeúnte, vestida de satén dorado, con los ojos audaces y labios apetitosos; y arrojando al viento otro pétalo partió con ella. Desde entonces, despreocupado, pidiendo a cada hora tener una alegría y no durando cada alegría más que una hora, prendado sin descanso de lo que encanta, enloquecido, extasiado, pasó incontables días y noches entre todas las risas y todos los besos. La brisa apenas tenía tiempo de mover las ramas de los rosales y de levantar los velos de las mujeres de lo ocupada que estaba siempre en transportar los pétalos de la margarita.

III

La conducta de Lambert fue completamente diferente. Era un joven ahorrador, incapaz de malgastar su tesoro. Desde que se encontró sólo en el camino, se hizo a sí mismo la promesa de cuidar el presente del hada. Pues, al fin y al cabo, por numerosos que fuesen los pétalos de la corola, llegaría un día en el que ya no habría más si los arrancaba a toda prisa. La prudencia exigía reservarlos para el futuro; actuando de ese modo actuaría en consecuencia con las intenciones de Primavera. En la primera ciudad por la que pasó compró una cajita muy sólida con una cerradura; allí dentro depositó la flor, decidido a no mirarla nunca; quería evitar las tentaciones. No habría cometido la falta de levantar los ojos hacia las muchachas de las ventanas, o de seguir a las bellas paseantes de miradas luminosas y labios tentadores. Razonable, metódico, preocupado de las cosas serias, se hizo mercader, ganó gruesas sumas de dinero. No tenía más que desprecio por esos atolondrados que pasan el tiempo en fiestas, sin preocuparse del día de mañana; cuando se presentaba la ocasión no dejaba de amonestarlos, de tal modo era respetado por las personas honestas; se era unánime en alabarlo, en mostrarlo como ejemplo. Y continuaba enriqueciéndose, trabajando de la mañana a la noche. A decir verdad no era todo lo feliz que hubiese querido; a su pesar, pensaba en los goces que se prohibía. ¡No habría tenido más que abrir la cajita y arrojar un pétalo al viento para amar y ser amado! Pero se contenía de inmediato de caer en esas peligrosas veleidades. ¡Tenía tiempo! Conocería la felicidad más tarde. Sería más adelante, cuando su margarita fuese deshojada. «¡Paciencia! no nos apresuremos!» No arriesgaba nada con esperar, puesto que la flor estaba segura en la caja. La brisa, rodando a su alrededor,

murmuraba: «¡Arrójame un pétalo, arrójamelo para que pueda transportarlo y tú sonrías!» Pero él hacía oídos sordos; y el viento se iba a remover las ramas de los rosales y a pinchar en la mejilla de la jóvenes muchachas los encajes de sus velos.

IV

Pasaron muchos, muchos años, y llegó un día en el que Lambert, visitando sus propiedades, encontró en la campiña a un hombre bastante mal vestido que dormitaba en un campo de alfalfa.

–¡Eh! – dijo –¿qué veo? ¿No eres Landry, mi hermano?

–Sí, soy yo.– respondió el otro.

–¡En que lamentable estado te encuentro! Todo me lleva a creer que has hecho un mal uso del don de Primavera.

–Por desgracia –suspiró Landry – tal vez haya arrojado demasiado pronto todos los pétalos al viento. Sin embargo, aunque un poco triste, no me arrepiento de mi imprudencia. ¡He tenido tangos goces, hermano mío!

– ¡Y a mí que! Si hubieses sido tan circunspecto como yo, no te verías reducido a estériles lamentos. Pues, entérate, no he hecho ni un solo gesto para disfrutar de todos los placeres de los que tú has gozado.

–¿ Es posible?

–Sin duda, puesto que he guardado intacto el regalo del hada. ¡Ah! ¡ah! puedo concederme tiempo, si quiero. Eso es lo bueno del ahorro.

–¡Cómo! ¿Intacto? ¿De verdad?

– Míralo –dijo Lambert abriendo la caja que había extraído de su bolsillo.

Pero se puso muy pálido, pues en lugar de la fresca margarita, no tenía bajo sus ojos más que un pequeño montón grisáceo de polvo, semejante a una pizca de ceniza.

–¡Oh! –exclamó con rabia – ¡maldita sea la malévola hada que se ha burlado de mí!

Entonces, una joven dama, vestida de flores, salió de un arbusto del camino:

–Yo no me he burlado de ti – dijo – ni de tu hermano; es hora de explicaros las cosas. Las dos margaritas no eran flores, eran vuestras propias juventudes; tu juventud, Landry, que has arrojado a los cuatro vientos de tu capricho; tu juventud, Lambert, que has dejado marchitar sin hacer uso de ella, en tu corazón siempre cerrado; y tú ni siquiera tienes lo que le queda a tu hermano: ¡el recuerdo de haberla deshojado!

EL ÁNGEL COJO

Una mañana veraniega, cuando se paseaba bajo la nieve, – pues en ese país nieva en pleno verano bajo el tibio sol, y los copos, blancura sin frialdad, se cuelgan de los árboles como los jazmines y las flores de lis, – el hijo del rey de las Islas Pálidas vio en el suelo algo diamantino y plateado, suavemente estremecido como un arpa que acaban de arrancar de los dedos de su ejecutante. Más pequeña, esa ligera forma perlada de lágrimas de aurora, habría podido ser el ala de una paloma que arrancó y dejó caer la garra de un azor; pero era grande, con un poco de azulón que le quedaba entre las plumas, sin duda por haber atravesado el paraíso, pues se trataba del ala de un ángel; no había confusión posible. Ante esa visión, el hijo del rey se sintió invadido de melancolía. ¿Un divino mensajero, tal vez luchando contra algún tenebroso espíritu, tal vez bajo un golpe de viento invernal, había perdido una de sus alas? ¿Había cometido la imprudencia de posarse, una noche – equivocándose de habitación, – cerca de la cama demasiado perfumada de una de esas crueles amorosas que no tienen otro placer que matar lo que vuela y desplumar las ilusiones? Basta a menudo una caricia o el aliento de mujer para que caiga un ala. Fuese como fuese, su dueño estaría muy afligido. A partir de ahora qué humillación y que tristeza supondría para él, durante las noches de los bailes donde se danza con las más bonitas de las once mil vírgenes, verse burlado por sus hermanos celestiales, pobre torpe, y que mal bailarín sería estando cojo. ¿Cojo? desde luego. Puesto que los ángeles al no ser cuerpos, sino almas con plumas, no cojean del pie, sino del ala. A causa de este probable dolor, el príncipe de las islas Pálidas pensaba dolorosamente. No podía soportar la idea, en su compasión, de un querubín o de un serafín semejante a una torcaz herida; y decidió envolver esa cosa que había encontrado, tan blanca, diamantina, plateada y suavemente estremecida, para devolverla a quién la había perdido. Pero era un deseo más fácil de concebir que de ejecutar. ¿Cómo encontrar al ángel que echaba de menos su ala? Uno no entra como quiere en las paradisíacas estancias. En cuanto a poner carteles en las paredes de las ciudades de todo el reino, hubiese sido una medida inútil pues los ángeles no tienen por costumbre pasearse por las calles como los humanos. De modo que el joven príncipe estaba muy perplejo. Pensó que mejor sería consultar con una novia que tenía sin el conocimiento de sus padres. Era la hija de un leñador del bosque. Fue a verla con el ala bajo el brazo.

La encontró en el lindero del bosque, un poco antes de la choza donde ella vivía.

– ¡Ah! alma querida – le dijo él – traigo una triste noticia.

–¿Cuál? – preguntó ella.

–Un ángel ha perdido una de sus blancas alas.

Ella enrojeció, pero no pareció sorprendida. Se hubiese dicho que ya era conocedora de ese lamentable suceso; y, cuando el añadió: «Estoy dispuesto a devolvérsela», ella bajó los ojos, más ruborizada todavía.

–Mi querida alma – continuó él – tal vez tú puedas revelarme como debo hacer para llevar a buen término mi empresa. Eres tan bonita y tan pura que todos los espíritus celestiales se dan cita durante el día en tus pensamientos y durante la noche en tus sueños. Es imposible que escuchándolos no hayas oído hablar de lo que le ha ocurrido a uno de ellos.

–Por desgracia – dijo ella – estoy al corriente de todas las cosas; fue mi ángel de la guarda precisamente el que perdió una de sus alas.

–¿En serio? ¿Tu ángel de la guarda? Si que es una singular casualidad. Dime, te lo ruego, como ha acontecido esa desgracia.

–¡Te aseguro que fue por tu culpa! ¿Recuerdas ese paseo que hicimos juntos, la pasada noche, bajo los limoneros donde las estrellas temblaban como frutas de oro?

–¿Cómo iba a olvidarlo? Fue esa noche cuando permitiste a mis labios tocar tu mejilla por primera vez, y desde ese momento tengo la boca perfumada como si hubiese comido rosas.

–Sí, esa noche me diste un beso, pero si a mí me pareció dulce, fue cruel para el ángel que me seguía entre las ramas para advertirme y defenderme. Una de sus alas se desprendió mientras yo me complacía en tu caricia. Es la ley de los ángeles de la guarda, a quién el cielo confía a las jovencitas, ser las primeras víctimas de los pecados que éstas cometen.

–¡Oh! ¡Qué ley más enojosa! Imagino que tu ángel, lisiado, debe estar muy contrariado.

–¡Más de los que puedes creer! Apenado, hundido, incapaz de regresar al cielo aun cuando lo intenta, se lamenta y llora; y yo estoy muy triste porque no he podido soñar contigo, pues me impide dormir por las noches con sus lamentaciones.

–¡Entonces es muy importante que le devolvamos a toda costa su ala! Yo no podré arrepentirme del daño que he hecho, pero sin embargo quisiera que hubiese un medio de repararlo.

–Pienso que hay uno – murmuró ella.

–¡Oh! ¿cuál? ¡dime, rápido!

– Habría (ella hablaba tan abajo que él apenas la oía), habría que volver las cosas al estado en el que estaban antes del paseo bajo los limoneros. Mi ángel ha perdido su ala porque yo he recibido tu beso; él la recuperaría sin duda, si...

–¿Sí?... acaba por favor.

–¡Si yo te lo devolviese!

Y diciendo esas palabras, estremecida y con rubor en las mejillas, parecía una rosa; y como el príncipe se acercase, extasiado del medio que ella había propuesto, la chiquilla huyó a través de las ramas que al verse sacudidas esparcieron en el sol gotitas de diamantes y oro.

Él corrió, y alcanzándola la obligó a sentarse al pie de un mirto más grande que los grandes robles; en el misterio profundo de los bosques, entre el silencio de los nidos que se callan para oír, él le hablaba de rodillas, como se reza en los templos.

–¡Te amo! ¡te adoro! ¿Por qué huyes después de tus palabras? ¿No me has dado la esperanza de tus labios en mi mejilla más que para dejarme la más amarga desesperación de no haberlos sentido posarse allí suavemente? ¡Oh! qué radiantes están las flores cuando se cierran al vuelo de una mariposa que vibra; de delicia se estremece

el agua que tocan las libélulas; no se puede concebir alegría mayor que la de las hojas cuando una paloma las roza. Pero cuán feliz sería yo más que la flor donde la mariposa liba, y que la ola bajo el temblor de las libélulas, y que el follaje acariciado por las plumas, si tu boca, –¡ah, tu boca! – me soprase con su aliento de rosa.

Ella no respondía, giraba la cabeza, no quería ver el querido rostro del muchacho, desplegado como la mañana en la que ella había tenido tanto placer en recibir un largo beso.

El continuó hablando tristemente:

–¡Sucede entonces que eres muy cruel, puesto que no quieres! Comprendería que me negases la incomparable alegría que te imploro si no se tratase más que de mi, al que no amas lo suficiente. Pero, ¡oh malvada!, ¿no piensas en tu ángel que llora la pérdida de su ala blanca? ¿Olvidas que restituyendo el beso recibido, le devolverías el vuelo libre entre las nubes y las estrellas de su paraíso? ¡Qué desgraciado es y como se queja! Se arrastra por el suelo, en lugar de planear en las auroras; acostumbrado al resplandecer del día está completamente gris de polvo. ¿Has visto una tórtola medio muerta que quiere regresar a su rama y no puede? Él se parece a ese pájaro. ¡Ah, pobrecillo! Si no tienes piedad de mi, ten piedad de él, y resígnate a hacerme feliz, a fin de que él lo sea.

Fue esa argumentación lo que derribó la vacilación de la muchacha. Ella juzgó que su deber le ordenaba consentir en la alegría de un hombre por la felicidad de un ángel; y, lentamente, con esa demora de las cosas que se saben deseadas, sus labios se acercaron a la joven mejilla en flor. ¡Y allí se posaron! Un estremecimiento sacudió las ramas. Era el ángel que felizmente levantaba el vuelo con dos alas. Excepto que las alas, que fueron blancas, ahora eran rosas como los dos besos.

LAS LÁGRIMAS SOBRE LA ESPADA

I

En cierta ocasión, cuando el valiente Roland regresaba de combatir a los moros, escuchó a un sacerdote contar, –mientras dejaba descansar su caballo en una garganta de los Pirineos, – que, no lejos de allí, un hechicero era odiado en todo el país por su tiranía y crueldad. Ante ese relato, el caballo levantó la oreja sacudiendo su crin, dispuesto a emprender el galope, pues no ignoraba que su dueño por lo común, dejaba poco intervalo entre el momento en el que se le revelaban tales afrentas y en el que castigaba a los culpables. Pero el justiciero, paciente ese día, preguntó ampliamente al pastor de la montaña. Supo cosas muy extrañas. El malvado mago, que habitaba en un castillo cerca del mar, no se limitaba a despojar a los viajeros, a devastar campos, a incendiar pueblos, a asesinar ancianos y a violar muchachas; triunfaba sobre todos los hombres nobles que lo desafiaban con la intención de poner fin a tantas barbaries; había hecho morder el polvo a los más valerosos; incluso mediante la huida uno no podía sustraerse a la muerte. Ante el torreón, que el furioso mar golpeaba de un lado, había montones enormes de huesos roídos por los animales, blanqueados por la lluvia; y siempre una bandada de cuervos, planeando y revoloteando bajo el cielo, ponía en la cima de la torre un estandarte negro. ¡El bueno de Roland no pudo impedir reír! ¡no podía creer que un maldito brujo hubiese vencido a paladines con armadura de hierro y provistos de espada o lanza! El narrador no sabía lo que decía, o bien aquellos que habían desafiado al señor del torreón eran unos cobardes indignos del nombre de caballeros, o unos pequeños pajes habiéndose disfrazado, por diversión, con vestimentas de guerra. «Señor, dijo el sacerdote, no es por su valor por lo que el hechicero derrota a todos sus enemigos; ha inventado, gracias a su infernal ciencia, un arma desconocida hasta hoy que mata a distancia, sin peligro para aquél que la utiliza. –¿Cómo?» dijo Roland, lleno de sorpresa y sintiendo un asco subir a sus labios como si hubiese probado una vianda estropeada. El pastor continuó: «Él evita descender a la llanura y hacer frente a los combatientes, pues sabe que si ofreciese su pecho, incluso cubierto de bronce, una punta no tardaría en penetrarle. Se mantiene oculto detrás de su muralla, o detrás de la pila de huesos amontonados; luego, desde su escondite, una llama sale de repente con un ruido seco, y, sin tener tiempo de decir un *Pater*, el caballero que se adelanta con confianza, cae a tierra con una herida roja en el pecho o en la frente. »

–¡Por Jesús vencedor de Tervagant!–exclamó el sobrino de Carlomagno; ¡jamás he oído hablar de un modo tan cobarde de actuar! Ha sido una feliz casualidad que me detuviese en este lugar salvaje para dejar descansar a mi caballo; pues pienso que antes de mañana, si los santos me prestan asistencia y si su residencia no está demasiado alejada, habré castigado al traidor cuya vida es una ofensa a Dios. Pero decidme, hablad con franqueza, ¿cómo y de qué está hecha esa arma diabólica? – Se dice que se compone de un tubo bastante largo dónde se enciende a un extremo una pequeña cantidad de salitre y de donde sale, por el otro, una canica de metal que surca el aire yendo derecho al objetivo, golpeando con la velocidad del rayo.» Roland no preguntó más; aferró las bridas, estrechó sus rodillas donde los aperos tintinearón; y el caballo, con la crin al viento, galopó hacia la orilla del mar. Pero el valiente bajaba la cabeza tristemente durante esa cabalgada. Le repugnaba tener que manchar su espada con la sangre de un cobarde. Era la primera vez que iba a combatir sin placer.

II

Las nubes de la puesta de sol eran rojas sobre el mar cuando apareció el castillo; se habría podido creer que el horizonte estaba cubierto de la sangre derramada por todos los crímenes cometidos ante esas piedras. Roland se detuvo mirando el horrible habitáculo hacia el que subía, bajo el cielo negro de pájaros graznando, una pálida escalera de esqueletos. Buscaba entre las osamentas un sendero; vio que no había acceso de tan numerosos que eran los despojos humanos allí apilados; imposible llegar hasta el torreón sin caminar sobre la muerte. ¡Ah! generosos guerreros venidos de todos los rincones del mundo para enfrentaros al pérfido hechicero, vos que habéis sido cobardemente abatidos desde lejos por un invisible adversario, ¡cuanto os lamentaba y os honraba Roland en su alma!, ¡cuánto sufría oyendo crujir vuestros huesos sin sepultura bajo los cascos de su caballo! Al mismo tiempo lo iba invadiendo una cólera creciente y terrible; y el deber de vengaros se impuso al de respetaros. ¡Invocó a los dos con Durandal en la mano! Entonces, allá abajo, de entre las piedras, un resplandor brilló acompañado de un estrépito rudo. Un silbido rozó la oreja del caballero. El brujo se servía de su traidora invención. Pero no tuvo la oportunidad de usarla una segunda vez. Bajo el empuje de Roland, que había descendido del caballo, una puerta crujió, gimió, gritó, se abrió entre un desprendimiento de piedras, y, agarrado por la garganta, estrangulado, escupiendo su alma en una blasfemia, el hechicero cayó sobre las losas al lado de su inútil arma, mientras que el valeroso, apenas fatigado, sonreía, contento de sí. Durante ese tiempo los cuervos levantaron el vuelo del torreón que se iluminó con claridad bajo el adiós del sol; fue como si una oriflama de luz y oro sustituyese el negro estandarte. Pero Roland pronto dejó de sonreír. Tras haber rechazado el cadáver con el pie, se inclinó, recogió el arma, la consideró durante un tiempo y la manoseó con disgusto. En efecto se componía de un tubo con dos aberturas; por una entraba la muerte y salía por la otra. El valiente reflexionaba con melancolía.

III

Cuando llegó la noche, caminó hacia el mar. Allí había una barca, embarcó, rompió la amarra, remó con sus vigorosos brazos hacia mar abierto; el acero de su armadura en el va y viene del cuerpo, relucía bajo las estrellas. ¿A dónde iba? ¿Qué viaje le tentaba en las tinieblas? ¿Cansado de fatigas guerreras, había concebido el proyecto de descansar en una de las islas milagrosas donde bellas hadas acarician con sus ligeras manos y abanicán con grandes hojas verdes, a los caballeros dormidos? ¿O tal vez,

sabiendo de alguna injusticia bajo cielos muy lejanos, había decidido, fiel a su misión, hacer brillar entre las mentiras y traiciones, la cortante justicia de la espada? No, quería acabar su obra de ese día, incompleta aún. El hechicero yacía sin vida, el castillo derrumbado se alzaba como el enorme y glorioso sepulcro de tantos caballeros vencidos a traición; eso estaba bien; ¡pero no era suficiente! Era necesario que la maldita arma, con la que se golpeaba de lejos, desapareciese para siempre y nunca pudiese ser encontrada. Al principio había pensado en destruirla; pero un hombre malvado podría recoger los fragmentos y construir un arma semejante, recomponiéndolos. ¿Ocultarla bajo tierra? ¿Quién sabía si alguien, algún día, por casualidad, no la desenterraría? Lo más seguro era arrojarla al mar por la noche, lejos de la orilla; esa era la razón de que remase hacia mar abierto. Cuando estuvo lejos de la orilla, muy lejos, cuando estuvo seguro de que no podía ser visto, cuando incluso él mismo no veía nada excepto la inmensidad de las olas y la inmensidad del cielo, se levantó, tomó en su mano derecha la diabólica arma, le escupió encima y la lanzó al mar donde se hundió enseguida. Luego quedó pensativo, con su alta estatura que las estrellas iluminaban, lentamente movido por el balanceo de las olas, no se sentía tranquilo, a pesar de lo que había hecho. Se decía que un día u otro, en un futuro próximo o lejano, tal vez se inventasen aparatos semejantes a aquél que él había precipitado en los abismos marinos. Él, que gozaba con las lanzas rotas en el encuentro de los caballos en la batalla, de los choques luminosos de las espadas, de los pechos afrontando pechos, de las rojas heridas próximas a los brazos que las hicieron, tenía la sombría visión de una guerra extraña, donde se odia a distancia, donde aquellos que golpean no ven lo que golpean, donde el más cobarde puede matar al más valiente, donde el traidor azar, entre el humo y el ruido, dispone solo de los destinados. Entonces, mirando a Durandal, que brillaba bajo las estrellas, Roland lloró, lloró durante mucho tiempo; y sus lágrimas caían una a una sobre el leal acero de la Espada.

LA LLAMITA AZUL

I

Sí, guapo mozo – dijo el hada,– gracias a la llamita azul que te he puesto en la frente, podrás triunfar sobre las tinieblas y entrarás finalmente, tras muchos esfuerzos, en el milagroso Jardín de la Alegría y los Sueños, que abre sus puertas de diamante al otro lado de las sombras. Allí vivirás eternamente feliz, habiendo olvidado las tristezas del oscuro mundo, respirando un aire sutil hecho del alma de las rosas y del claro aliento de las estrellas; y millares de angélicas flores de lis serán los incensarios de tu gloria. Ve pues a través de los peligros, ve sin temor y sin duda; ningún poder humano o diabólico podrá impedirte lograr tu objetivo si conservas la llamita azul siempre encendida. Pero si se apagase, – ¡ten mucho cuidado de que no se apague!– te verás envuelto de repente en una noche profunda, y, caminando a tientas, tropezarás con invisibles paredes, caerás por precipicios imprevistos y nunca volverás a encontrar la ruta del incomparable Jardín.

El muchacho agradecía a la buena hada el presente que le había hecho y los consejos que le había proporcionado; se puso en camino por un sendero de flores. La llama azul que tenía en la frente era más luminosa que el día.

II

No tardó en encontrar las frondosidades donde hubiese sido muy fácil romperse el cuello; bajo sus pasos rodaban piedras, y, como por el eco de la sacudida, unos bloques de mármol, a derecha, a izquierda y encima de su cabeza, se desprendían y caían: más de veinte veces a punto estuvo de ser aplastado bajo esas pesadas caídas; y lo hubiese sido seguramente si la llama azul, aumentando, no lo hubiese envuelto, cuando era necesario, de una armadura diamantina donde tropezaban sin herirle, los bloques; luego, pasado el peligro, ya no era más que una pequeña luz de oro y azul entre los cabellos del niño. Cuando atravesaba el claro de un gran bosque, una manada de lobos con los pelos erizados, con sangre y fuego en los ojos, se lanzó sobre él. ¡Se creyó perdido! ¡Ya sentía en su carne los espantosos dientes devorándolo! Pero pronto fue abandonado por el miedo. La llama azul, inclinándose, había cegado las pupilas de los lobos que huyeron entre los matorrales aullando de espanto. Otro día, cuando chapoteaba entre los juncos

de un pantano, sucedió que de entre las hierbas y fangos surgió un gran número de reptiles que lo enlazaron para ahogarlo; pero la pequeña luminaria se convirtió en una serpiente también, una serpiente parecida a un largo rayo, y las bestias reptantes se retorcieron muriendo todas, – parecían sarmientos sobre las brasas – entre los juncos incendiados. El niño que viajaba hacia el Jardín de la Alegría y los Sueños escapó todavía a muchos otros peligros. Pudo comprobar que el hada no había mentido, que nada podría hacerle daño en tanto brillase la llamita azul. Y ésta no se limitaba a defenderlo contra los peligros y los maleficios; le proporcionaba también alegría en medio de los más amargos tormentos. Su claridad iluminaba los tristes paisajes, ponía flores vivas en las maleza muertas; no había noche oscura que ella no animara con una dispersión de estrellas. Al mismo tiempo, el niño sentía como una deliciosa caricia el calor que la llama producía en su frente; sentía allí expandirse su pensamiento como se abre una flor; y toda su alma se extasiaba sobre esa pequeña y divina hoguera.

III

Una noche, los cuatro vientos de los cuatro rincones del cielo, se pusieron a soplar a la vez. Fue tan terrible la tempestad sobre la tierra y sobre el mar, que los tejados de las casas en ruinas volaban al igual que los nidos de los pájaros; y los más grandes navíos, con las velas arrancadas y los mástiles rotos, giraban en el aire como una peonza bajo el batidor de un niño. Ningún roble pudo resistir el empuje furioso del soplido del viento. Entre las ráfagas se oían enormes crujidos a causa de los bosques que se desmoronaban sobre el suelo, más rápido que una hierba pisoteada; el hundimiento de las montañas hacía fluir torrentes de pinos y rocas; y la noche era negra porque la tempestad había apagado todas las estrellas. ¡Os preguntáis si el niño tuvo miedo por la llamita azul! Desde luego, ella no podría resistir, tan menuda, el encarnizamiento de los vientos. Refugiado en la cueva de un monte que todavía no se había desmoronado, trataba, juntando las manos, de protegerla tanto como fuese posible de la tremenda borrasca; pero un redoblamiento de la tempestad se introdujo en el agujero de la roca; fue arrastrado, cayó sobre las piedras desfallecido y con la frente sangrando. Cuando salió al día siguiente, aturdido, se puso a llorar. ¿Acaso era de esperar que la bonita llama no hubiese muerto en esa noche formidable en la que los propios astros habían dejado de brillar? Pero a través de sus lágrimas vio un tembloroso reflejo de claridad sobre un mármol allí caído. ¡Oh, adorable prodigio! Todavía mantenía en la frente la llamita azul.

Algunas semanas más tarde, en una tibia mañana de junio, – caminando siempre hacia el jardín de la Alegría y los Sueños, – atravesaba una vasta planicie donde no había ni una casa ni un árbol. Se asombró al ver, a lo lejos, hacia la línea del horizonte, algo largo, oscuro y liso, con manchas blancas dispersas, que se adelantaba poco a poco, como una muralla viva desprendida del cielo, en un profundo y creciente rumor. ¡No tardó en reconocer que lo que se acercaba era una masa enorme de agua! Una inundación, tal y como jamás no había visto nada igual, invadía irresistiblemente la llanura; y toda la tierra, en un instante, no sería más que un inmenso mar. El niño tembló de miedo; no por él, sino por la llamita. Ésta sería vencida por la ola aun habiendo salido victoriosa del viento. Se puso a correr hasta perder el aliento. Fue en vano. El enorme flujo lo seguía, lo seguía, le ganaba en velocidad, lo alcanzó y lo transportó. Durante varias horas, – tanto sumergido como cubierto por la húmeda pesadez – fue un pecio a merced del agua que fluía; y, cuando la inundación hubo alcanzado un desierto ardiente cuyas arenas la bebieron, cuando estuvo acostado sobre las flores de un oasis, sollozó, afligido de no haber perecido. Pues esta vez estaba seguro de no tener la dulce luz en la frente. Había debido apagarse para siempre en la

frialdad del agua. Emitió un grito de alegría. Allí, en el charco de un agujero de arena, temblaba un reflejo de oro y azul. La llamita todavía seguía ardiendo.

Desde entonces conoció la felicidad de la esperanza y la certeza sin turbaciones. Habiendo alejado de sí todas las dudas, caminó orgullosamente a la conquista de su sueño. Puesto que la intensa claridad había triunfado sobre las ráfagas de viento y las olas, estaba seguro de entrar en el milagroso Jardín que abre sus puertas de diamante al otro lado de las sombras.

IV

Tras haber atravesado todas las ciudades y todas las soledades, tras haber desafiado tinieblas más densas que la pez e incendios más furiosos que una puesta de sol, se detuvo aturdido, pues finalmente veía, luminosa y diáfana, la puerta diamantina. ¡Había llegado! Iba a penetrar en el augusto paraíso de la Alegría y los Sueños; allí, viviría eternamente feliz, habiendo olvidado las tristezas del oscuro mundo, respirando un aire sutil hecho del alma de las rosas y el claro aliento de las estrellas; angelicales flores de lis, por millares, serían los incensarios de su gloria.

Cuando apresuraba el paso giró la cabeza a causa de una risilla. Una joven muchacha le hacía una señal, medio desnuda sobre una cama de hierbas floridas, mostrando en toda su blancura gruesa, una boca semejante a una rosa un poco grande y unos pezones parecidos a dos pequeñas rosas.

–¡Eh! guapo mozo,– dijo,– ¡que tienes en la frente una bonita llama azul!

–Sí, dijo él, es bonita.

–¿No sabes lo que os haría si fueses cortés y complaciente como hay que serlo con los damas?

–¿Qué tendría que hacer? – preguntó.

–Me dejaras mirar de cerca esa lucecilla; y, como recompensa, yo te daría un beso en la frente. No hay nada más agradable que los besos que doy.

El muchacho no vio ningún inconveniente en hacer lo que quería la joven medio desnuda. ¿Qué peligro había en dejar admirar, por esa bella criatura sin maldad, la invencible luz que había triunfado sobre borrascas y el agua furiosa? y se sintió dulcemente emocionado a causa de la esperanza del beso.

Inclinó su frente para que ella pusiese allí su boca y para que mirase a su vez la claridad de oro y azul.

A su vez, ella se acercaba, sonriente, abriendo sus labios rosas.

¡Oh, delicioso instante! Pero bajo el aliento de la joven mujer, durante el beso, la llamita azul se apagó. Y de pronto el viajero se vio envuelto por la noche profunda. Y desde hace muchos años, se lamenta, caminando a tientas, chocando contra invisibles muros, despeñándose por imprevistos precipicios. Y nunca más volverá a encontrar la ruta del incomparable Jardín.

LA ÚLTIMA HADA

Un día, en una calesa hecha con una cáscara de avellana y tirada por cuatro cochinitas, el hada Oriana, – que no era más grande que la uña de un dedo meñique, – regresaba al bosque de Brocéliande donde tenía por costumbre vivir con sus semejantes. Regresaba del bautismo de tres petirrojos que se había celebrado en la grieta de una pared completamente florida de glicinas; la fiesta había sido muy agradable en el nido bajo las hojas; los bonitos gritos de los pajarillos recién nacidos moviendo sus alerones rosas apenas sin plumas, permitían esperar que los ahijados del hada serían un día unos excelentes cantores. Oriana estaba pues de muy buen humor, y como la alegría lleva aparejada la bondad, hacía favores por el camino a todas las personas y cosas que se encontraba; llenando de ramas de moras las cestas de los pilluelos que van a la escuela, soplando para ayudarlas a madurar, poniendo briznas de avena encima de las gotas de rocío sobre las yemas de las gavanzas, por miedo a que los ácaros corriesen el riesgo de ahogarse atravesándolas. Dos enamorados, un aldeano y una aldeana, se besaban en un campo donde el trigo verde apenas les llegaba a los tobillos; el hada hizo madurar y crecer las espigas a fin de que no se pudiesen ver los besos desde el camino. Y como, haciendo el bien que os aconseja la dicha, uno se vuelve todavía más dichoso, el hada Oriana estaba en ese instante tan plétórica de alegría que, si no tuviese miedo a que el coche volcase, se hubiese puesto a bailar en la cáscara de avellana. Pero pronto dejó de estar contenta. ¿Qué había ocurrido? Estaba segura de haber seguido bien el camino, y allí donde antes el bosque de Brocéliande se movía bajo la brisa de los misterios encantados de sus profundos verdes, no había más que una vasta llanura, con edificios dispersos, bajo un cielo sucio de negras humaredas. ¿En qué os habéis convertido claros verdes y dorados dónde se danzaba a la luz de las estrellas, repletos de rosas, matas de espinos abiertos y grutas donde el sueño sonreía sobre musgos de oro, en los perfumes y las músicas, y vos, palacio subterráneo con muralla de cristal que los días de fiesta iluminaba mil lámparas de piedras preciosas? ¿En qué os habéis convertido, Urganda, Urgèla, Alcina, Viviana, y Holda la pagana, y Meslusina la encantadora, y vos, Mélandra, y vos, Aria, y vos también Mab y Titania? «Pierdes el tiempo llamándolas, pobre Oriana, dijo un lagarto que se detuvo en su huida entre las piedras. Unos hombres se han precipitado en gran número a través de vuestras queridas soledades; para que se pudiesen edificar casas, para abrir un paso a espantosas máquinas soplando vapores y llamas, han talado los árboles, incendiado las matas de rosas y los arbustos de espinos,

llenando con piedras las grutas que accedían a vuestros misteriosos palacios de cristal, y todas las hadas han sucumbido en el desastre, bajo los desmoronamientos. He visto a Habonda, que se iba a escapar, morir con un pequeño grito bajo el pie de un paseante, como una cigarra que se aplasta.» Al oír eso, Oriana se puso a llorar amargamente sobre el destino de sus queridas compañeras, sobre su propio destino también; pues, en realidad, era algo muy triste ser la única hada que quedaba en el mundo.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Dónde se ocultaría? ¿Quién la defendería contra la furia de los malvados hombres? La primera idea que le vino fue la de huir, de no estar ya en ese triste lugar donde sus hermanas habían perecido. Pero no pudo viajar en carrozas como era su costumbre; las cuatro cochinillas, – para quiénes ella se había mostrado siempre tan buena, – habían escuchado el discurso del lagarto y acababan de emprender el vuelo, con la ingratitud de todas las alas. Fue un golpe muy duro para la desdichada Oriana; tanto o más que ella no detestaba nada más que caminar. Sin embargo se resignó, y se puso en camino, a pasos cortos, entre las hierbas más altas que ella. Había decidido ir al domicilio de los petirrojos del muro florido de glicinas; el padre y la madre de sus ahijados no dejarían de acogerla; su nido sería para ella un asilo, al menos hasta el otoño. No se va tan aprisa con unas piernas tan pequeñas como en un cáscara de avellana, tirada por animalillos del buen Dios que revolotean. Pasaron tres largos días antes de que viese la muralla en flor; pensaréis que estaba cansada. Pero por fin iba a descansar. «Soy yo, dijo ella acercándose, soy yo, el hada madrina; venid a acogerme, buenos pájaros, sobre vuestras alas, y llevadme a vuestro domicilio de musgo.» No obtuvo respuesta; ni incluso una pequeña cabeza de petirrojo saliendo de entre las hojas para mirar quien estaba allí; y, abriendo enormemente sus ojos, Oriana vio que, en el lugar donde estuvo el nido, había colgado un trozo de loza blanca que atravesaba el hilo de una línea de telégrafo.

Cuando se iba, no sabiendo lo que le deparaba el futuro, observó a una mujer que llevaba en los brazos una cesta llena de trigo y empujaba, para entrar, la puerta de una cabaña. «¡Ah!, señora, dijo ella, si me dejáis vivir con vos y si mi protegéis, no os arrepentiríais; las hadas, como los duendes, saben mejor que nadie separar los granos buenos de los malos, y a matizarlos incluso sin matiz. En realidad, tendrías en mi a una sirvienta que os sería muy útil y os ahorraría muchas penas.» La mujer no escuchó o fingió no escuchar; empujó completamente la puerta y arrojó el contenido de su cesta bajo los cilindros de una máquina que limpió el trigo sin necesidad de duendes ni de hadas. Oriana, un poco más lejos, encontró a orillas de un río unos hombres que estaban inmóviles alrededor de enormes fardos y había allí, cerca de la orilla, un navío; ella pensó que esas personas no sabían como hacer para embarcar sus mercancías. «¡Ah! caballeros, dijo ella, si me dejáis vivir con vos y si me protegéis, no os arrepentiréis. Llamaría en vuestra ayuda a gnomos muy robustos, que pueden saltar incluso con fardos sobre los hombros; pronto habrán hecho transportar todas esas pesadas cosas. En realidad tendríais en mi a una buena sirvienta que os sería muy útil y os ahorraría mucha pena.» Ellos no escucharon, o fingieron no escuchar; un gran gancho de hierro, que ninguna mano dirigía, bajó, se hundió en uno de los fardos, y éste, tras un giro en el aire, se abatió lentamente sobre el puente del navío, sin que ningún gnomo se viese visto involucrado. Subiendo el día, la pequeña hada vio por la puerta abierta de una taberna a dos hombres que jugaban a las cartas, inclinados en una mesa; a causa de la oscuridad creciente, debía resultarles muy difícil distinguir las figuras y los colores: «¡Ah! caballeros, dijo ella, si me permitís estar con vos y si me protegéis, no os arrepentiréis. Haré venir a esta sala a todas las luciérnagas que iluminan todos los linderos del bosque; no tardaréis en ver con la suficiente claridad para continuar con vuestro juego con todo el mayor placer posible. En realidad, tendríais en mi a una sirvienta que os sería muy

útil y os ahorraría muchos contratiempos.» Los jugadores no escucharon o fingieron no escuchar; uno de ellos hizo una señal, y tres grandes chorros de luz, dentro de tres puntas de hierro, vibraron hacia el techo, iluminando toda la taberna mucho mejor que lo hubiesen podido hacer tres mil luciérnagas. Entonces Oriana no pudo impedir llorar, comprendiendo que los hombres y las mujeres se habían vuelto demasiado sabios para tener necesidad de una pequeña hada.

Pero al día siguiente tuvo esperanzas. Fue a causa de una joven muchacha que soñaba, acodada en su ventana, mirando volar las golondrinas. «Es verdad, pensaba Oriana, que las personas de este mundo han inventado muchas cosas extraordinarias, pero en el triunfo de su ciencia y de su poder no han debido renunciar al eterno y dulce placer del amor. Soy una tonta por no haber pensado antes en eso.» Y, hablando a la muchacha de la venta:

«Señorita, dijo la última hada, conozco, en un país lejano, a un joven más guapo que el día, y que sin haberos visto nunca os ama tiernamente. No es el hijo de un rey, ni el hijo de un hombre rico, pero sus cabellos rubios forman una corona de oro, y os guarda en su corazón tesoros infinitos de ternura. Si consentís, yo lo hará venir junto a vos, antes que de sea tarde, y vos seréis, gracias a él, la persona más feliz que jamás haya existido.

–Es una bella promesa la que me hacéis, dijo la muchacha asombrada.

–La mantendré, os lo aseguro.

–Pero, ¿qué me pedís a cambio de tal servicio?

–¡Oh! ¡casi nada! – dijo el hada; me dejaréis acurrucarme, – me haré más pequeña aun de lo que soy, para no molestaros, – en una de las arrugas que las sonrisa pone en las comisuras de vuestra boca.

–¡Como gustéis! De acuerdo.»

La muchacha apenas había acabado de hablar cuando Oriana, ni más gruesa que una perla casi invisible, ya estaba acostada en el bonito nido rosado. ¡ah!, ¡qué bien se encontraba allí! ¡Qué bien estaría allí para siempre! Ahora no lamentaba que los hombres hubiesen saqueado el bosque de Brocéliande, y todo lo demás – pues estaba demasiado contenta para olvidar mantener su palabra, – hizo venir del país lejano al joven más apuesto que el día. Apareció en la habitación, coronado de bucles de oro, y se arrodilló ante su bien amada, con el corazón repleto de infinitos tesoros de ternura. Pero en ese momento apareció un feo personaje, viejo, con la mirada bizca y el labio leporino; llevaba, en un cofre abierto un millón de piedras preciosas. La joven muchacha corrió hacia él, lo abrazó y lo besó en la boca con tal apasionado beso, que la pobrecita Oriana murió aplastada en la arruga de la sonrisa.

LOS ENGAÑOS DE PUCK

Un joven con armadura de plata y alas de águila blanca desplegadas en sus casco, cabalgaba de mañana sobre un jamelgo blanco; ocurrió que una bella princesa que se paseaba bajo los manzanos floridos, lo vio más allá de los setos; quedó tan gratamente sorprendida que dejó caer el jacinto que llevaba en la mano con una mariposa que estaba posada encima.

– En verdad – suspiró – que de dónde venga o a dónde vaya, ese caballero llevará consigo mi pensamiento.

Haciéndola una señal para que se detuviese, le dijo:

– A vos que pasáis, os amo. Si vuestro deseo coincide con el mío, os llevaré ante mi padre que es el rey de este reino, y celebraremos unos hermosos esponsales.

– Yo no os amo – respondió el que estaba de paso.

Y siguió su camino. La princesa empujó la puerta del vergel y se puso a correr por el camino.

–¿De dónde venís? – preguntó – ¿y a dónde vais tan temprano, vos que no queréis casaros conmigo?

–Vengo de la ciudad donde vive mi amada y me dirijo al encuentro de mi rival que llega esta noche.

–¿Quién es vuestra amada?

–La hija de un noble; cose en su ventana cantando una canción que los pájaros escuchan.

–¿Quién es vuestro rival?

–El sobrino del emperador de Golconde; cuando desenvaina su espada parece que el cielo va desencadenar una tormenta por que se pueden ver relámpagos.

–Cuando estabais a su lado, ¿qué le decíais a vuestra amada?

–Le decía: «Dadme vuestro corazón»; ella me lo negaba.

–Cuando encontréis a vuestro rival, ¿qué le diréis?

–Le diré: «Quiero vuestra sangre»; tendrá que dármela.

–¡Tengo mucho miedo a que la vuestra se derrame! ¡Oh! permitidme que os acompañe.

–La única con la que me gustaría estar acompañado está en este momento en su domicilio.

–Dejadme subir a la grupa del jamelgo junto a vos; no os pediré nada más.

–Los hombres no acostumbran a llevar al combate a una mujer en la grupa de su montura.

Y el caballero espoleó al jamelgo blanco. La hija del rey lloraba, desdichada para siempre. Como era muy temprano, el sol abría en el horizonte un ojo todavía velado de sombras, y los pinzones y pardillos ya despiertos, gorjeaban entre las hojas proyectando su placer a través de los bosques primaverales.

II

Vestido con dos hojas de trébol cosidas con hilos de la virgen, Puck salió de una mata de azaleas; Es tan pequeño que su vestimenta le quedaba un poco larga; por gorro llevaba una campanilla de los setos, donde temblaba como un pequeño badajo, una yema de oro a medio cerrar.

–Yolanda – dijo Puck riendo como un nido –¿por qué estás tan disgustada?

–Mi único amor se va y yo no puedo seguirle.

–¿Tu amor es ese guapo joven con armadura de plata y alas de águila blanca desplegadas en su casco, que cabalga allá a lo lejos sobre un jamelgo blanco?

–Ese es. Sus ojos son azules como el cielo y tiene los cabellos color de la noche.

Puck agitó la ramita de espino que llevaba en lugar de varita mágica.

–Cuando me place, la perezosa tortuga adelanta las nubes, y los más rápidos corceles, repentinamente ralentizados, corren menos aprisa que el escarabajo al que lleva una hora atravesar la hoja de un plátano. Yolanda, sigue a tu amor sin temor. A dónde vaya, tú llegarás al mismo tiempo que él.

Mientras Puck regresaba a la mata de azaleas, Yolanda se puso en camino; los guijarros en los que posaba sus pequeños pies calzados de satén y perlas, decían con un bonito murmullo: «Gracias, piecitos de Yolanda.»

III

Pero el malicioso Puck, que disfruta con esos juegos, había engañado a la princesa. En vano caminó todo el día y toda la noche, no pudiendo reunirse con el jinete cuyos ojos eran azules como el cielo. Solamente, a media noche, sobre el camino, vio pasar un gran fantasma blanco sobre el espectro de un caballo.

–¡Oh! ¿quién eres tú, forma que pasas? – preguntó Yolanda.

–Yo era un joven apuesto de cabellos color de la noche; ahora ya no soy nada. He encontrado en una encrucijada próxima al sobrino del emperador de Golconde, mi rival; nos hemos batido, y mi rival me ha matado.

–¿A dónde vas? – preguntó ella.

–Voy a la ciudad, a la casa donde duerme mi amada.

–¡Le darás un gran susto! ¿Crees que te amaré muerto cuando no te amaba en vida? Ven conmigo que yo te he elegido; yo haré de mi lecho una tumba nupcial; dormiría allí por siempre a tu lado y tendríamos hermosos funerales.

–No. Esta noche, aprovechando el sueño de mi amada, quiero decirle adiós en sus sueños; besaré en sus labios dormidos el sueño de su canción.

–Permite al menos que te acompañe; ¡déjame montar en la grupa del caballo a tu lado!

–No es costumbre de los fantasmas ir a visitar a sus amadas con una mujer en la grupa del caballo.

Y la forma se desvaneció. La hija del rey lloraba, más desesperada aún. Como era medianoche pasado, la luna iluminaba melancólicamente el horizonte, los campos y el camino con una luz pálida; y los pinzones y pardillos, dormidos entre el silencio de las hojas, soñaban con sus locos revoloteos a través de los primaverales bosques.

IV

Puck salió de un asfódelo; llevaba un traje de luto hecho con dos mitades de un tulipán negro; una pequeña tela de araña era el crespón de su gorrito.

–Yolanda, pobre Yolanda –dijo Puck, ¿por qué estás tan disgustada?

–Mi único amor ha muerto, y no puedo seguirle.

–¿Es tu amor ese fantasma que acaba de pasar por el camino?

–Ese es. Le han arrancado sus cabellos color de la noche, y, de tanto lamentar la pérdida de su amada, ha llorado sus ojos azules como el cielo.

Yo conozco las hierbas que resucitan y las que matan. Encuentra el cuerpo de tu preferido y te daré la hierba que resucita.

–¡Oh, Puck, me has decepcionado! Pero, si engañas cuando se trata de hacer el bien, dices la verdad cuando se trata de hacer el mal. Dame la hierba que mata.

–¡Tómala pues! – dijo el malicioso Puck. Cuando estés muerta te reunirás con tu amor, y nunca os abandonaréis.

Le dio cuatro briznas de una hierba que en recuerdo de una historia de amor se llama la Simona; cuando Puck regresó al asfódelo, Yolanda llevó la hierba a sus labios y murió sin sufrimiento.

V

Pero Puck, aún en esta ocasión, había engañado a la princesa. Cuando el alma de Yolanda subía hacia el cielo, vio un alma que bajaba hacia el infierno. A la luz de una estrella, reconoció el alma del apuesto joven.

–¿A dónde vas, alma de mi único amigo?

–¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! He hablado de amor a mi amada en sus sueños, y mis besos póstumos han rozado su boca como una mariposa negra que tiembla sobre una rosa. Estoy condenado y voy al infierno.

–¿Quieres que te siga, yo que me muero para volver a verte? Te consolaré en los tormentos, te levantaré en los desfallecimientos, te amaré en la eternidad. Mi amor será fuente de calma y resignación ofrecida a los labios de tu dolor. ¿Quieres que te siga?

–No, solo debe acompañarme el recuerdo de mi amada.

Y el alma del apuesto joven se perdió entre las tinieblas, mientras que el alma de la muchacha se elevaba, sola, hacia el espantoso Paraíso. Mientras tanto Puck, satisfecho del éxito de sus estratagemas, preparaba en el musgo de un roble, con ramitas cruzadas, unas trampas para atrapar cochinillas cuando éstas despertasen.

MARTINA Y SU ÁNGEL

I

En aquél tiempo y en aquél país había una niña de quince años llamada Martina que estaba a punto de entregar su alma. Se había puesto enferma de repente y ahora iba a morir. Sus padres, unos pobres campesinos que no poseían nada más que una vieja choza en medio de un campo estéril, sentían una cruel aflicción, pues amaban con ternura a la hermosa moribunda. La madre sobre todo se desesperaba; en primer lugar porque era madre, y luego, porque, al encontrarse la choza tan lejos del pueblo, temía que el señor cura no llegaría antes del óbito de Martina. Siendo muy devota, lloraba pensando que su hija dejaría este mundo sin ser confesada y sin haber recibido la absolución.

–Por lo que a eso respecta, señora, no debe usted preocuparse – dijo una voz tan dulce que los padres, a pesar de su dolor, fueron presa de una encantadora sensación auditiva.

Al mismo tiempo vieron detrás de la cama de la agonizante, elevarse una forma blanca, un tanto inmaterial, con dos alas.

La voz continuó:

– Soy el ángel de la guarda de Martina y creo que un ángel bien puede sustituir a un sacerdote sin ningún desmerecimiento. Iros allá, hacia aquel rincón, y no volváis la cabeza. Vuestra hija me contará sus pecados y como es completamente inocente, la confesión será cosa de un momento.

II

No sucede muy a menudo que una muchacha se confiesa a un ángel; pero sí sucedió en aquella época y en aquél país. Martina enseguida acabó de confesar sus menudos pecadillos, y ya el divino mensajero iba a bendecirla, una vez perdonada, no con las manos sino con las alas, cuando ella se acordó de una gran falta que había cometido la semana anterior. Envidiosa de un pañuelo de cuello de seda rosa, tan bonito, que le había mostrado una vecina, ella lo había hurtado para engalanarse con él. Doble crimen: coquetería y latrocinio. El ángel se quedó perplejo.

–No sé – dijo – si debo absolverte de semejante pecado. ¿Dónde está ese pañuelo?

–Bajo la almohada, ángel mío.

–Habrá que restituirlo.

–¡Oh! de buena gana. Pero enferma como estoy yo no puedo, no podría dar un paso, ni siquiera bajar de mi cama, y la casa de la vecina está al otro lado del bosquecillo.

–Eso no es problema – dijo el ángel de la guarda que tenía respuestas para todo. – Hagamos un cambio por un instante: dame tu enfermedad a cambio de mi buena salud y yo quedaré en la cama en tu lugar, mientras tanto tú irás a devolver el pañuelo. Tus padres no se darán cuenta de nada; ocultaré mis alas bajo la sábana.

–Como digáis – dijo Martina.

–Pero sobre todo, ¡no pierdas tiempo en el camino! Imagina que ocurriría si llegase la hora destinada a tu muerte antes de tu regreso: tendría que morir yo en tu lugar; lo que sería muy indecoroso toda vez que soy inmortal.

–¡No os preocupeis, ángel mío! Yo no os expondría a tan grande desgracia. Algunos minutos bastarán para que vaya y regrese.

Y sintiéndose tan dispuesta como uno puede estarlo, saltó de la cama y se vistió apresuradamente, en silencio, para no atraer la atención de sus padres; cuando éstos se volvieron vieron sobre la almohada una dulce rostro pálido, con cabellos rubios; sin duda era el ángel que ocultaba sus alas bajo la sábana.

III

Corriendo a través de las ramas y saltando por las cunetas, Martina hacía el recado con diligencia. Aunque fuese noche cerrada ella conocía demasiado bien la ruta por la que no había el menor riesgo a que se extraviase. Llegó sin demora a la casa de la vecina, entró sin llamar y deslizó en un baúl el pañuelo de seda rosa, – por fortuna no había nadie en la vivienda, – y regresó sobre sus pasos. A decir verdad, caminaba un poco menos rápido que antes. ¿Acaso dudaba en entregar a su ángel la salud que éste le había prestado? No del todo. Ella le estaba muy agradecida por lo que él había hecho para asegurar la salud eterna de una pobre chiquilla, y se sentía resuelta a cumplir su promesa. No, claro que no, ¡no lo dejaría morir en su lugar! Si no corría tanto era debido a la fatiga. Luego, un ruiseñor cantó en las ramas nocturnas completamente iluminadas de plata por la luna, ¿y qué cosa más dulce que ese canto por la noche? Por desgracia ella lo oía por última vez. Al mismo tiempo la invadió una gran tristeza al pensar que mañana estarían en el cielo la luna y las estrellas y que ella no las vería. Era horroroso, ese lecho, tan cercano, donde ella se dormiría para siempre. ¡Pero se sacudió esos cobardes lamentos! Se apresuró y ya percibía en las sombras la vieja choza en medio del campo, cuando una música de violín sonó en la lejanía. Se bailaba, allá a lo lejos, en el patio de una granja. Ella se detuvo. Escuchaba, turbada, radiante. Se decía que estaba muy cerca de esa granja; nada más que un vals,– un pequeño vals no dura mucho; sin duda no había nada peor que hacer esperar al ángel que sufría por ella, pero, en fin, tal vez la hora en la que debería morir no estuviese tan próxima como parecía...

IV

Después de un vals, sucedió otro vals y otro más... Antes de cada uno, «el último, pensaba Martina, luego mi iré a morir. » La música volvía a comenzar; la niña no tenía fuerza de voluntad para irse. Los remordimientos bailaban con ella. Sin embargo, cuando sonó la medianoche, reunió todo su valor. ¡No se quedaría un minuto más! ¡Retomaría su lugar en el lecho mortuario! Cuando salía del baile, se encontró de frente

con un joven tan apuesto que ella jamás se había imaginado que pudiese existir algo semejante. Y no era un aldeano, ni uno de esos hidalgos de los castillos vecinos, sino el mismísimo rey que, regresando esa noche de una cacería en la que se había extraviado con algunos cortesanos, había hecho un alto ante la granja para ver como se divertían las gentes del campo. Ante el aspecto de Martina, él quedó obnubilado, – nunca había admirado en su Corte una princesa tan bella como esa chiquilla campesina, – y se volvió completamente pálido mientras ella se volvía completamente rosa. Tras un silencio en el que acabaron de prendarse uno del otro hasta un punto inimaginable, el rey no dudó en exclamar que su corazón había sido conquistado para siempre, que no tendría más mujer que a esa exquisita pastora. Ordenó que se acercase una carroza donde ella tomaría lugar para ir a la Corte. Por desgracia, Martina, deliciosamente emocionada, no pudo impedir subir al real vehículo; al mismo tiempo tenía el corazón encogido pensando en el ángel de la guarda que se moría en la choza, que tal vez ya había muerto.

V

Fue reina, tuvo maravillosos palacios, y las alegrías de las fiestas y la gloria de ser la más ilustre con el orgullo de ser la más bella. Pero lo que sobre todo lo que le encantaba, no eran los halagos de las chambelanes y embajadores, no era caminar sobre alfombras de seda y oro ni llevar vestidos estampados con todas las rosas y diamantes, no, era el amor siempre intenso, siempre creciente, que ardía por el rey en su pecho, que ardía en el pecho del rey por ella. Ambos experimentaban el uno por el otro semejante cariño. No existía en todo el amplio mundo nadie más que ellos. Los asuntos de Estado eran la menor de sus preocupaciones; no tenían otro deseo que se les permitiese adorarse en paz; y, bajo su reinado, no se hizo la guerra, de tal modo se ocupaban en hacer el amor. En medio de tal felicidad, ¿pensaba Martina en el celeste mensajero que había tomado su lugar por caridad pura? Rara vez. Su dicha no daba lugar a esa pena. Alguna vez, un remordimiento la asaltaba por no haber cumplido su promesa, pero pronto se deshacía de él diciéndose que Martina, en la choza, tal vez no estuviese tan enferma como parecía, y que al ángel había debido sanar. Además no se preocupaba demasiado de ese pasado tan oscuro, tan lejano, y no podía tener tristezas puesto que dormía bien todas las noches con la cabeza apoyada en el hombro de su regio esposo. Pero sucedió algo terrible: un día el rey desapareció para no aparecer más, y nadie pudo saber lo que le había sucedido.

VI

Desde que se encontró sola, desde que fue desdichada, Martina se acordó del ángel que la había esperado en vano. Cuando uno se lamenta, es proclive a tener piedad. Se reprochó amargamente haber condenado al tránsito al misericordioso inmortal, pues sin duda había dejado de existir hacía mucho tiempo, y, un día, habiéndose vestido con un traje de mendiga, con un vestido parecido al que llevase antaño, se encaminó hacia la choza en medio del campo. ¿Esperaba que todavía estuviera a tiempo de retomar su lugar en el fatal lecho? ¡Oh! no, ella sabía muy bien que había cometido una falta irreparable; pero quería volver a ver, cual peregrina arrepentida, el lugar donde había sufrido aquél que se expuso por ella. La choza ya no eran más que escombros en la estéril llanura. Pidiendo información a los vecinos, que no la reconocieron, Martina supo que los habitantes de aquellas ruinas habían abandonado el país, tiempo atrás, tras la muerte de una querida hija; y no se sabía que camino habían tomado. En cuanto a la niña, estaba enterrada en el pequeño cementerio, en la ladera de la colina. Así que era

cierto, el celeste sustituto había muerto a la hora en la que ella habría debido morir y había sido sepultado. Por lo menos iría a rezar sobre la tumba del ángel. Entró en el cementerio, se arrodilló ante una cruz baja donde se leía el nombre de Martina entre las altas hierbas floridas. ¡Que desgarros sufría su corazón! ¡Qué culpable se consideraba! ¡Con cuántas lágrimas imploraba la divina clemencia! Pero una voz le dijo, una voz tan dulce que, a pesar de su dolor, fue presa de una encantadora sensación auditiva:

–No estés triste, Martina; las cosas no han tomado tan mal cariz como te imaginas.

Al mismo tiempo veía, detrás de la cruz, elevarse una forma blanca, un tanto inmaterial, con unas alas.

La voz continuó:

– Soy tu ángel de la guarda, y todo está bien puesto que estás aquí. Apresúrate a tumbarte bajo esta piedra, y llevaré tu alma al paraíso, a fin de esposarte allí.

–¡Por desgracia, mi buen ángel, cuanto habéis debido sufrir por mi culpa muriendo, y cuanto habéis debido aburrirlos solo en esta tumba!

–¡Bueno! – dijo – yo dudé de que regresases enseguida y en consecuencia tomé mis precauciones. Una vana forma, bajo la sábana y sobre la almohada, engañó a tus padres; yo te seguí a través de las ramas; y, durante el tiempo en el que habría debido dormir en tu lugar en la tumba, bajo las altas hierbas floridas...

–¡Oh! ¿Durante ese tiempo, en qué lugar estuvisteis, ángel mío?

– Estuve en nuestro palacio real, mi reina, donde me amaste casi tanto como pronto me amarás en el Paraíso.

ÍNDICE DE CUENTOS

La noche de una flor	2
La Bella del mundo	5
Un buen hallazgo	9
La bella durmiente del bosque.....	12
El deseo inapropiado	15
Isolina-Isolino.....	18
El espejo	21
La princesa y el pájaro.....	25
El camino del paraíso	28
Los besos de oro	31
El noviazgo	34
El mal convidado.....	37
La hucha	39
La buena recompensa	42
Las palabras perdidas.....	45
La memoria del corazón	48
Las tres hadas buenas	51
Las tres siembras	54
La bella con el corazón de hielo	57
Las dos margaritas	60
El ángel cojo	63
Las lágrimas sobre la espada	66
La llamita azul	69
La última hada	72
Los engaños de Puck	75
Martina y su ángel	78